Pepe Pérez-Muelas

Días de sol y piedra

De los Alpes a Roma



SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Pepe Pérez-Muelas

DÍAS DE SOL Y PIEDRA

De los Alpes a Roma

Siruela

Biblioteca de Ensayo 154 (Serie Mayor)

Índice

Cubierta
Portadilla
0. Una noche entre las hogueras
1. Nostalgia de la cima
2. Los que miran desde el bosque
3. Le donne antiche e’ cavalieri
4. La tierra liberada
5. La piedra de Sísifo
6. La senda del laberinto
7. La mujer de la playa
8. El sueño de oro
9. Los caminos de la vida
10. Todos los atardeceres del mundo
11. Muertos antiguos y muertos nuevos
Agradecimientos
Notas
Créditos

A Francesco Irace, Vincenzo Malagnino y Andrea Ceccacci, por los días romanos,
por las noches parisinas

Háblame, Musa, del hombre de múltiples tretas que
por muy largo tiempo anduvo errante,
tras haber arrasado la sagrada ciudadela de Troya,
y vio las ciudades y conoció el modo de pensar de
numerosas gentes.

HOMERO, *Odisea*, canto I, 1-3

«Así pues, ¿sirve de algo una cosa tan estrafa-
laria y absurda como dar la vuelta a Italia en
bicicleta? Por supuesto que sí: es una de las úl-
timas provincias de la fantasía, un baluarte del
romanticismo, que sitiado por las sórdidas fuer-
zas del progreso, se niega a darse por vencido».

DINO BUZZATI, *El Giro de Italia*

«Así es Odiseo, el héroe cuyos pasos una vez

seguimos».

DANIEL MENDELSOHN,
Una Odisea. Un padre, un hijo, una epopeya



Vía Francígena. Paso del Gran San Bernardo-Roma. 1200 km.

0

Una noche entre las hogueras

A veces sueño con ese día de agosto. Me encuentro en la Piazza Carlo Felice, frente al hotel Roma. Camino con paso acelerado hasta el ascensor. Nadie se sorprende al verme. Subo hasta la habitación 346 y empujo con suavidad la puerta. Es verano, sobre todo en el interior de la estancia. Su cuerpo no está sobre la cama. Las cortinas apenas revelan un hilo de luz en la moqueta. Un frasco de barbitúricos descansa en la mesilla de noche. Vacío su contenido en el lavabo. Cierro la puerta y compruebo que es un día antes del 27 de agosto de 1950. Entonces me despierto.

Tengo miedo desde hace meses. A la muerte, al vacío, al silencio. Tal vez por eso he decidido hacer este viaje. El miedo abruma, paraliza. Pero también insufla el valor suficiente para ponerse en camino. No sé si estoy preparado para recorrer Italia en bicicleta desde la cima del Gran San Bernardo, en la frontera con Suiza. Mi destino es Roma por una vía de peregrinación casi tan antigua como la fe. «Vía Francígena», la llamaron los italianos de aquel tiempo, cuando ni siquiera existía Italia. La nombraron así porque era el camino que

tomaban los francos cada vez que descendían al sur. Hombres barbados que llegaban a la península itálica a guerrear o a rezar en verano, cuando las heladas se convertían en ríos desbocados.

La Vía Francígena recorre 1014 kilómetros por Italia, un país hermoso, que lleva en la sangre la guerra y el amor y al que se le reconoce por el sonido de sus campanas cuando tocan a misa, a muerto y a matrimonio concertado. Es el territorio de la fantasía, como dijo Dino Buzzati. Un exceso de imaginación. No soy más que un viajero que solo lleva unos cientos de kilómetros encima de la bicicleta. He leído mucho para pedalear, pero he pedaleado poco.

El aroma del café me distrae de la tarea de anotar lo que contemplo a mi alrededor. Escribo estas líneas dos días antes de mi partida, en Turín, una ciudad demasiado elegante para ser italiana, pero no lo bastante triste para parecer francesa. Paseo a menudo por sus calles. Me gusta caminar bajo los pórticos, entrar en las iglesias clasicistas que esconden altares barrocos. Dentro de ellas pruebo un simulacro de fe basado en el espectáculo y el recogimiento. Pero solamente en el templo ortodoxo de Via delle Orfane he llegado a sentir que hay algo. Es un espacio diminuto. Apenas una estancia donde arde la cera y el incienso oscurece la escasa luz que entra por las ventanas. Algo similar deben experimentar los que creen ciegamente en Dios. Yo dejé de hacerlo hace demasiado tiempo. Por eso hago este viaje. Pedaleo contra el silencio. Voy en bicicleta para no caer en el precipicio.

Mojo los labios en *bicerin*,* en la terraza de Pepino, mientras reflexiono sobre mis fuerzas y mis miedos; unidos ambos, no son nada el uno sin el otro. Pepino es una de las cafeterías históricas de Turín. Suelo reservarme un momento del día, en mis viajes a la

ciudad, para sentarme allí y contemplar la Piazza Carignano, con su estética de fábrica estilosa. A mi izquierda, el Museo Egipcio, de elegancia inglesa, cierra un ambiente atrapado en el siglo XIX, cuando el ladrillo no era solamente un material barato con el que construir barriadas.

Quisiera escribir sobre el origen de la Vía Francígena, de lo poco que sé sobre Sigerico, el arzobispo de Canterbury que caminó hasta Roma por primera vez por esta ruta. Pero la belleza de la cotidianidad turinesa me distrae. En esta terraza que huele a pasos perdidos, en el palacio que le da nombre, se constituyó el Parlamento que declaró el nacimiento de la nación italiana. En 1861, cuando Italia echó a andar, las bicicletas eran una excentricidad, pero la moda de tomar café en las plazas es más antigua que el país que estoy a punto de recorrer. Y, sin embargo, a pocos les cabe más historia. La parte que contemplo es apenas marginal: una Constitución votada por nobles y un reino pequeño, el de Saboya, que quiso hacerse grande a costa de los Habsburgo, los Borbones y los papas. Al lado, una colección de momias y antigüedades egipcias tan alejadas de su entorno que parecen restos de un naufragio.

Esta idea la anoto. Saboreo de nuevo el *bicerin*. La historia es como las pieles con las que se reviste un lugar: una encima de otra, diferentes y complementarias. Sin historia, pienso, queda el paisaje desnudo. Las montañas, los ríos y el camino. Lo que yo ando buscando.

«El amor tiene la virtud de desnudar, no a los dos amantes uno enfrente del otro, sino a cada uno de los dos ante sí mismo»,

escribió Pavese en su diario el 12 de octubre de 1940. Lo leí cuando estaba en la universidad. En aquel tiempo me asombraba todo lo que caía en mis manos. Pero con Pavese fue distinto. *El oficio de vivir*, el diario que escribió hasta nueve días antes de su suicidio en el hotel Roma de Turín, me ha acompañado en varios momentos de mi vida. Abro sus páginas al azar. Leo párrafos enteros y voy saltando de un año a otro. De un mes cualquiera a un día concreto. Pavese cambia de humor, pero casi siempre domina una tristeza absoluta, casi nihilista. A veces es iracundo contra las mujeres que amó y que no lo amaron todo lo que habría deseado. Otras veces se hunde en las profundidades de un abismo. No iba de farol, Pavese. Lo que escribía lo sentía. El hotel Roma da buena fe de ello.

La primera vez que visité Turín tenía diecinueve años. Ya había leído los diarios de Pavese, parte de su poesía y una novelita sencilla que me causó cierta amargura: *El bello verano*. En sus páginas se describe el río Po y la soledad de unas plazas refinadas. Recuerdo su inicio fulgurante y hermoso: «En aquellos tiempos siempre era fiesta». Vine a la ciudad buscando a un poeta muerto. Recorrí la ribera del río y subí al Monte dei Cappuccini siguiendo el rastro de un diario escrito en los cafés, en las paradas del tranvía, bajo el sol inmisericorde del verano. Y supe que la escritura de Pavese me había calado tan hondo que se quedaría para siempre conmigo. Al igual que Turín. Por eso estoy aquí. Por eso, antes de pedalear, busco de nuevo a Pavese en sus calles. Del diario a la Piazza Carignano. Hasta estas líneas.

Entro en la librería Luxemburg, al otro lado de la plaza. Es un ritual para mí, como beber café o respirar. La primera vez me llamó la atención su escaparate multicolor y la sección de «Ebraica», tal vez la mejor colección de literatura hebrea que jamás he visto. Esta vez sé lo que estoy buscando. Compré en España una guía de la Vía Francígena para preparar el recorrido, pero necesito algo más histórico, una lectura que despeje algunas dudas sobre el origen del camino, la identidad que se oculta tras Sigerico el Serio y el olvido al que fue sometida la peregrinación durante siglos.

Apenas se sabe nada de Sigerico. Pocos datos son tan clarividentes, sin embargo, como las fechas de nacimiento y muerte. Las de Sigerico se conservan, son testimonio de su vida. También el viaje que hizo a Roma, no muy diferente al que pudieron realizar miles de eclesiásticos y soldados hasta las tumbas de san Pedro y san Pablo. Aparece en los archivos como arzobispo de Canterbury, un diplomático en un momento delicado de la historia. Uno de tantos obispos que combinó la prédica y la política en los siglos oscuros.

Pero Sigerico tuvo una habilidad que lo distanció del resto. Sabía escribir y leer en una época en la que la escritura era un misterio. Por eso dejó su legado en forma de ruta de regreso. Llegó a Roma en el verano del 990 para recibir el *pallium* que lo nominaba como arzobispo. A la vuelta anotó cada ciudad que recorrió y la distancia que las separaba como si quisiera abrir una vía de peregrinación que pudiese competir, en el futuro, con Santiago.

Pero los siglos pasaron, uno encima de otro, ocultando las sendas y convirtiendo la Europa posterior a Sigerico en un mundo de guerras y heladas. La ruta cayó en desuso también por una cuestión de fe. No eran los pasos de un santo que caminaba hasta Roma,

sino los de un hombre mortal, con sus pecados y sus vanidades. No se pisaba suelo sagrado bajo las huellas de Sigerico. Por eso la Vía Francígena quedó como una más de las transitadas entre Gran Bretaña e Italia, sin ornamentos, sin exaltaciones de fe.

A mí no me mueve la fe, sino más bien la falta de ella. Mi impulso surge de una mezcla de aspiración por alcanzar la belleza suprema y una reflexión profunda sobre la capacidad del ser humano de sentir y creer en algo superior, algo que yo no percibo en mi vida cotidiana. Tal vez por eso, de entre todos los libros disponibles, escojo *Las ocho montañas*, de Paolo Cognetti. Vi la película hace unos meses y me resultó conmovedora. Una historia sencilla contada en las alturas del alma. Me acompañará por las noches, cuando se calmen mis ganas de pedalear y no me queden fuerzas para escribir.

En mi caso, el camino determinó el medio y no al revés, aunque siempre me ha apasionado el ciclismo. Desde que tengo uso de razón, sigo el Giro, el Tour y la Vuelta en televisión, y he comparado el esfuerzo del ciclista, ascendiendo un puerto de montaña tras otro, en la soledad de su sillín, con el tormento de Sísifo. ¿En qué residiría ese placer por el esfuerzo, por la física fría de que todo lo que sube termina bajando? Mi deseo de seguir los pasos de Sigerico resolvería el misterio: fui a una tienda de bicicletas y compré un modelo de montaña que estaba en oferta.

Nunca había montado de manera continuada, más allá de cortos trayectos para cruzar el Sena cuando estudiaba en París. La primera ruta que hice unía Sevilla con Alcalá de Guadaira, cincuenta kilómetros de ida y vuelta por un terreno muy favorable que sigue el

curso de varios ríos, afluentes del Guadalquivir, y una frondosa alameda.

Me sentí muy fatigado al llegar a casa. En cada cuesta se convocaron los cuatro jinetes del Apocalipsis. Me percaté de un dolor que nacía de mi interior que no podía localizar. No eran las piernas, sino los pulmones, el pecho, la cabeza. Tenía la rueda delantera pinchada y no me había dado cuenta. Pensé que los dioses del ciclismo tal vez me querían lanzar un mensaje. Pero me obcequé con la idea. Ya había recorrido la Vía Francígena en mi cabeza; ahora solo quedaba materializarla.

Han transcurrido cuatro meses desde aquella primera ruta. La idea de no estar lo bastante preparado es una sospecha que se cierne sobre mí. Por eso tengo miedo. Por eso quiero resolverlo ya. A solas con la bicicleta.

Los libros nos guían a otros libros, como la vida nos conduce a otras vidas. Había leído *Lavorare stanca*. *Trabajar cansa*, un poemario muy cerebral pero de intensa belleza. Pavese sabía condensar en un solo verso toda la fuerza expresiva que requiere una imagen. «Troppo mare», demasiado mar, es el inicio de una de sus composiciones, un alegato sencillo sobre la inmensidad de algo superior. El escritor de Turín se había convertido en una lectura recurrente. Pero cuando descubrí a Ricardo Piglia esa relación se volvió necesaria.

La invasión es un libro de cuentos que llegó a mis manos en la facultad. Cursaba el segundo año de carrera. El último relato se titula «Un pez en el hielo» y trata sobre un viaje a Turín que hace Emilio Renzi, el protagonista, en busca de las huellas de Pavese. Allí

encuentra a Inés, y con ella los recuerdos de una relación tormentosa. El cuento transita entre la vida del escritor y los sobresaltos de Renzi por esa mujer que aparece en la esquina más insospechada, y es, sobre todo, un análisis sobresaliente de los diarios de Pavese, con quien comparte, sin ir más lejos, desamores, como el provocado por Tina, «la donna della voce rauca» —la mujer de la voz ronca— de sus poemas, en la época de su encarcelamiento por subversión contra el fascismo en 1936. Lo llevaron a Brancaleone, en Sicilia. Allí, dice Piglia que dice Renzi, comenzó a escribir sus diarios. Fue su primera aproximación a la prosa. Porque Pavese, sobre todo, era un poeta.

También la idea de la muerte ronda constantemente sus diarios. Es un peso del que no se puede escapar. Tenía la certeza de que nadie leería sus notas. Pero se equivocó. Abro al azar una página. Hay comentarios sobre arte y política. El tono general es íntimo y pesimista.

> 23 de marzo de 1938: «Nunca le falta a nadie una buena razón para matarse».
> 18 de junio de 1946: «Empiezo a hacer poesías cuando la partida está perdida».
> 22 de marzo de 1950: «Nada. No escribe nada. Podría estar muerta. Debo acostumbrarme a vivir como si esto fuera normal».

Quien no le escribe es la actriz estadounidense Constance Dowling, la última mujer de la que estuvo enamorado. Piglia se centra en esta historia de tormento que conduce, inexorablemente, a los últimos días de Pavese. Las notas en sus diarios se vuelven más breves y dramáticas. Cada vez escribe menos, aunque es más claro en sus ideas. No quiere vivir. Piglia une con maestría la historia del escritor con la de Renzi e Inés. Las ventanas abiertas de la

escritura comunican ambos fracasos amorosos y ahora, cada vez que necesito volver a Pavese, también recurro a Piglia. «Somos lo que leemos», anoto en un margen del cuaderno. Turín es un libro abierto, concluyo.

El cuerpo olvida. Sabe la mecánica del movimiento, claro. Pero no recuerda los hábitos del dolor ni el cansancio, solo la belleza del paisaje, la sensación de victoria y de levedad al acabar la etapa. Recorro cuarenta kilómetros pegado al Po para entrenarme. En dos días comenzaré la ruta. Es un trazado sencillo hasta la ascensión al Monte dei Cappuccini. Sigo la ribera del río por los bosques que conducen hasta Superga. Noto cierta molestia en la espalda. También en la rodilla derecha. Eso me aterra, porque el cansancio asoma, se manifiesta en todo mi cuerpo y la distancia recorrida no supera la mitad de lo que deberé pedalear diariamente. Pero me centro en el camino. No pensar en el dolor es una forma de ahuyentarlo.

Las orillas del Po me ayudan a este propósito. Un bosque frondoso protege las aguas del río de la mundanidad. Uno se olvida de que existen el ruido del tráfico y de las conversaciones banales. Bajo la sombra de los árboles solo se escucha un rumor de agua que fluye, fresca, apenas nacida unos kilómetros arriba, en las montañas. El agua lleva en su superficie la dureza de las montañas. También su belleza distante.

Los veo de lejos y aminoro la marcha: unos niños juegan a tirar piedras al río. Quiero comprobar quién gana. Es un gesto universal de libertad este de lanzar piedras de canto al agua y contar las veces

que rebota. No superarán los catorce años. Llevan camisetas de tirantes. Hace calor en Turín en esta mañana de julio.

Fuman un cigarrillo que se van pasando de boca en boca. Uno tira la piedra y reclama su calada como parte de un reino de humo que le pertenece. Hay cierta inocencia en ese gesto prohibido. Niños fumando. Es la escena de otro tiempo. Un guion de una película de Pasolini. Chicos de extrarradio que pasan las horas muertas educándose en el azar y la libertad de la maleza. La ciudad los ha expulsado, por eso se refugian en el río. Sonríen sin saber que los estoy observando. Están relajados. Es la felicidad más sincera que he visto en mucho tiempo. Pero no es idílica. Volverán a sus barrios, lejos de la ribera. Los engullirá la ciudad, con sus cuentas pendientes y sus desafíos. La gente cruzará la calle al verlos. Llevan el estigma de Caín en la frente. Pienso que si tuviera su edad, sentiría miedo delante de ellos.

Uno de ellos lanza una piedra. Cae justo en la mitad del cauce tras saltar cuatro veces sobre el agua. El otro da una calada profunda. Sabe fumar. Lo hace con maestría pero sin elegancia. Para él fumar no es una opción, sino una manera de estar en el mundo. Un bautismo de poder. El primero coge otra piedra del suelo y la lanza. Su brazo alcanza una parábola perfecta. La piedra vuela. Justo antes de caer al agua, paso por delante. La escucho rebotar sobre la piel del río, pero ya no es mi escena. Oigo las risas. El resultado quedará para ellos. Me ha sido imposible volver la cabeza. Y me llevo un molesto aroma a tabaco que me hace toser.

La bicicleta me hace renacer. Es una diáspora. La carretera y yo. El paisaje y yo. Mis pensamientos y yo. Y el miedo, que existe siempre cuando salgo de casa, cuando tomo el ascensor, cuando me sitúo frente a los alumnos, cuando acabo de escribir un capítulo y se lo mando al editor, cuando tomo un avión o paso días enteros solo en una ciudad desconocida. El miedo se agarra a las piernas, pero habita en la cabeza. Por eso voy en bicicleta, porque los miedos se van, se distraen, rebotan sobre el agua como las piedras lanzadas por los niños. Se apagan, como las hogueras en mitad de la noche.

Mi hermano vive en Turín desde hace tres años. Esto ha facilitado que mi relación con la ciudad no se extinga y, a su vez, ha avivado nuevas lecturas de Pavese. Durante unos años me distancié de los diarios. No suelo leer este género más que en ocasiones muy selectas. Pavese es, sin duda, una de ellas, porque entiendo *El oficio de vivir* como una obra redonda, una especie de novela cuyo protagonista es Cesare Pavese. Las semanas anteriores a este viaje los retomé. Se trató de una lectura vertical, así me gusta tantear los libros ya leídos, y a los que vuelvo obligado por la melancolía. En cada ojeada aprecio un nuevo matiz en la tristeza de Pavese. Tal vez me ayude a comprender mejor la decisión de poner fin a su vida. No busco respuestas, de todas formas. No soy detective. El diario acabó. Eso me basta.

Si yo hubiese escrito uno desde la infancia, mi hermano sería, sin duda, el personaje al que más páginas le habría dedicado. Nuestra relación ha pasado por varios momentos: desde la admiración absoluta hasta un silencio insoportable que ha durado demasiado

tiempo. He intentado nombrar los motivos durante estos años, pero algunos pertenecen a una esfera tan inconstante que resulta difícil definirlos. El silencio, a veces, adoptó otras formas: conversaciones que solamente versaban sobre cine o deporte, encuentros rutinarios bajo el paraguas familiar y, desde que nacieron sus hijos, los pequeños avances del día a día, las nuevas palabras aprendidas, gestos de una cotidianidad recién estrenada, como lavarse los dientes solos o bajar las escaleras sin ayuda de un adulto.

Si empezase ahora un diario, las páginas dedicadas a mi hermano Julio serían marginales. A fuerza de ausencias, ha dejado de formar parte de mi día a día. Llevamos demasiado tiempo separados por una distancia que no entiende de kilómetros, que no tiene nada que ver con las vidas que hemos elegido. Nos estamos convirtiendo en desconocidos. Y eso me duele.

Las montañas muertas tienen memoria. Estoy delante del recuerdo de una de ellas. El pueblo de Orta di San Giulio, a poco más de una hora de Turín, ocupa el lugar de una cima en un tiempo geológico del que no nos queda más que la intuición. Eso me ayuda a no perderme por estas calles empedradas que dan al lago. El agua es de un azul grisáceo, una textura que vaticina el frío, a pesar de estar en el mes de julio. El lago recobra vida con los bañistas y las barcas que lo atraviesan, antes de que el hielo convierta las aguas en una pista donde los cisnes quedan atrapados. Pero aún faltan meses para que esto suceda.

Claro que tienen memoria las montañas. Esta fue un glaciar. Hace tanto que ningún ser humano lo llegó a ver. Ahora es un lago elegante. Entre las calles de balcones medievales y villas selváticas, el lujo se ha apoderado de este recuerdo. Antes era un lugar temido por los hombres. Hoy sus miedos son derribados por el derroche. La montaña también sufre de melancolía. De cuando los hombres no existían.

Orta di San Giulio es hermoso. Sobre el agua hay una isla. Nos asomamos a los pórticos de los palacios para hallar en algún vano, entre un jardín de buganvillas, la silueta suspendida en las aguas humosas. Julio, mi hermano, que está hoy conmigo y con su familia, conoce bien el pueblo porque le transmite paz. Me lo dice mientras avanzamos hacia el Palazzo della Comunità, que preside una plaza risueña con vistas al lago. A su lado, un embarcadero de madera reúne a los turistas. Cada media hora salen botes hacia la isla de San Giulio o del Silencio. La busco con la mirada y calculo que apenas habrá diez minutos de recorrido.

La isla del Silencio se impone en el horizonte acuático como una visita irrenunciable. Mis sobrinos se emocionan ante la idea de montarse en barco y flotar sobre ese fragmento de roca a la deriva. Les digo que si caminamos muy rápido podemos acercarla a la orilla. Los niños abren bien los ojos, como si estuviesen a punto de presenciar una proeza de la naturaleza. Mi cuñada decide esperar en la plaza. Las nubes cubren el cielo y apenas dejan pasar la luz del sol. Parece que se ha hecho de noche. Lo percibo cuando el capitán del bote suelta amarras y avanzamos hacia el Silencio.

«Verrà la morte e avrà i tuoi occhi». Fue el primer poema que leí de Pavese. Vendrá la muerte y tendrá tus ojos. Lo escribió en 1950 pensando en Constance Dowling tras pasar diez días con ella a los pies del monte Cervino. Probablemente la actriz ya se había marchado a Estados Unidos cuando lo concluyó. El último encuentro se produjo en marzo. En agosto se suicidó.

El 6 de marzo, desde Cervinia, escribe: «El orgasmo, las palpitaciones, el insomnio. Connie ha estado dulce y sumisa, pero despegada y pasiva». El 9 de marzo apunta: «Palpitaciones, escalofríos, infinitos suspiros. ¿Es posible a mis años? No me sucedía de otra manera a los veinticinco. […] Después de todo, ella es quien me ha buscado». El 20 de marzo: «¿Cómo poseer sin ser poseído? Todo depende de esto».

Dos días después, el 22 de marzo, Constance Dawling se ha marchado definitivamente. Pavese escribe: «Nada. No escribe nada. Podría estar muerta. Debo acostumbrarme a vivir como si esto fuese normal». No volverán a verse. Es probable que el escritor compusiera el poema durante esos días, cuando aún la pérdida era reciente, cuando no había podido asimilar su marcha. «Esta muerte que nos acompaña / de la mañana a la noche, insomne», dicen el segundo y tercer verso. Los recuerdo de memoria y los anoto. «Tus ojos serán una vana palabra». «Para todos la muerte tiene una mirada». «Descenderemos al abismo mudos».

No hay distinción entre el poema y sus diarios. El 27 de marzo por la noche: «Nada. Tengo carbón en el cuerpo, brasas bajo las cenizas. ¿Por qué, Connie, por qué?». Y hasta el 20 de abril, casi un mes después, no vuelve a escribir. Silencio. Como si Pavese se

hubiera quedado vacío y no encontrase las palabras para seguir. Porque seguir escribiendo lo hubiese salvado. Estoy seguro.

La isla del Silencio se compone de calles circulares que rodean la basílica y un monasterio anexo. Parece el escenario de un cuento de Borges. Tan solo unos pasos me bastan para entender el nombre otorgado al lugar. No hay palomas, sino cuervos que saltan torpemente entre los escasos visitantes que aguantamos la lluvia y buscamos la entrada al templo.

Desde el barco se aprecia la fortaleza que no guarda la memoria de ningún señor medieval, sino los huesos de un santo, san Giulio. Esta mañana todo lo envuelve la niebla. A lo lejos, los Alpes se cubren con un manto de misterio. Es mi villa Diodati particular. Un lugar en el que pasar el invierno, sin más humanidad que la escrita por algunos hombres en una biblioteca. El Prometeo moderno camina pesaroso por estas calles. El barquero me deja en el muelle. La basílica está abierta. Es una peregrinación sin peregrinos. No vengo en bici, sino a través del agua. ¿Algo parecido sentiré al llegar a Roma?

He mirado el lago, pero no he visto peces que poder recoger ni redes que lanzar. No hay parábola ni salvación en este día gris en el que me tiemblan las piernas. Mi hermano se dirige hacia el cuerpo incorrupto del santo. Yo me desplazo por la nave central de la basílica. Mi sobrino Pepe me da la mano, asustado por la oscuridad del lugar. Reflexiono sobre la peregrinación que hacían los desamparados, siglos atrás, para hallar la salvación, el consuelo. ¿Cuántos milagros se han atestiguado y desde cuándo la isla es

solamente un refugio de otro tiempo? He venido hasta los huesos de san Giulio por azar, sin pedir respuestas. Huyo del silencio y me refugio en la isla del Silencio. Como buscar a Jesús en un cementerio al tercer día. Hay caminos inexorables. Hay viajes que solo existen porque son errores ya sabidos.

La basílica desprende un aire bizantino. Es un templo pequeño cuyas paredes y bóvedas están decoradas con frescos. Son escenas de la Biblia: dragones que se esconden en las columnas y patriarcas de barbas afiladas como espadas. Busco la expulsión del paraíso, pero no encuentro más que al demonio tentando a Jesús en lo alto de una torre. La Biblia empieza con madera, con leña recién cortada, la del árbol del bien y del mal, y llega a su punto culminante con la misma sustancia: dos maderos cortados y puestos en cruz sobre el Gólgota. Árboles talados para iniciar el pecado y leños fabricados por el hombre para redimirlo. Lo pienso mientras mi sobrino me aprieta la mano con fuerza. Una pareja de cuervos grazna fuera de la iglesia, pero su eco se cuela en el interior. El niño se asusta mucho. Me abraza. Le digo que es un dragón que acaba de despertarse. Abre bien los ojos. Noto que el corazón le late muy rápido. Buscamos juntos una pintura donde san Miguel venza a la bestia. Caminamos entre velas temblorosas. Es lo que nos protege de la oscuridad. Al fondo veo a mi hermano.

Mientras desciendo a la cripta donde están los restos del santo, mi sobrino se pone a llorar y dice que tiene miedo porque el dragón se ha despertado. Una máscara de plata ahorra a los visitantes la contemplación del paso del tiempo. El santo murió hace demasiados siglos, incluso antes del vuelo del último dragón. Desde aquel día, este lugar quedó en silencio. Pero antes, en un tiempo geológico, las

montañas se retiraron de sus alturas. Fue la primera vez que el paisaje enmudeció. Como los hombres con la madera, las montañas también persiguen su historia circular.

Hubo un tiempo en el que me obsesioné con la muerte. Desde niño he dudado de la existencia de Dios. Con trece años, asumí el desencanto y dejé de creer. Sin Dios hay vacío, y no hay mayor temor que ese hueco. No fue una decisión radical. Mi determinación no surgió de una tragedia. Al contrario, he tenido una vida afortunada, con sus pérdidas, por supuesto, pero dentro del orden lógico de la biología. Perdí la fe al mismo tiempo que empezó a interesarme la lectura, cuando creé nuevos mundos a partir de los libros que caían en mis manos. Si el escritor era capaz de construir un universo autosuficiente, y a ese ejercicio se le llama ficción, ¿acaso no era ficticio también el relato en el que un Dios nos crea? Luego empecé a cuestionarme la Biblia, todas las historias que se cuentan en ella. Conforme crecía, más admiraba el libro, pero también lo contemplaba solamente como una obra literaria más, como se pueden leer las *Metamorfosis* de Ovidio o el *Gilgamesh.* En cierto momento empecé a sospechar que estábamos solos en esto. Y fue una sensación horrible. Un silencio mineral. Una noche cerrada sin estrellas.

Todavía no me ha abandonado esa orfandad.

El 17 de agosto Pavese escribe: «Los suicidios son homicidios tímidos. Masoquismo en vez de sadismo». Luego reflexiona sobre su año, a pesar de no haber concluido. Es 1950. Han transcurrido cinco meses desde la marcha de Constance Dawling. Al día siguiente, el 18

de agosto, apunta: «Siempre sucede lo más secretamente temido. Escribo: Oh, tú, ten piedad. ¿Y después? Basta un poco de valor». Su escritura es casi poética. Oraciones breves y sentenciosas. Como un haiku desesperado. Un grito de desolación en mitad de la nada. ¿Quién debe tener piedad? ¿Dios? Es una pregunta que me atormenta.

Continúa ese mismo día: «Cuanto más preciso y determinado es el dolor, más se debate el instinto de vivir y se debilita la idea del suicidio. Parecía fácil al pensarlo. Y sin embargo, hay mujercitas que lo han hecho. Hace falta humildad, no orgullo». Pavese ya ha tomado la determinación de poner fin a su vida, pero aún necesita reunir el valor suficiente. Es un hombre desnudo que muestra sus miedos. Busca la voluntad en la debilidad de las mujeres. Son sus últimas palabras, manchadas por una rabia contra el sexo femenino que nunca pudo contener. Es triste que uno de los mejores escritores italianos del *novecento* pueda ser recordado por esta torpeza. Pero Pavese no escribe para que lo lean, ni tan siquiera para él mismo. Solo busca una solución. El bote de barbitúricos.

Concluye: «Todo esto da asco. No palabras. Un gesto. No escribiré más».

Y no lo volvió a hacer.

Pasan nueve días desde que Pavese deja de escribir en su diario hasta que se suicida.

Pepe me coge de la mano. También a su padre. Paloma camina intentando no pisar las líneas de los adoquines. Damos la vuelta por la única calle que existe. No tengo la sensación de estar en una isla.

La niebla convierte la esquina siguiente en un misterio. Pepe me pregunta si los dragones descansan en este lado. Yo le digo que los dragones no existen; no me cree. Él los ha escuchado dentro de la basílica. Le confieso que sí existen, claro, pero son criaturas benévolas, amigas de los hombres. Tampoco me cree porque los ha oído rugir bajo las lanzas de los arcángeles en los frescos de las capillas. Por último, le explico que, por supuesto, no son tan buenos como le había dicho, pero su papá y yo somos más fuertes que todos los dragones juntos. A Pepe la idea no le convence; sin embargo, empieza a confiar en mí. Torcemos hacia el embarcadero y el niño apura sus últimos pasos hasta volver a Orta di San Giulio junto a su madre, a un mundo donde las bestias quedan lejos. Yo me quedo un rato en esa mitología creada para encantar a un niño. Contemplo los Alpes precipitándose hasta el lago, la borrasca que aumenta su ritmo de lluvia, gota a gota, formando charcos en el pavimento, mojando una superficie lisa de agua que parecía, hasta entonces, ajena a cualquier sustancia que se posase sobre ella.

La casa de mi hermano está a pocos metros de la Piazza Carlo Felice, donde se encuentra el hotel Roma. Necesito estirar las piernas y poner en orden mis pensamientos. Mañana el despertador sonará a las cinco de la mañana para emprender el camino de los Alpes, Julio me acercará en su coche hasta la frontera con Suiza.

Odio las esperas. Me resultan un tiempo perdido. No sé qué hacer en los minutos previos a una entrevista, en la presentación de un libro, en el preciso instante antes de entrar en una clase para impartir la lección. La espera de Pavese duró nueve días. ¿Qué haría

durante ese tiempo? ¿Pasearía por el Po? ¿Se sentaría en una de las terrazas de la Piazza Vittorio Veneto, frente a Gran Madre? ¿Visitaría una librería de viejo de tantas que exponen sus libros en Via Po? ¿Se refugiaría del calor en las galerías que atraviesan el centro histórico, como la Subalpina?

Me desplazo por la ciudad intentando adivinar unos pasos que no son míos y, sin pretenderlo, busco una piel ajena, que he leído durante tantos años. Camino por Turín aspirando a resolver una historia que duró nueve días. Nueve días de silencio, de vacío resuelto en la habitación 346 el 27 de agosto de 1950. Me late el corazón muy deprisa. Mis pasos se confunden con otros. Llueve en Turín en este día de julio. ¿Por qué no entrar en el hotel Roma y pedir la llave 346? Mañana la lluvia será nieve en las montañas.

La alarma ha sonado a las cinco de la mañana, pero estaba despierto desde hacía unos minutos. Ha llegado el momento que he estado esperando durante todos estos meses. Comienzo la Vía Francígena y aún no ha salido el sol.

Durante el sueño, he rememorado el final del entrenamiento de hace dos días, cuando salí a pedalear por la ribera del Po y subí justo hasta la puerta de la iglesia de los Capuchinos, que domina la llanura y desde donde se aprecian los Alpes. El camino asciende por cuestas de más del quince por ciento de desnivel. Me aferro al manillar. Es una prueba de fuego. Si no soy capaz de subir a los Capuchinos, mejor será que no empiece la peregrinación. La carretera se retuerce. Da tres giros, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Se enrosca hasta alcanzar la cima, un recorrido

corto pero exigente. Al final, Turín se ve impresionante: la ciudad tranquila, amparada por la tutela de las montañas. El perfil del Mont Blanc sobresale del resto. No identifico el Gran San Bernardo porque en la distancia los macizos más grandes se llevan todo el protagonismo.

En el sueño renazco un poco después de morir. En cada cuesta, en cada esprint, cuando el sol cae a plomo sobre mi espalda y mi cabeza, vuelvo a dominar la respiración, a sentirme dueño de mi cuerpo. Es entonces cuando me bajo de la bicicleta y siento que todo ha valido la pena. El esfuerzo se convierte en satisfacción. Estoy preparado para la partida.

Mi hermano me espera en la cocina para tomar café juntos. Como en los viejos tiempos, pienso.

Del cuento de Piglia sobre los últimos días de Pavese se me quedó grabado en la memoria el motivo del título. «Un pez en el hielo» hace referencia a la película de cine negro de 1946 titulada *Ángel negro*, en la que Constance Dowling muere asesinada. Hay un detalle en la película que Piglia anota: el personaje femenino abre la ventana de su apartamento (es invierno) y saca la pecera para que se oxigene el agua. Unos minutos después es asesinada. La pecera queda durante días en el alféizar. Así debió sentirse Cesare Pavese cuando Constance Dowling se marchó a Estados Unidos: como un pez en el hielo.

No sé por qué, ahora que dejo Turín atrás, no puedo quitarme de la cabeza la angustia que debió sentir el escritor piamontés al ver esa escena. La ciudad está en calma. El cielo se ha llenado de nubes

que retrasan el amanecer. Mi hermano conduce hacia el norte. Ya no hay luna, pero no es de día. En el horizonte, donde empiezan las montañas, alguien ha encendido una hoguera. Después otra. Y otra. Allá donde el camino comienza.

1

Nostalgia de la cima

«Subí la montaña porque estaba ahí». Francesco Petrarca ascendió el Mont Ventoux en un tiempo en el que las alturas eran temidas. Las cimas anunciaban la tormenta del día siguiente y protegían a los pueblos de las invasiones bárbaras. No habían sido creadas para subirlas. Constituían un elemento primordial del paisaje, aunque no existía relación posible entre el ser humano y una naturaleza imprevisible y despiadada. Petrarca respiró el claro aire que nadie había podido aspirar y contempló el mundo a sus pies. Ahí estaban la libertad, la levedad de un cuerpo fatigado y satisfecho. Ahí se escondía la belleza del mundo. Era suyo. Y lo escribió para no olvidarlo cuando le visitara la nostalgia de la cima.

Mi hermano conduce. Se concentra en las señales de tráfico para no retrasar la salida de la ciudad. No hay coches por las grandes avenidas. Turín pierde su aspecto señorial a medida que llegamos al extrarradio. Los semáforos iluminan un suelo mojado sin tráfico que regular. En el horizonte intuimos el camino del Mont Blanc, pero todavía es un misterio.

Son las siete de la mañana. Dos horas separan Turín del inicio de mi peregrinación. El silencio reposado entre nosotros contrasta con la violencia del paisaje. Lo contemplo con fascinación, nervioso. Intento distinguir los picos, la forma exacta del Gran San Bernardo, como se teme a un adversario. Julio pone un tema relajante. Me dice que tengo que buscar canciones para cuando las piernas no den más de sí. Probamos alguna. «Música para las cimas», no sé si existe este género musical. Le hablo de Melanesian Choirs y de la banda sonora de *La delgada línea roja*, la película de Terrence Malick en la que un grupo de soldados estadounidenses está a punto de morir en una isla del Pacífico. Al instante se escucha a los niños del coro cantar con sus voces atemporales. Así debe sonar el paraíso, pienso. Mi hermano se pone serio. Se concentra en la carretera. Le hablo de esos chicos que miran a la muerte a los ojos y se acuerdan de las mujeres que no volverán a ver bajo la luz del verano; de los hijos que jamás abrazarán. El amor como última imagen antes de la muerte.

Qué pesada es la muerte, me digo a mí mismo.

Mi hermano va a ser padre por tercera vez. Nos lo comunicó hace apenas unos días. Tal vez por eso ahora finge estar concentrado en la carretera cuando en realidad está llorando.

Petrarca se pasó media vida atravesando los Alpes entre la Provenza e Italia. Su escritura se impregnó de un aire gélido. Una ida y vuelta continua que marcó también una forma distinta de componer, en la intimidad, como cuando describe la subida al Mont Ventoux al lado

de su hermano Gherardo. Llegó desde Aviñón de perseguir un amor imposible.

El hombre entra en comunión con la tierra y admite su deuda con ella. Somos una historia que no dejará memoria en la cumbre. Petrarca vislumbró un país dividido en cientos de estados, repúblicas y feudos, lugares donde se practicaba la guerra como dialecto supremo. En lo alto de la montaña halló una paz que no le podían dar ni el amor ni Italia. Dos nostalgias inconmensurables que no tenían remedio. Su antídoto fue subir a las alturas.

Julio me pregunta cuál sería ese momento que recordar en el instante anterior a la muerte. Miro las montañas. El Mont Blanc ha dejado paso a otras cimas menores. Aparece por primera vez el Gran San Bernardo. Se ha puesto a llover. La respiración se me acelera. Incluso siento una náusea leve. La ansiedad se despierta, puntual, y se refugia en la garganta.

Le digo que en el último instante vería aquella tarde de octubre en la que me encontré con Mercedes por primera vez en una aula de posgrado de la Universidad de Granada. Yo llevaba muchas derrotas a cuestas. Había dejado París sin voluntad, obligado por una especie de conciencia de utilidad. Ella estaba espléndida. Se había tomado una pausa en el periódico en el que trabajaba y quería probar suerte en el mundo de la educación.

Solía sentarme en la última fila para leer, alejado de la atención de los profesores, así que no la había visto antes. En la clase éramos, al menos, cien personas. Miré al frente y me percaté de aquella chica de nariz pronunciada y labios carnosos. Escojo ese momento, le digo a mi hermano. No cuando escuché su voz por primera vez, ni el café de aquel día en el que ya sabíamos que terminaríamos juntos. Ni

siquiera cuando se materializó el deseo en una discoteca a la que nunca volveríamos. Ninguno de esos instantes tan cruciales para el devenir de nuestra relación. Solamente esa paz breve que hallé cuando contemplé el perfil de aquella chica que parecía una escultura griega. «El perfil griego», la llamo, y las puertas de los recuerdos comunes se abren de inmediato para traernos un aroma de riesgo y enamoramiento.

Desde aquel día tengo mucho miedo. Se lo digo a Julio. Miedo a no estar con ella. A perderla. A tomar decisiones equivocadas. A que mis días no sean compartidos. Tengo necesidad de estar a su lado. Y eso me vuelve frágil, como lo soy en este instante mientras subimos el Gran San Bernardo, dejando Aosta a un costado, por un camino que pronto tendré que descender. Mercedes, confieso, es mi razón de ser desde ese día. Y también mi debilidad.

Él guarda silencio.

El 23 de abril de 1336 Petrarca asciende junto a su hermano Gherardo los 1909 metros del Mont Ventoux. Sus pasos no los guía el fervor religioso. No es una peregrinación ni una penitencia. El poeta sube por simple placer estético, por ejercicio físico, por orgullo de vencer a la naturaleza. Es una proeza moderna. Aquel día de Viernes Santo nació el alpinismo.

Lo atestiguó en una epístola dirigida al monje agustino Dionigi di Borgo San Sepolcro, carta que nunca fue enviada y que se conserva en su corpus (Familiares IV-1-3). Desde el pueblo de Malaucène, a los pies del Mont Ventoux, inicia una ascensión que le servirá también como reto personal porque entiende que el paisaje puede

servir al hombre como fuente de placer. Petrarca había admirado la montaña durante días enteros y se había preguntado qué se sentiría en la soledad de ese terreno que parecía reservado a los dioses antiguos.

Imaginarme a los dos hermanos en pleno ejercicio me produce ternura. Por eso resulta una proeza este Petrarca que se ha despojado de su disfraz de enamorado, se ha quitado los lamentos acostumbrados por aquella Laura de fuegos artificiales y ha entrado en contacto con la vida. Petrarca es el origen de la modernidad en poesía, pero no por inventarse una forma de amar, sino porque mira a los ojos a la cotidianidad. Aspira a dominar el paisaje. Posa su escritura sobre él porque antes lo ha recorrido. Lo ha hecho suyo.

No siempre fue así, pero no se lo digo. Antes de llegar Mercedes, esa imagen final habría adquirido otras formas. Durante muchos años, Julio fue la idea a la que me aferraba cuando el día se volvía oscuro. Mi miedo a montar en avión lo superaba con ese pensamiento alegre, como el que hace volar al señor Tootles al final de *Hook*, la versión de Peter Pan dirigida por Spielberg. Cuando el avión cobraba velocidad en la pista, cerraba los ojos y nos recordaba de niños en el huerto donde nos criamos. Eso me bastaba para calmarme.

Ahora que va conduciendo me pregunto dónde quedó aquel hermano que lo era todo para mí. Imagino que tiene que ver con el paso del tiempo, con el crecimiento de las familias. Pero sé que no es una cuestión tan sencilla como una simple multiplicación.

Los detalles convierten la historia de Petrarca en un hecho tan fascinante. Lo imagino junto a su hermano contemplando el Mont Ventoux, apostando quién alcanzaría antes la cima. Su relación se construyó también a la sombra de ese macizo, despojados de todo orgullo. Pienso en el momento en que decidieron encarar la ruta, los nervios iniciales, la locura predicha por los amigos. ¿Quién querría subir una montaña por puro placer?

Es imposible no reconocerme en esta historia, en el camino que tomó cada uno de los hermanos. Gherardo optó por una senda escarpada que exigía mucha fortaleza física. El premio sería la soledad a dos mil metros. Francesco, en cambio, consciente de sus debilidades, tomó una vía que atacaba la cima de una manera paulatina, con rampas constantes pero soportables. Tardaría más, desde luego, pero llegaría en perfecto estado.

Dos hermanos separados por necesidades vitales. Gherardo eligió la vida monástica. Culminar la montaña significaba hablar con Dios. Pero la experiencia de Petrarca fue más terrenal y eso la convierte en humana. Conoció el dolor y la ausencia. Su camino sería más largo. Veo a los dos hermanos al inicio de la expedición, unidos por una infancia común. Luego los observo alejarse con la promesa de reunirse de nuevo en las alturas. Eligieron caminar solos y encontrarse cuando todo hubiese acabado.

Mi silencio tal vez ha sido demasiado elocuente y Julio ha roto a llorar. Ya no puede más. Me habla de su momento, de la imagen que se llevará en el último instante. Cuenta que tenía miedo a estar solo en la primera infancia, que le pedía a mis padres que le diesen un

hermano. Apenas puede hablar. Se atraganta. Le digo que pare el coche, en esta misma curva, a la sombra del Gran San Bernardo. Pero no se detiene. Sigue conduciendo y hablando. Su momento, relata, es la primera vez que me vio. Indefenso. Apenas una criatura desvalida, desnuda. Me miró las manos y contó mis dedos, para que todo estuviese en orden. Luego hizo lo mismo con los pies. Así con todas las partes de mi cuerpo. Su momento fui yo.

También tengo ganas de llorar, pero no me permito el camino de la sinceridad. Me mantengo fiel a una especie de orgullo que aumenta conforme nos acercamos a la cima.

Petrarca confiesa al inicio de su carta que quiere emular una historia que ha leído en Tito Livio. Asciende motivado por la literatura, consciente de que los libros cambian vidas, crean mundos. El rey Filipo V de Macedonia quiso subir al monte Hemo, en Tesalia. La leyenda contaba que desde allí se podían contemplar los dos mares, el Negro y el Adriático. El poeta leyó una historia que previamente había escuchado el historiador romano. Una sucesión de ecos que acabaron con Petrarca y su hermano subiendo el Mont Ventoux por deleite personal, pero también para honrar la hazaña del anciano rey macedonio. En eso consiste la lectura, en emular, en reescribir lo ya escrito, en viajar al mismo lugar al que otros han viajado con un libro en la mano.

La carta nunca enviada al monje agustino aún conserva el misterio de la subida y relata un encuentro con un anciano pastor que está en Malaucène, al pie de la montaña. Este los advierte de la imprudencia del acto. Lo hace con una reflexión sosegada basada en

su experiencia. Él mismo subió, de joven, al Mont Ventoux, y bajó de la cima magullado. Pero a Petrarca ya no lo puede detener nadie porque ha ascendido los casi 2000 metros en su cabeza a través de la lectura de Tito Livio. Ya ha visto los cielos. Sabe de los padecimientos que sufrirá y de la satisfacción del esfuerzo realizado. Imposible detener a un lector empecinado en terminar el libro que tiene entre las manos.

Meses atrás, la Vía Francígena fue para mí también una referencia en una página. Apenas un nombre extranjero que resaltaba sobre el resto. Ahí se encendió una mecha que no tardó en arder, que me llevó de un libro a otro, que desembocó en bibliotecas públicas y en enciclopedias cibernéticas. En estos seis meses en los que me he cruzado con el camino de Sigerico, he realizado en mi cabeza el viaje infinidad de veces. Ya he pisado el suelo en el que se asienta la nieve del Gran San Bernardo. Conozco el rumor del lago Júpiter, desde el lado suizo, así como las cuestas que descienden hasta Aosta, sin haber transitado nunca este territorio. Lo que estoy a punto de realizar es la consumación de un trayecto que ya inicié en las páginas de muchos libros. Una forma selecta de cerrar el volumen y dejarlo para siempre en las estanterías de mi biblioteca.

Algo se perdió en el camino. La confianza se rompió en un punto que no soy capaz de definir con exactitud. Ya no somos los mismos. Lo sabemos. Me dice que desde que se fue a Estados Unidos necesita apartarse de la gente. Encuentra la paz en la soledad. A mí Julio me ha faltado mucho durante todos estos años: de niño, de adolescente, de universitario en Granada, donde coincidimos al

menos dos años. Y ahora que cada uno ha formado su propia familia.

La lluvia sigue golpeando el cristal del coche. Entramos en el túnel que marca la frontera entre Italia y Suiza, se extiende durante cinco kilómetros. El paisaje ha desaparecido entre pilares de cemento y señales en francés. Perdemos la cobertura del móvil. La música calla y se impone el silencio.

Tras unos minutos, estamos en Suiza. Lo sé porque un pequeño cartel con la bandera helvética anuncia el cambio geopolítico. En las alturas poco importan los tratados, pienso al salir del túnel y contemplar un valle inmenso, verde y moteado de nieve, salpicado por varios lagos. Busco el Gran San Bernardo, pero no soy capaz de distinguirlo. A mi derecha hay vacas que miran impasibles el tránsito del coche. Su piel tiembla por el frío, a pesar de ser verano. La lluvia impacta en la hierba del prado en forma de nieve que no llega a solidificarse.

Julio se ha serenado. Parece el de años atrás. Liviano, relajado, se ha quitado un peso de encima que lo estaba estrangulando. Hacía mucho tiempo que no lo veía así. Ha sido la montaña, pienso. O el viaje en bicicleta, que un poco nos pertenece a los dos. Entiendo que el Gran San Bernardo lo tenemos a nuestras espaldas. Lo hemos atravesado por el túnel. Ascendemos por una carretera típica de las carreras ciclistas. Apenas cabe un coche en una única dirección. Mi hermano conduce despacio. Saboreamos el paisaje. Disfrutamos de esta escena compartida en la que la naturaleza manda. Siento alivio de que la primera etapa consista en descender la cima y no en subirla. Aún no he empezado a pedalear y ya doy gracias por los esfuerzos descontados. Soy un mal peregrino, pienso, pero ahorro

sufrimientos para el momento preciso. Al fondo aparece un pico, azulado, majestuoso entre la nieve. Ese es, me dice Julio. La montaña de los ladridos de perro, le respondo.

Julio recorrió también parte de Italia en bicicleta. Fue hace más de diez años y no lo movía ninguna crisis espiritual. Simplemente quiso atravesar un país que desconocía, de este a oeste. Comenzó a pedalear en Trieste y finalizó en Livorno, donde cogió un ferri hasta Cerdeña. Lo hizo sin GPS, sin culotes deportivos y con los instrumentos esenciales por si pinchaba alguna rueda. Un viaje espartano que fue registrando en una cámara y con el que montó, con posterioridad, un documental titulado *A solas con mi bicicleta*.

Yo lo esperé en Lucignano, un pueblo encantador situado entre Siena y San Gimignano. Pasaba el verano en casa de una amiga recorriendo la Toscana y disfrutando de un *dolce far niente* que tal vez no merecía. Ya sin bicicleta, durante unos días, visitamos Roma y Nápoles.

Aquel recorrido está detrás de esta peregrinación. He visto decenas de veces el documental, pero siempre he considerado el viaje demasiado difícil, un esfuerzo superior para mí, tan poco acostumbrado a pedalear. Ahora que contemplo el Hospital de Peregrinos, en el lado suizo, sé que ha llegado el momento de contar mi historia. Frente a mí no hay días pasados, solo un camino hacia el futuro.

Petrarca corona la cima tras sufrir varias caídas. Describe el monte como pedregoso, formado por multitud de rocas de diminuto tamaño que dificultan el paso. Sufre mucho en su andar. Respira tranquilo. Sabe que es cuestión de tiempo alcanzar a su hermano. Y lo logra, con el corazón latiendo de emoción y cansancio. Arriba, expande la vista y busca con la mirada la parte italiana de los Alpes. Siente melancolía por su tierra y los diez años de ausencia le pesan en el alma. Petrarca se ha despojado de todas las banalidades del mundo y en las alturas solo retiene lo importante, lo que de verdad le duele.

La belleza es indescriptible, nos dice. Le faltan las palabras, por eso acude a las escritas por otros. Esta escena siempre me ha resultado trascendental. Petrarca lleva en su bolsillo una edición transportable de las *Confesiones* de san Agustín. Dice que abre una página al azar. Confía en que cualquiera será válida. Se detiene en el Libro X y lee en voz alta mientras Gherardo lo escucha atentamente: «Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos».

Todo queda en silencio. No se escucha ni el rumor de los vientos remontar la piedra y seguir su andadura hacia el mar. Hay dos hombres sobrecogidos por el escenario, por la belleza atronadora de las alturas. Allá arriba no ven a Dios, sino a la naturaleza en soledad. Probablemente nunca hayan experimentado tal sensación de orfandad y, sin embargo, la grandiosidad del mundo recogida desde una cumbre es suficiente para salvarlos. Solo la lectura sirve como consuelo.

Descienden en silencio. Lo vivido juntos los ha unido para siempre y sobran los discursos. Petrarca finaliza la carta conmocionado, confesando que todo aquello que ha leído en la cima ha sido escrito para él. Porque sabe que hay libros que nos eligen, que nacieron para que un día los leyéramos y subiéramos una montaña.

Leo que el Gran San Bernardo alcanza los 2473 metros de altitud y que de octubre a mayo el puerto permanece cerrado. A Roma solo se puede llegar en verano. La alternativa, en los tiempos de Sigerico, consistía en bordear los Alpes por Francia y costear hasta Génova, un camino demasiado expuesto a la rapiña y la piratería. Mejor sufrir el frío, pensaría el arzobispo de Canterbury.

Ante mí, el lago Júpiter resiste como último vestigio del pasado romano. En la época de los césares, la montaña adoptó el recuerdo del dios, por eso construyeron un templo dedicado a Júpiter Penino. Siglos después, nuevas religiones acabaron con su culto y hoy solo queda de aquella época el nombre. El santuario convocaría la soledad de los vientos sin sacerdotes que incendiaran el incienso a las puertas del sanctasanctórum. Un templo vacío al que algún caminante se acercaría para reposar.

Ese mundo está más cerca del que contempló Sigerico cuando pasó por aquí. El hospital para socorrer a peregrinos lo construyeron en el siglo XI sobre las bases de una edificación anterior. El arzobispo de Canterbury no pudo descansar en el interior de estos muros que yo toco con mis manos, que separan hoy dos países.

Bernardo de Menthon fundó la Congregación Hospitalaria del Gran San Bernardo, una orden religiosa afincada en Suiza que servía a los

romeros y los acompañaba en el duro tránsito alpino. Se especializaron en adiestrar perros de gran tamaño que protegían a los caminantes de las manadas de lobos y los guiaban por los caminos de descenso. En honor a tan buen servicio, la raza canina adoptó el nombre del santo.

A lo lejos, en el lado italiano, más allá del lago Júpiter, se vislumbra, entre la fina llovizna, la estatua imponente de san Bernardo con un bastón. Mira hacia las cumbres. Me da la espalda, y al lago y al hospicio. Parece que camina entre la bruma, como el hombre vestido de negro del cuadro de Friedrich. Escucho un ladrido que reverbera por la geografía, del Mont Blanc al Grand Combin, y que desciende por el camino que debo seguir, sobre las curvas que marcan la carretera. Arrecia la nieve. También el frío. El termómetro no supera los cuatro grados y apenas llevo un cortavientos que me sirve como chubasquero. Pero la imagen es tan imponente que no quiero desprenderme de ella. Aún no. Aguanto unos instantes más. Solo un poco. El tiempo necesario para tener nostalgia de la cima.

Me abrazo a Julio durante unos segundos. Es un abrazo que dura más de lo normal y que llega con mucho retraso. Años y años de dilaciones, malentendidos y orgullos. El Gran San Bernardo ha evocado lo que fuimos un día, en un huerto murciano, a la sombra de mis padres y abuelos. Sus lágrimas me han sanado. Llega el momento de los adioses. No sé cuándo nos volveremos a ver. El lago Júpiter apenas se estremece con el viento helado que atraviesa el paso de montaña. Sé que algo ha cambiado, aunque todo siga igual.

Petrarca descendió el Mont Ventoux en silencio, pero yo no paro de gritar. Me deslizo por la carretera del Gran San Bernardo. La temperatura no ha subido de los cuatro grados de la cima. Al contrario, la sensación térmica con el viento y la velocidad empeora. No estoy preparado para este frío intenso en pleno verano. Tengo las piernas agarrotadas y apenas soy capaz de mantener el equilibrio de la bicicleta con las alforjas, que no he probado antes y que he intentado aligerar lo máximo posible.

Ahora la lluvia se ha intensificado. Por momentos creo que es aguanieve. Tengo el cuerpo tensionado. Me duelen las manos de sujetar el manillar y la espalda no encuentra una postura natural con la que sentirse segura. El GPS indica que voy a 40 km/h. Aprieto la maneta del freno en cada curva. Si miro directamente a los riscos, olvidándome de que existe la carretera, imagino que las montañas se abalanzan sobre mí. En las laderas hay nieve perpetua. Una cascada eterna que ensombrece los bosques. Cumplo kilómetros. Las gafas de sol me protegen del viento, pero envuelven la escena con un velo oscuro.

Noto la presencia de un coche por detrás. Intento frenar y orillarme para dejarle el paso libre, pero no me adelanta. Me pongo nervioso. Durante los meses de preparación, he pedaleado muy poco por carretera. El coche se mantiene a una distancia regular. Cinco metros. Seis. No más. En cierto momento comienza a tocar el claxon. Se pone a mi lado. Es mi hermano. Baja la ventanilla y me da ánimos. Durante los primeros cinco kilómetros me ha servido de defensa contra otros coches. Ahora ha llegado la salida a la nacional y ha entendido que este viaje debo hacerlo solo.

Por un momento he dejado de sentir el peligro del descenso y me sé protegido. Veo la estela del coche pisando los charcos. Julio se aleja hasta que dejo de verlo en la distancia. Hay una curva que marca el adiós definitivo. Cuando llego, ya no está. La montaña, detrás de mí, sigue igual de cerca que antes. Poco a poco me habitúo a estar encima de la bicicleta. Si antes era un cuerpo montado en un ser artificial, ahora formamos un mismo ente, como esos animales mitológicos que tanto les gustaba pintar a los griegos en los vasos cerámicos. Siento por primera vez una libertad solamente otorgada por la velocidad y el paisaje. Las montañas me abruman y me hacen sentir pequeño, pero este pensamiento no me nubla el ánimo. Todo lo contrario. Adopto con orgullo el papel de insignificancia que me asigna la naturaleza entre tanta belleza.

Entiendo la fascinación de los alpinistas, que eligen morir en la soledad de los riscos a disfrutar de una vida de domingos y siestas. Es el dilema de Aquiles. Al héroe griego le plantearon los dioses la eterna dicotomía con la que soñaron tantos reyes a lo largo de la historia. Podría pasar el resto de su vida pastoreando ovejas frente al mar Egeo, con casa y familia, probando esa suerte de felicidad que se difumina con los bostezos; o, por el contrario, podría disfrutar de una vida intensa y corta, llena de gloria, pero con un final atroz y temprano. Aquiles eligió las alturas. La fama y la gloria. Renunció a la monotonía por un instante de emoción, como todos aquellos que se quedan en la montaña y no saben percibir el peligro, incapaces de dar un paso atrás.

Mi elección sería menos trágica. Soy un viajero al que le gusta volver a casa para juntar los recuerdos y experimentar lo que el olvido quiera hacer con ellos. Es una selección natural más fuerte

que las notas escritas y las fotografías. Nunca he tenido vocación de Aquiles. Me falta valentía y amo demasiado el día de mañana. Pero descendiendo del Gran San Bernardo, a 50 km/h, pruebo una especie de sabor de héroe griego en los labios, un instante trágico que me cuido de no prolongar demasiado. Por eso cada vez bajo más rápido, sin olvidar que la maneta del freno es lo que me permite seguir leyendo historias sobre Aquiles con la certeza de no convertirme nunca en él.

La modernidad de la carta de Petrarca la salva del olvido. Es un hombre emocionado por haber logrado algo tan extraordinario como ascender una montaña. Eso es lo que me conmueve de su experiencia en el Ventoux: sentirme tan reflejado en sus palabras, creer que yo podría haber ido en esa expedición.

Sé que no seré el mismo cuando llegue a Aosta, la primera ciudad grande del recorrido. Allí me esperan catedrales e iglesias menores, plazas que se preparan para la lluvia con la tranquilidad de los habitantes acostumbrados a la nieve, esta misma que me está mojando. Aumento la velocidad un poco más y disminuyen los dolores hasta desaparecer. Las manos ya no agarran el manillar, sino que lo tocan con la delicadeza de un pianista. Apenas he pedaleado desde que salí del Gran San Bernardo. ¿Este es el sacrificio que hay que hacer para llegar a Roma? Soy un ciclista que se deja caer hasta la capital del mundo antiguo. Hasta que el sol me alcance y venza a esta tormenta que se cierne sobre mí y que va quedando atrás,

como los Alpes. Sí, soy más rápido que las nubes. Las montañas lanzan un mensaje a la llanura por la que desciende el Po. La bendecirá la lluvia en los próximos días. Y he sido testigo de ello. Por eso llego a la ciudad y lo anuncio a sus gentes.

El camino para bicicletas se separa del de los peregrinos que van a pie. El terreno pedregoso y la lluvia de los últimos días desaconsejan el trazado, impracticable incluso para los viandantes. Fue el sendero que tomaron las tropas francesas en mayo de 1800 para enfrentarse en territorio italiano a las de la Segunda Coalición. Napoleón aún no era emperador. Acababa de volver de Egipto con un sabor agridulce: la derrota en el campo de batalla era incuestionable, pero el joven general se ocupó de llenar París de proclamas propagandísticas para favorecer su nombramiento como primer cónsul de la nación.

Napoleón ya conocía el campo de batalla. Había vencido a la Primera Coalición cuatro años antes, en Lodi, Ponte di Arcole y Rivoli, cerca de Turín. Pero esta vez el combate sería más difícil. Sus ejércitos atravesaron el Gran San Bernardo a mediados de mayo, con una intensa nieve golpeando la moral de aquellos jóvenes soldados, paralizados por el frío y la incertidumbre. Tuvieron que desmontar los cañones y fiarse de guías locales, cansados de la presencia austriaca, que recibía al invasor francés con una alegría que no ocultaba cierta suspicacia.

La marcha fue penosa, según las crónicas, siempre dispuestas a glorificar las acciones del héroe corso. Caminaron de noche para evitar las avalanchas. La ruta marcada se había borrado por las intensas nevadas y la confusión se apoderó de una milicia que había

cambiado el calor abrasador del desierto egipcio por las heladas en muy poco tiempo. Pero apenas encontraron más resistencia que la de la naturaleza. El 16 de mayo, Napoleón entró en Aosta. Saldría de Italia con una corona de emperador en la cabeza y con todos sus enemigos, salvo Gran Bretaña, derrotados.

El arte francés ha querido inmortalizar el momento en el que Napoleón cruzó el Gran San Bernardo con bastante más pompa de lo que yo lo he hecho. Jacques-Louis David pintó *Napoleón cruzando los Alpes* y le otorgó un halo divino al general, como un Aníbal que amenazaba Roma para imponer un mundo nuevo. También Paul Delaroche en *Bonaparte cruzando los Alpes* escogió el mismo tema, aunque en un tono más melancólico. En el cuadro podemos ver al general encima de una mula, azotado por un viento helado junto a sus soldados, que sufren los mismos rigores de la montaña.

Ahora la lluvia me impide pisar sobre las huellas de este ejército antiguo, que cambió Italia para siempre y despertó en los jóvenes liberales la necesidad de unirse frente a las potencias extranjeras. La invasión napoleónica de la península itálica es el germen de la unificación. Una semilla plantada sesenta años antes y que descendió por los caminos del Gran San Bernardo hacia Aosta, a pesar de la nieve.

No me detengo en los pueblos que atravieso. La carretera apenas se ensancha en un par de calles y vuelve a alejarse a los pocos metros. Leo sus nombres, todos con un aire francés que confunde al peregrino. ¿Estoy en Italia o sigo en Suiza? Los menciono en voz alta: «Saint-Rhémy-en-Bosses, Etroubles, Allein»… Poblaciones de

escasos habitantes. Una concentración de casas grises, el excedente del Gran San Bernardo y de sus compañeros en las alturas. Piedras recogidas tras las avalanchas constantes que se anuncian con el deshielo de cada primavera. Hay ríos pequeños pero violentos salvados por puentes de madera. El mundo se concentra en un par de calles. Huertas construidas en terrazas por las que germina el hambre de todos los inviernos, que van desapareciendo en el descenso, hasta que llega otro pueblo. Todos iguales. Ocasiones perdidas para poner pie en tierra y comprobar que son verdad, que existen, que viven más allá de esta bajada eterna que dura ya cuarenta kilómetros.

¿Sentiría Petrarca nostalgia de la cima años después, cuando el olvido hubiese difuminado el recuerdo de la ascensión? ¿Hablaría con su hermano Gherardo, pasado el tiempo, de aquella experiencia? ¿Rememorarían los años en los que eran libres y jóvenes para subir montañas? He ahí la verdadera melancolía del poeta. No fue Laura su aspiración, sino volver a sentir lo que vivió en el Mont Ventoux.

Están en cada pueblo. Échenoz, Saint-Rhémy-en-Bosses, Saint-Oyen, Etroubles, Allein, Porossan… La mayoría de las veces se trata de una cruz gris de hormigón. Nombres, apellidos y fechas que apenas se distinguen, ahora que ha salido un sol mojado sobre la piedra. Se encuentra al lado de la iglesia. El campanario anuncia un cementerio donde reposan los restos de los habitantes ya difuntos del pueblo.

Pero la cruz no guarda en su interior polvo ni cenizas. También las hay en la plaza principal, junto a un jardín con vistas a la montaña. Los Alpes protegen esos nombres escritos con un punzón, pintados de negro para permitir la lectura, a pesar del tiempo transcurrido. Son los caídos en las guerras que forjaron el siglo xx italiano.

Me detengo en sus nombres. Algunos apellidos son sefardíes y suenan similares al español. Levi, Astrologo, Del Monte… Campesinos y ganaderos la mayoría, que dejaron mujer e hijos para irse a morir a Verdún, a Stalingrado. Hay una cruz que homenajea a los caídos en Etiopía. Tan lejos de las alturas. Tan distantes del frío, ese aire que para los hombres de las montañas suena a hogar, a madera crepitando en una chimenea y a ventana empapada de vapor de agua.

Bajo de la bicicleta por primera vez en toda la etapa. Camino por un sendero de piedras blancas, dispuestas con la delicadeza de un recuerdo sagrado. Leo más nombres. Intento alcanzar toda la lista. Los nacimientos y las defunciones también. Jóvenes de veinte años, todos por debajo de los treinta. Ahora siento el tiempo como un peso que asfixia las generaciones. Compartimos edad, pero yo estoy frente a su memoria, peregrinando hacia Roma, la ciudad por la que les dijeron que iban a morir. Morir. ¿Para qué y por qué?

Sus cuerpos nunca fueron repatriados. Muchos, incluso, no fueron identificados, en esa gran fosa común en la que se convirtió Europa en los años cuarenta del pasado siglo. ¿Qué hay de este chico que murió en Stalingrado, defendiendo una causa innoble, una guerra injusta y cruel, una bandera que asesinaba a sus propios compatriotas? ¿Qué fue de estos otros, enterrados bajo la sal del desierto en Harar, en Etiopía, en Túnez? Apellidos que se repiten.

Hermanos que dejaron estas localidades al borde de la despoblación y cuya ausencia hoy se percibe en decenas de casas vacías. Hermanos que murieron lejos de su hogar, lejos de esta ladera por la que el Gran San Bernardo se convierte en valle.

Me vuelvo a subir a la bicicleta. He querido acompañar la memoria de estos nombres durante un instante. Retengo alguno, pero a los pocos kilómetros los olvido todos. Muertos que vuelven a la vida durante la efímera mirada de un viajero. Y luego silencio. Y después la soledad. Y el olvido. Y la noche. Hasta que el Gran San Bernardo decida traer nuevos peregrinos al lado italiano de este camino. Un momento de reflexión frente a las cruces que anuncian que en estos pueblos se vivió. Se sufrió. Se recuerda.

Y pienso en mi hermano, en estos kilómetros previos antes de entrar en Aosta. En la playa tropical de esta mañana, hombro con hombro, esperando a la muerte vestida de avión japonés.

2

Los que miran desde el bosque

Durante la pandemia de covid-19 leí *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Aunque el Holocausto no era un tema nuevo para mí, el libro me causó un gran desasosiego. Me obsesioné con aquel descenso del ser humano a los infiernos contado desde la supervivencia y la culpa. «¿Por qué estoy vivo y ellos no?», se cuestiona Levi. Soñaba por las noches con algunos pasajes. La angustia pasó del papel a mi cotidianidad. El hecho de no poder salir de casa me unió al escritor italiano. ¿Cómo escapar de Auschwitz?, me preguntaba leyendo con vértigo cada página. ¿Cómo escribir si ya no se es un hombre?

Entro en Aosta cuando el sol se ha abierto camino entre las nubes. No sé en qué momento las montañas dejaron paso a la ciudad, con calles que ordenan el espacio y dan sentido a los hábitos humanos. No sé qué dirección tomar. ¿Debería dirigirme directamente al *duomo* para buscar un sello para mi credencial? ¿Adónde iban los peregrinos en la Edad Media cuando llegaban, sedientos, a una población?

Los carteles anuncian que estoy en la capital del Valle de Aosta, una región autónoma que presume de cierta independencia política, como sucede con los lugares que han sido disputados durante tantos siglos. Aosta lo fue hasta mediados del siglo xx y nunca se ha desprendido de su aspecto alpino. Pero la geografía supera siempre la nomenclatura que otorgan los seres humanos. Más que un valle, la región es un desfiladero, las garras que la cordillera desliza sobre la llanura padana.

Es domingo y la ciudad desprende un aspecto provinciano. Asumo mi rol de peregrino y me dirijo a la catedral, aún temblando por el frío de la cima. Cruzo el Arco de Augusto, como todos los viajeros desde que se erigieron las primeras piedras de la urbe milenaria. Roma mandaba multiplicarse también en los fríos del norte. Un aviso para futuros enemigos: aquí empieza la civilización, donde haya una piedra alzada por un romano. A pesar de la estética montaraz, Aosta hoy es más romana que alpina porque los latinos lograron domesticar la piedra y convertirla en arcos, templos y murallas.

Por Via Sant'Anselmo me dirijo a la puerta Pretoria. Son pocos los viandantes que esta mañana pasean contemplando la torre de vigilancia. Durante siglos, antes del desarrollo urbano explosivo, este punto marcaba el límite de la ciudad, lo nuestro de lo vuestro, lo propio de lo extranjero. A alguien que va en bicicleta todo le es ajeno. Ahora que me desplazo hasta la Piazza Émile Chanoux y observo el ayuntamiento, con sus fuentes de diosas griegas, siento que todo este espacio me ha sido concedido. Al menos hasta que el recuerdo se vuelva una imagen difusa y se confunda con otras plazas. Por eso me detengo junto a un banco, justo donde los aostanos cumplen su papel y forjan el ritmo de su domingo. Anoto

en mi cuaderno: «Aosta tiene ganas de vivir». Y espero a que el sol seque las baldosas de la plaza.

La Piazza del Duomo es blanca, como un reflejo de la nieve que se precipita por las colinas del Mont Blanc. Un grupo de personas elegantes se mueve con lentitud hacia la puerta principal de la catedral. La fachada es original sin renunciar a la belleza. Combina lo escultórico con unos frescos que representan escenas de la vida de la Virgen y la Última Cena. Pienso en el peregrino medieval, en esos hijos espirituales de Sigerico llegando frente al *duomo* de Santa Maria d'Assunta y creyendo que la salvación está al otro lado de la puerta.

No hay infiernos en Aosta. Cada vez se reúnen más invitados a una boda que está por celebrarse. El novio aparece con una americana de varios colores, como un ángel atemporal salido de los frescos de la fachada. Me adentro en el templo antes de que la novia clausure las visitas. Espero encontrar el humo de las velas ennegreciendo las bóvedas, como en esas ermitas que pueblan el Camino de Santiago. Pero la catedral pertenece a un tiempo de restauraciones alejado de lo que uno espera hallar en Italia. Las iglesias encuentran cierta paz estética en el transcurso de las centurias. El siglo XVIII es una señal inequívoca de que al viajero puede decepcionarlo la arquitectura reservada a Dios. A partir de ahí, las revoluciones y el avance de la ciencia han mermado la capacidad del hombre para hacer de los templos no solamente lugares para orar, sino también para deleitarse.

Esta catedral tiene salvación, sin embargo. En la cripta uno se reconcilia con el pasado, en los cimientos de una iglesia construida por campesinos y canteros. Durante los inviernos, todo un pueblo cansado de perecer de frío se reunía en el crucero. Escucho sus voces. La esperanza de una primavera cercana.

Llega la novia justo en el momento en que me dirijo a descifrar un fresco. Los rituales de los hombres contrastan con la soledad natural de esta misma mañana, en el Gran San Bernardo. La felicidad ajena. Los frescos de las capillas. Será en otro camino.

El 8 de septiembre de 1943, Primo Levi decide enrolarse en un regimiento partisano llamado Giustizia e Libertà. Italia estaba en plena guerra civil, un hecho que a menudo se olvida en la historiografía de la Segunda Guerra Mundial. Faltaban unos días para que Alemania tomase el control del norte del país tras la captura y liberación de Mussolini. Mientras Badoglio iniciaba las negociaciones de paz con los aliados, Hitler creó un Estado títere denominado la República Social Italiana, con capital en Saló, para intentar contrarrestar el desembarco en Sicilia de las tropas aliadas durante ese verano.

La guerra se recrudece y Levi, acuciado por las leyes raciales, participa en la lucha clandestina. Imagino los días de angustia, entre Turín y Milán, los pasos en la escalera, las noches en vela. Prohibida su participación en los asuntos académicos, el escritor toma el camino de la lucha sin esperar, como tantos otros, a que la policía llame a su puerta.

Levi se dirige hacia las montañas de Aosta, en las laderas del Col de Joux, en la ribera izquierda del río Dora Baltea. Pasará tres meses escondido en el bosque, observando desde la distancia el movimiento de los soldados alemanes apostados en los puertos de montaña, acercándose a las cafeterías de Châtillon y Saint-Vincent para calentarse las manos. Allí sufrirá los rigores del frío y la soledad. Escuchará el aullido de los lobos y las motocicletas rasgando la noche. Hasta su detención, el 13 de diciembre en Amay, Levi fue un partisano sin pistola, un miliciano sin dinero, un hombre sin atributos, pero con hambre y miedo.

El Dora Baltea tiene una vida corta, por eso necesita dejar constancia de su paso por la tierra. Los riscos caen constantemente sobre el río. Experimento una sensación de levedad cuando contemplo el rápido transcurrir de su cauce desde uno de los muchos puentes de madera que lo cruzan. Hace unas horas apenas era un glaciar, parte de un paisaje perenne. Se ha desprendido de su esencia. Ha preferido la velocidad, el camino de Aquiles. Es el espíritu italiano por excelencia. El país sufre el síndrome del héroe en cada rincón. Siempre ha elegido la gloria y lo pasajero a la insignificancia.

Me alejo de los Alpes y el Mont Blanc se agranda a mis espaldas. Uno no entiende la magnificencia de la montaña hasta que casi la pierde de vista. Es curiosa la perspectiva de las alturas. En la distancia parece una mole sin fisuras. Solamente al aproximarnos a su base descubrimos que las cimas están compuestas de multitud de

picos, de macizos prominentes, de huecos. Las montañas son como laberintos que el hombre subestima.

Pedaleo por la ribera derecha del río bajo un cielo que por momentos quiere volver a las nubes grises. Me impiden contemplar el Cervino al otro lado. Es mi cumbre preferida, la más bella de todas. Como una bailarina estilizada, desprende una elegancia que solamente ha podido salir del diseño de un dios.

Pienso en Levi y en los tres meses que pasó oculto en las faldas de la montaña, en cómo el invierno iba cercando su piel igual que un soldado nazi. Observo los bosques, el claro de los valles, intentando determinar el lugar exacto por el que pasó, la sombra de los árboles que lo cobijaron. Es como pedalear persiguiendo una sombra escondida desde hace décadas.

El Cervino sabe y calla.

Llego al castillo de Fénis poco después de comer. Me quedan tan solo diez kilómetros para acabar esta primera etapa y las fuerzas empiezan a flaquear. Resulta extraño encontrar esta edificación medieval enclaustrada entre la montaña y el Dora Baltea. Me detengo unos minutos en la hierba a descansar. La fortaleza, en origen un castillo con voluntad defensiva, leo, fue remodelada en el siglo XIV, pues los nuevos propietarios del edificio, la familia Challant, querían vivir en un castillo con vocación palaciega. Ya no tenían enemigos a los que repeler en caso de invasión. Es un ejemplo de orgullo nobiliario, de derroche arquitectónico, aun con un lenguaje demasiado tosco para ser un palacio mediceo, a medio camino entre roca inexpugnable y lugar de reuniones diplomáticas. Ni lo uno ni lo

otro: un fósil de mineral misterioso anclado en el valle. Demasiado pequeño para ser una montaña. Ostentoso para servir de cobijo a un peregrino.

Corría la noche del 12 al 13 de diciembre de 1943 cuando una patrulla de las milicias fascistas percibió algo en un bosque de la ladera del Col de Joux: un movimiento, el brillo de una luz a destiempo, el rumor de una tos aterida por el frío. Eran Primo Levi y otros partisanos que esperaban su oportunidad para iniciar el asalto en un terreno favorable. La detención se produjo en Amay, un conjunto de casas a medio camino entre Saint-Vincent y Brusson, al costado de una carretera empinada.

¿Qué sucedió durante esos tres meses para que Primo Levi, en el momento de la detención, se identificara como judío y no como partisano? Aquella confesión lo condenaba doblemente y, aun así, decidió desvelar su origen semítico. Levi no estaba solamente declarándose judío por encima de todo, con todas las implicaciones trágicas que ello conllevaba, sino que renegaba de esos tres meses de militancia montañera. ¿Por qué esa renuncia a sentirse partisano en el momento final? Probablemente el escritor pensase que si se declaraba como tal lo fusilarían en el acto. Con los judíos se activaba la mecánica de la muerte: trenes nocturnos, estaciones desiertas, campos de prisioneros de los que hablaban, entre susurros, los soldados que habían estado en el este…

No se equivocó. Fue internado en el campo de concentración de Fossoli, cerca de Módena. Tal vez, paradójicamente, esa confesión lo salvó en un primer momento.

Fray Stefano me recibe en el convento de los capuchinos franciscanos. Châtillon nace en la orilla izquierda del río sobre un promontorio de roca que he tenido que ascender como prueba final de la etapa. Aquí pasaré mi primera noche.

Me enseña una celda sobrante del monasterio. Estos lugares pensados para encontrar a Dios se están vaciando. En otros tiempos, los monjes llenaban con su paso cansado pasillos enteros de construcciones cuidadas, donde crecían las flores junto al agua clara. Ahora, fray Stefano me expresa con amargura que cada vez son menos, por eso ofrecen celdas a los peregrinos.

Caminamos juntos por el claustro, que es humilde y pequeño, construido con piedra negra del Cervino, con hornacinas donde se rinde culto a muchas vírgenes modernas de plástico. ¿Quién necesita mirar en el interior de los templos teniendo las montañas tan cerca?

Le digo a fray Stefano que busco la humildad, lo indispensable para pasar los días hasta Roma. Llevo dos libros y dos mudas. No viajo ligero de equipaje porque quien vuelve a Italia tiene la memoria llena de recuerdos. Y eso condiciona el camino. Me habla bajo, casi en susurros. Tiene ochenta años y me cuenta que son pocos los que quedan aquí en pie. Tumbas hay muchas. Las veo en el jardín. Hablamos de los oficios de la vida. Le digo que soy profesor de literatura. Él también lo fue, sus días no estaban destinados, en principio, a estos muros. Me interroga sobre Lorca y Cervantes. Le respondo que estas paredes de silencio necesitan más a san Juan de la Cruz y a santa Teresa. Hablamos del Camino de Santiago. Me confiesa que se morirá sin haberlo recorrido. También de Roma. No esta que me espera, sino aquella grandiosa, de otros siglos. Y de los nuevos tiempos que están acabando con la fe.

Me confieso a mi manera. Le digo que no puedo creer, que en mi interior hay un vacío sideral desde hace demasiados años. Que intento combatirlo desde niño. Él me escucha. Apoya las manos en la espalda. Me dice que la fe llega, que no tenga prisa, que Dios nos habla, pero a su debido momento. Antes de salir de la celda, afirma que si no siento la voz de Dios, no pasa nada. Lo importante es ser feliz, con o sin Dios. Y cierra la puerta.

Ser feliz. La fórmula queda como un eco en mi cabeza. Miro por la única ventana de la celda. El Cervino sigue escondido tras la oscuridad de la borrasca.

Nunca voy a misa, pero quiero escuchar al padre Stefano en la parroquia de San Pietro. Medio Châtillon se ha reunido bajo sus bóvedas que imitan lo renacentista, aunque desprenden el inconfundible aroma del neoclasicismo. Y el resultado no es malo. Me cuesta fijar la atención en la prédica. Siempre me pasa. Hablan de Dios con un mensaje de amor y de paz. Formulismos que se repiten y que evito mirando los cuadros que cuelgan en el altar mayor. Aspiro a una religión combativa, alejada de los pensamientos fáciles. Una fe que interrogue y discuta. Para mí, creer no es ausentarse de las preguntas. Fray Stefano entona las peticiones y los feligreses responden con inercia. La misa debería ser debate y reflexión, pero sé que es una batalla perdida. Tal vez sea arrogante que este peregrino quiera cambiar tantos siglos de religión por unas dudas metódicas.

Me consuela, sin embargo, la calma de este templo. Italia es el país de los mártires. En cada capilla reposan los restos de alguno. En

esta ocasión, se trata de una chica joven. Lleva una máscara de cera y su cuerpo mantiene las formas de lo que fue una juventud de esplendor. Me pregunto cuántos siglos llevará portando ese velo de ilusiones. En esta iglesia se celebra la muerte y se oculta su misterio. Huele a flores quemadas. No puedo quitarme de la cabeza el rostro de cera de la chica, antes de la santificación. Antes de que las flores anunciaran al peregrino que está muerta desde hace siglos.

Fray Stefano da por concluida la misa y el templo se vacía poco a poco. Saluda a las familias y les desea una buena semana. Salimos al atrio, donde corre un aire fresco que pronto será lluvia. Las montañas están por todas partes. Son de una belleza que duele, que apabulla al contemplarlas. Fray Stefano debe marcharse a su celda. Se acuesta temprano. No acepta mi invitación a tomar una cerveza. Me dice que solo Dios puede estar detrás de ese espectáculo y me quedo sin fórmulas para rebatirlo.

Primo Levi estuvo en el campo de concentración de Fossoli hasta el 22 de febrero de 1944. El lugar había caído en desuso como campo de prisioneros hacía pocos meses, pero las nuevas leyes raciales instauradas por Mussolini y el recrudecimiento de la guerra habían alertado a las autoridades fascistas sobre la necesidad de colaborar con Alemania en el exterminio de toda la población judía.

Fossoli no era un destino final, sino un sitio en el que poder organizar mejor la industria de la muerte ideada en Wannsee. Allí, los presos trabajarían de manera forzosa hasta que sus apellidos fueran nombrados en una lista. Les esperarían otros lugares más

conocidos, nombres cuya resonancia hoy avergüenza a las páginas en las que están escritos.

Pienso en la incertidumbre de Levi. El desamparo y la soledad al verse recluido en un barracón. La expectativa de una muerte segura y lenta, a merced de un frío cálculo administrativo. Se cuestionaría cada mañana, al despertarse, qué lo mantenía con vida un día más. Cuál era la diferencia entre la existencia y la muerte, la pesada carga de seguir viviendo. Una prefiguración de lo que estaría por sufrir. Y el dolor de que aquello era Italia, su país, y eran italianos quienes construían su infierno.

Está a punto de anochecer en Châtillon. Me resisto a volver a la celda y decido dar un paseo por unas calles empedradas que adquieren un aire medieval cuidado. El pueblo está lleno de flores. Atravieso el puente que salva el torrente Marmore. La iglesia queda en lo alto de la colina, junto a la fortaleza y unos jardines cerrados al público. A los pocos minutos he recorrido todo el perímetro. Los bares recogen las pocas mesas y sillas que han desplegado en las terrazas. Es como si, antes de la noche, Châtillon dejase de existir. Entiendo el mensaje y vuelvo a mi celda. No hay luz eléctrica. En la oscuridad tanteo la cama y extiendo el saco de dormir, pero permanezco con los ojos abiertos, sin ver nada.

Me he adelantado al amanecer de este lunes y antes de que salga el sol emprendo la marcha. He desayunado en el pórtico de la iglesia

del monasterio, desde donde se intuye una vela temblando cerca del altar desnudo: una cruz y Cristo clavado en ella.

El camino hacia Saint-Vincent sube y baja. La geografía es caprichosa y el viajero solamente puede encomendarse a ella como medio de subsistencia. A cada pedaleo entiendo que estoy a merced del paisaje, que acabaré esta peregrinación si la naturaleza quiere. Años preocupado por mi cuerpo, por la resistencia y las imperfecciones que poco a poco van anunciando los dolores futuros y por fin he comprendido que todo depende de la orografía.

A la salida del pueblo decido desviarme de la ruta trazada por Sigerico. Un cartel anuncia, a pocos kilómetros, una capilla-monumento dedicada a los partisanos que lucharon contra el fascismo y el nazismo en el Valle de Aosta. Tomo la SR33 y asciendo por rampas exigentes mientras el sol empieza a imponerse sobre las montañas. Hoy no llueve, pero lo ha hecho durante toda la noche. La carretera se curva cada vez más y se retuerce antes de subir. Me falta el aliento.

Llego al pueblo de Amay, una pequeña pedanía de SaintVincent. Apenas cuento una decena de casas de pastores con techos de pizarra. Nadie está despierto a estas horas. Me acerco a la capilla. Es de una sencillez abrumadora. Construida en piedra gris, un arco central y dos laterales sirven de acogida al visitante formando una pequeño pórtico humilde que da acceso a la ermita. En el interior, las paredes carecen de adornos. Solo tres vidrieras aportan algo de color a la oscuridad. La cruz reposa en el suelo, bajo las huellas de los caminantes.

Aquí se esconde una fe mucho más efectiva que la de los grandes templos. Los Alpes muestran un paisaje que hiela la sangre y

emociona, envuelto en las tonalidades moradas del amanecer. La capilla, construida en los años cincuenta, está dedicada a los partisanos que dieron su vida por Italia. En este mismo lugar, muchos de los combatientes asesinados fueron enterrados en fosas comunes. No es solo una capilla, sino un lugar que dignifica el presente.

Aquí detuvieron a Primo Levi el 13 de diciembre de 1943. Observo el panorama una última vez antes de seguir mi camino. Sé que la religión que sostiene este lugar va más allá del cristianismo: esa cruz en el suelo de la capilla protege la memoria de todos los caídos. Y eso me hace feliz.

Tal vez hoy las fuerzas me permitan llegar a Cavaglià, pasado el lago de Viverone. Recito el nombre de los pueblos que me esperan hoy: Montjovet, Verrès, Echallod, Arnad, PontSaint-Martin… Responden a una época en la que en el Valle de Aosta estaba ausente el italiano. Esta tierra ha utilizado lenguas antiguas para comunicarse. Los últimos resquicios de su pasado políglota se evidencian en la geografía, en el nombre de las montañas, en los letreros que dan la bienvenida a los peregrinos. En Aosta se habló el francoprovenzal desde la Edad Media, antes de convertirse en el medio de expresión de poetas y mercaderes. En ella se escribió *Il Milione*, el libro que cuenta los viajes de Marco Polo, y no en italiano, como muchos piensan. A uno y otro lado de los Alpes existió una comunión cultural anterior a la formalización de las fronteras modernas que se expresaba en ese viejo idioma. Las montañas, en lugar de dividir, unían el habla a los dos lados de la cordillera.

Ahora son pocas las personas que utilizan el francoprovenzal para comunicarse. Algunos letreros se obstinan en recordar esta lengua sin hablantes, ese mundo perdido de aromas caballerescos y peregrinos venidos del norte de Europa. De aquellos siglos quedan las fortalezas vacías y ciertas uniones entre vocales que ya nadie sabe pronunciar y confunde con el francés. Siento también, atravesando el alma de esta tierra, una nostalgia de civilización perdida, de prédica ahogada en los campos, sin fieles ya que reconozcan la musicalidad de un idioma que también aspiraba a dirigirse a Dios.

Tras el campanario semiesférico de la capilla de los partisanos hay un pequeño cementerio con media docena de tumbas. En el acceso se alzan tres banderas: la de la Unión Europea, la italiana y la de Aosta, con dos franjas en rojo y negro. Dejo la bicicleta apoyada en su mástil y me quito el casco. Piso el suelo acolchado por las hojas de los árboles. Las tumbas están situadas en fila y son de una humildad pasmosa: una cruz de roca, irregular, tallada a golpe de cincel. No hay más. Una rosa florece en el lecho de cada una de las tumbas y permite que el rojo de los partisanos resalte sobre el recuerdo de la muerte.

Es un lugar hermoso, sin embargo. La memoria también puede partir del dolor para convertirse en algo bello. La soledad de este lugar no duele, reconforta. Salgo del cementerio y leo la placa que honra a los partisanos y a los muertos pertenecientes a la Brigada Matteotti, que participó en la liberación del Valle de Aosta en 1945. Tal vez Primo Levi conociese la identidad de los hombres que hoy

descansan ante mi presencia. Serían sus compañeros en la montaña, en lo profundo del bosque, en la oscuridad de su dolor de aquellos días.

El Valle de Aosta fue de las últimas regiones italianas en ser liberadas. Los nazis se atrincheraron a los pies de los Alpes cuando la guerra recrudeció su ritmo. La República de Saló ya no era más que un arlequín sin dueño cuando el ejército francés, por orden expresa del general De Gaulle, atravesó la cordillera y entró en el valle con una intención doble: acabar con el último reducto alemán en la península italiana y ocupar un territorio que aspiraba anexionarse.

En efecto, De Gaulle no olvidó la declaración de guerra leída por Mussolini en el Palazzo Venezia de Roma en 1940, cuando las tropas alemanas arrasaban las Ardenas y apuntaban directamente a París. Francia tardó muy poco en caer e Italia aprovechó la ocasión para imponer sus deseos. Ahora Francia se cobraba la venganza: Aosta sería francesa por conquista, como en los tiempos medievales.

Solo la intervención de Truman pudo calmar las aspiraciones francesas. El tratado de paz de París de 1947 confirmó la pertenencia a Italia de una región que ha alcanzado a lo largo del siglo xx un grado de autonomía superior al resto, y Francia se conformó con algunas pequeñas localidades como Tenda, que hoy forman parte de los Alpes Marítimos.

Verrès tiene nombre de ciudad etrusca. También el aspecto, con sus dóciles cuestas de piedra y sus edificaciones de otro tiempo. Un bastión preside la ciudad, construido alrededor, como si la humanidad cayese ladera abajo. El color de los sillares confunde al viajero que cruza el entramado de calles. Busco una cafetería donde poder descansar un poco. El aroma del café tiene la capacidad de activar mi cuerpo sin ni siquiera probarlo. Llego a una plaza. Parece el trazado de una muralla que derribaron hace siglos. Uno no sabe si contempla un foso etrusco, un *borgo* medieval o una reconstrucción del siglo XIX al estilo de Sintra.

Sin embargo, hay un aspecto de Verrès que delata su identidad. Son las alturas, claro. Demasiadas montañas para estos antepasados de los romanos que poblaron la Toscana y el Lacio de enclaves donde aún se venera una forma de disfrutar la vida superior a la de cualquier civilización. Los etruscos situaban sus ciudades sobre colinas suaves como las olas del mar en un día tranquilo. Los Alpes son una borrasca en el océano y Verrès se encuentra a la deriva. Ha renunciado a las plazas, a las iglesias dominando un espacio abierto y a los niños jugando al fútbol. A cambio, la roca cae vertiginosa sobre las casas. No sé si forman parte de la cordillera o las hizo el hombre.

El 22 de febrero de 1944, quinientos cincuenta judíos del Campo de Fossoli embarcaron en un tren de mercancías. Entre ellos iba Primo Levi. Sería la última vez que pisara Italia hasta después de la guerra.

El viaje en tren duró cinco días. Levi cuenta que compartió vagón con más de cincuenta personas, hacinados como ganado. A su lado,

una mujer abrazaba a un recién nacido. Llegaron a Auschwitz, nombre jamás escuchado. Nada más bajar del tren, lo desnudaron y lo desinfectaron. Le tatuaron en el brazo el número 174517. Había dejado de tener nombre. Ya no era Primo Levi.

El paisaje tiende a repetirse, pero resulta dulce este estribillo que combina ríos, montañas y fortalezas. El Valle de Aosta está salpicado de castillos medievales que se han quedado sin enemigos de los que defenderse. Son todos inexpugnables. El último que veo en la ribera derecha del Dora Baltea es el de Bard. Parece la dentadura de un gigante que sirve como reclamo turístico.

La construcción de la fortaleza respondía precisamente a lo contrario de su utilidad actual. Su función consistía en impedir que los extranjeros entrasen en el territorio. Lo pienso mientras contemplo la imponente mole, sus precipicios que adoptan la forma de un castigo medieval. A pesar de las decenas de fortificaciones diseminadas a este lado de los Alpes, Napoleón recorrió este camino para tomar Italia como una pieza de caza. No era un peregrino, pero empleó la misma ruta que yo. Las fortalezas tampoco frenaron al fascismo, que nació dentro, no vino de fuera. Ni a las tropas alemanas, que anduvieron por los Alpes como por la sala alfombrada de un palacio.

Las fortificaciones de Aosta recuerdan un temor, un miedo atroz a los ejércitos extranjeros. Pero no bastaron. Esta parte de Italia sirvió como moneda de cambio para españoles, franceses y austriacos. La piedra, a veces, no es útil para defenderse. Siglos de historia lo afirman, pienso mientras Bard desaparece al ritmo de mis pedaladas

y el Dora Baltea me acompaña un rato más hasta que decide mezclarse con las aguas del Po.

Ahora que escapo de las montañas, el Mont Blanc ha dejado de ser visible. El Cervino nunca ha descifrado su misterio, escondido tras una nube oscura. La bicicleta facilita el tránsito por el paisaje, la fugacidad de la mirada. Los Alpes dejarán de existir en unos días, cuando mi mundo sea una llanura extensa. El punto de vista va cambiando la geografía. La moldea a su antojo. Es la única manera de comprobar que avanzo en mi peregrinación. Las montañas se van. El cielo se mueve. Las ruedas giran en su curso natural y las ciudades se acumulan en la mirada. Ya me cuesta recordar el nombre de cada una de ellas.

Los carteles anuncian el Monte Rosa. Es otra divinidad alpina, a la altura de los antes citados. Queda a la izquierda de mi marcha. El Piamonte y Lombardía crecen a la sombra de estos macizos de nombres elegantes. Cervino. Mont Blanc. Monte Rosa. Suenan a poemas. Bajo la tutela de una montaña me siento más seguro en el pedaleo. Ahora me esperan los llanos y el cereal. De las cumbres solamente quedará el agua mansa de un río que, días atrás, arrastraba troncos y piedras de un color grisáceo. Me preparo para una despedida. No será la primera del viaje. Cuando vuelvan las montañas, tendré que pedalear para ascenderlas. Los Alpes solo me han hecho favores que voy anotando como una especie de agradecimiento.

Partisanos, una historia de la resistencia, de Sergio Luzzatto, es un libro polémico porque enfrentar la verdad con la mitología siempre implica riesgos.

Investiga Luzzatto los tres meses que pasó Levi en las montañas de Aosta. Y esclarece un episodio que marcó profundamente su voluntad de lucha. Me refiero a la ejecución de dos partisanos de dieciocho años a manos de sus compañeros. Se llamaban Fulvio Oppezzo Furio y Luciano Zabaldano Mare. Levi participó, probablemente, del juicio sumarísimo, de la condena a muerte por una causa ambigua, no resuelta, y lo hizo con un silencio que, según Luzzatto, lo acompañó para siempre. El 9 de diciembre se produjo el asesinato de los dos jóvenes, según el procedimiento estalinista: ráfaga de metralletas por la espalda en la oscuridad del bosque. Tres noches después, Levi y el resto de compañeros fueron detenidos.

Hasta la fecha, el único testimonio sobre la experiencia partisana de Primo Levi nacía de él mismo. En una carta dirigida a Paul Momigliano, presidente del Instituto Histórico de la Resistencia de Aosta, se expresa en estos términos: «Mi periodo partisano ha sido, sin duda, el más opaco de mi carrera, y no lo relataría voluntariamente: es una historia de jóvenes bienintencionados pero tontos, y bien está entre las cosas olvidadas. Con las alusiones que contiene *El sistema periódico*, hay más que suficiente». Y ese silencio es muy elocuente.

Tal vez ahora cobre sentido la respuesta de Levi ante el policía de la milicia fascista al presentarse como judío en lugar de como partisano.

Roma está presente. Tiene necesidad de acoplarse a los lugares, de pegarse a la piel de los territorios. Engrandece las ciudades por las que ha pasado y las dota de un aroma antiguo y sabio. Donde está Roma hay belleza. Es la máxima universal que he logrado esclarecer tras una vida entera viajando. Mi biblioteca es una pequeña Roma concentrada. Lo que escribo aspira siempre a rememorar acaso una plaza romana, un vestigio en mármol. Roma ha vencido al tiempo. Es más que él, porque han muerto varios mundos, pero Roma sigue viva.

Lo pienso en Pont-Saint-Martin, otro pueblo encaramado a los Alpes, el último del Valle de Aosta. La región ha decidido despedirse a lo grande, homenajeando al peregrino con un lugar que concentra todo lo visto anteriormente. El puente romano se abre solamente con un vano, pero desprende una elegancia suprema. Tiene las medidas exactas para salvar el río que discurre impasible. También sirve como paseo de estelas funerarias y vanos abiertos que hoy se han convertido en capillas dedicadas a la Virgen.

En Pont-Saint-Martin apenas viven unos cientos de habitantes, pero el puente romano esclarece el presente precisamente desde el pasado. No sería nada sin Roma. No tendría ni nombre. Cuando el imperio cayó, las gentes habitaron lo que quedaba de él. Convirtieron su memoria en lugar para vivir. En estos cien kilómetros recorridos, todos los pueblos, por pequeños que sean, muestran orgullosos un puente, una puerta que abre una muralla, una columna ajada a la que se le han caído las volutas. Esta zona no era Roma, pero Roma la hizo suya. Por eso yo, que pedaleo hacia la Ciudad Eterna, ya me siento un poco a las puertas de la plaza de San Pedro.

«Oro», se titula el cuento perteneciente a *El sistema periódico* que Primo Levi referencia en su carta a Paul Momigliano. Lo leo despacio, intentando desentrañar un secreto oculto durante años, la revelación de una verdad que, como el Cervino, ha estado oculta bajo una borrasca.

El cuento lo protagonizan Levi y sus amigos, estudiantes de Turín y Milán que quedan en sus ratos libres para hablar de Gramsci. El país ya estaba invadido por las tropas alemanas, como Polonia, dice uno de ellos. Toca defenderse. Es el momento de la lucha, por eso se enrolan en las guerrillas partisanas, en las montañas de Aosta.

Los amigos se separan en la lucha, cada uno «en un valle diferente al otro». El Levi del relato pasa los días escondido bajo un metro de nieve, espiando los movimientos de los soldados, creyendo en una victoria imposible contra un ejército numeroso. Su grupo cae en una emboscada. Son doce contra trescientos. Nueve logran escapar, pero no Levi y dos más. Lo conducen al cuartel, a las afueras de Aosta. Le pegan. Lo maltratan. Es solamente el inicio de un duro calvario. Ve que un soldado le da la espalda y deja sin seguro una bomba de mano, pero a Levi le falta coraje para aprovechar la situación. No se comporta como un partisano.

A los tres prisioneros los aíslan. Levi afirma: «La prohibición de comunicarnos fue dolorosa, porque entre nosotros, en cada una de nuestras mentes, pesaba un secreto horrible: el mismo secreto que nos había expuesto a la captura, apagando en nosotros, pocos días antes, toda voluntad de resistencia, incluso de vivir». El escritor no desvela cuál es ese «secreto horrible», pero señala que se habían sentido obligados a ejecutar la condena y que ese hecho los había destruido a todos. También a él.

Los jóvenes partisanos se alejaron hacia un claro con las manos en la cabeza. Uno de los dos volvería la vista atrás. Sería en ese momento cuando cruzaría la mirada con aquel hombre que esperaba en el bosque, arrepentido de un hecho que no podía evitar pero que le quitaría el alma. Fue la primera vez que a Levi lo privaron de ser hombre.

3

Le donne antiche e' cavalieri

La primera peregrina que me encuentro es una paradoja. Se llama Penélope, la mujer que se queda en casa a esperar al marido. Me bajo de la bicicleta y sigo sus pasos durante un rato. Atravesamos el valle del Ticino, una llanura verde resguardada por árboles, al costado del río Tesino. Quedan apenas unos kilómetros para llegar a Pavía. Se ven, a lo lejos, la silueta de los campanarios y la cúpula majestuosa de lo que, imagino, será su catedral. Es una estampa frágil, sobre una neblina que hace temblar las estructuras de piedra.

Penélope sonríe ante mi sorpresa. Se quita las gafas de sol y mira hacia el frente para encarar los últimos kilómetros de su etapa. A mí me quedan más, hasta que las piernas aguanten. Su camino será más paciente que el mío, que voy en bicicleta. Se coloca el gorro con elegancia y me cuenta por qué decidió dejar su Ítaca para ir a Roma.

En dos días alcanzaré Pavía, pero el tiempo se va tejiendo como el manto que una mujer griega desteje por las noches.

Ahora vislumbro la belleza de Ivrea, que encierra varias derrotas. La primera alegra al peregrino porque demuestra que también se puede vencer a los kilómetros: abandono el Valle de Aosta y entro

en el Piamonte, una región efímera que mañana cruzaré en un suspiro. La segunda derrota languidece entre su estética y su posición política en Italia: demasiado hermosa para ser una localidad menor; insuficiente en los algoritmos burocráticos para alcanzar la capitalidad de provincia. Eso lo percibe la ciudad, que se corona en lo alto de una colina con un castillo, como si ahí se encerrase el misterio de por qué, a pesar de la historia y la belleza reunidas, no la han dejado ser más que una segundona de la provincia de Turín.

Cruzo por última vez el Dora Baltea. Nuestros caminos se separan y siento tristeza al despedir a un río que me ha protegido desde Aosta. Es el momento de que los ríos alpinos se conviertan en cauces de agua más extensos. Por eso, en los siguientes días, el Po tomará el testigo de guía protector por las sendas padanas.

Intento llegar al *duomo* de Ivrea, pero las cuestas me lo impiden. Los edificios se enroscan sobre una colina que sigue creciendo. Tras una cuesta prominente, el camino se detiene a causa de unas escaleras. Me doy la vuelta con el recuerdo del esfuerzo hecho hasta ahí. Pruebo por otra vertiente. Recorro callejuelas estrechas por las que, de vez en cuando, pasa un viajero mapa en mano y con cierta dosis de despiste: ¿dónde está la catedral? La intuición tampoco sirve para salvar este escollo. Finalmente encuentro la vía de escape. Demasiadas rampas en las piernas para una ciudad que no es ni capital, pienso con malicia. Pero he llegado al *duomo*, con su fachada de torres anodinas que no sobresalen de la cota que marca la fortaleza, pocos metros más arriba.

Entro en el templo por costumbre. Los lugares santos son puntos de obligado recorrido. Me tiemblan las piernas. En el altar mayor descubro que la iglesia encierra otra en su interior. Bajo las escaleras

hasta llegar a la cripta dedicada a san Besso, donde se oculta el peso de la historia. Es de estilo románico, según aprecio en las columnas con capiteles historiados del siglo XII, con frescos realizados poco después. Aquí están el azul de Giotto, el rojo del apocalipsis, el verde de los campos en los que estoy a punto de sumergirme.

Las pinturas me muestran lo que será mi camino en los próximos días. Cansado, salgo de la catedral. La bicicleta sigue en el mismo sitio donde la aparqué. Los ladrones han decido no subir cuestas esta mañana.

Ella es rubia. Festeja que ha acabado. Aún no sé qué, pero habla de finales, de alivio. Bebe un refresco y respira profundamente. Tiene dieciocho años. Está rodeada de otros chicos, estudiantes de liceo. Una mujer le trae un ramo de flores frescas. ¿Su madre? La besa y le da la enhorabuena: ha obtenido la *maturità*, el título de bachiller.

El calor arrecia. Me he sentado en la Piazza Ottinetti para resguardarme del sol y reponer fuerzas. Dios se oculta en los rincones más insospechados, pienso mientras me olvido de las cuestas anteriores. Tomo la guía para conocer la ruta que me espera cuando escucho algo familiar, un tono distinto al de estos días en Italia.

La chica recita en español. Giro la silla para centrarme en su voz: «He vuelto a ver los álamos dorados…». Dejo que continúe con su acento italiano, marcando las eses finales por miedo a cometer algún error, alargando las palabras hasta unirlas en un continuo silabeo. Es hermosa, de una belleza acrecentada por la poesía. Les

cuenta a sus compañeros que en el examen de español ha caído Machado y ha reconocido el poema.

La miro. Continúo el poema donde lo ha dejado: «Conmigo vais, mi corazón os lleva». No lo he podido evitar. Siento que es una llamada profunda, directa a lo que soy desde la infancia. Machado es un punto débil que arrecia la nostalgia por el hogar, tan lejos, tan en medio del camino. Ella se queda sorprendida. El resto de la mesa no entiende lo que ha pasado. Me sonríe y reconoce que soy español. Ivrea y la mañana cobran sentido. La peregrinación que lleva catorce siglos de silencio ha vuelto a vivir.

Se agotó el tiempo de las plazas. Continúo el viaje creyéndome que los campos por los que pedaleo son un rincón de Soria y que el Po, a mi lado, transcurre con la misma musicalidad que el Duero.

En la *Odisea*, Homero siempre trata a Penélope como una mujer prudente. Es el apelativo que más se repite en su caso. Quien escuchaba cantar los versos, hace milenios, sabía que Penélope estaba a punto de aparecer porque el aedo mencionaba esa palabra. Es su carta de visita, la de esta mujer que aguarda en casa tejiendo un manto a la espera de que su marido volviese de la guerra. La paciencia y la abnegación personificadas.

Nadie quiere ponerse en la piel de Penélope. Odiseo ve el horror de la guerra y las cenizas de Troya: él mismo ha ayudado a que se consumiera. Sufre veinte años de ausencia, de hambre, de enfermedad. Ve morir a sus compañeros. Pero el héroe griego elige su camino. Es un personaje activo. Vive, sufre, ama, pelea, mata,

piensa, goza, miente y ve miles de atardeceres diferentes en un Egeo inmenso y mitológico.

Penélope tiene solo una perspectiva posible: esperar. Su atardecer siempre es el mismo desde las terrazas del palacio de Ítaca, donde los perros aúllan de melancolía por la marcha de su dueño.

La Penélope que llega a Pavía también parece prudente. Viene de Inglaterra e intento, con mi inglés de trincheras, contarle la revolución homérica que está llevando a cabo, la insumisión histórica de ser Penélope y no esperar a que Roma vuelva a su barriada triste de Londres. Ella me sonríe, tal vez con dificultad para entender lo que le estoy intentando transmitir. Me dice que, en su caso, no ha necesitado una guerra para escapar de casa. Le basta con las batallas pasadas en las que nunca participó.

Soy un cobarde, y por eso cierro los ojos cuando debo ascender una rampa. Subir cuestas me acerca a los ataques de ansiedad que sufro desde el año pasado. Creo que no voy a poder con ellas. Respiro con dificultad. Se me nubla la vista. En los primeros metros aparece el nudo en la garganta. Luego descubro que la bicicleta avanza, que tras una curva superada viene otra y llega un momento en el que asumo el control absoluto de mi mente. Porque esto va de la mente, no del cuerpo.

Pero esta cuesta resulta diferente. Pongo el pie en tierra. No es un deshonor, sino supervivencia: los pies también sirven para andar. Apoyo la bicicleta y me siento en el quitamiedos de la carretera. Al final de la cuesta hay una promesa de pueblo medieval. Como tres dátiles. Su sabor dulce me revitaliza. Miro hacia la rampa. Cada vez

se empina más. Estoy agotado. Hace calor. Desde abajo viene pedaleando una pareja. Lleva un ritmo de Tour de Francia. Deben de tener más de setenta años. Primero va él. Luego ella. Pasan y me saludan con condescendencia. Portan bicicletas eléctricas; aun así pedalean juveniles. ¿Será una alucinación?

Cuando llego a la cima, han desaparecido. Desde lo alto se ve el lago de Viverone, un mar ya lejos de las montañas. Tampoco esta cuesta ha podido conmigo. La promesa medieval se desvanece porque el camino sigue.

He sufrido la primera pájara, esa fatiga extrema que impide seguir pedaleando durante un tiempo. Tras subir la rampa, me he quedado sin fuerzas. Apenas puedo hablar. Pedaleo por mera memoria del movimiento. No avanzo. El paisaje se ha fijado en un extenso campo de mazorcas y se acerca la hora de comer. El sol exhibe su poderío sobre mi cabeza y espalda. Apenas me queda agua para beber. Sé que el lago de Viverone está cerca porque una nube de mosquitos impacta contra mi casco. Ahí se ve. Es más azul de lo que pensaba.

El lago pertenece a otro siglo. Está salpicado de veleros y tablas de pádel surf. Vengo a reposar a sus orillas, a cerciorarme de que otra vida es posible. Me siento en la terraza de una cafetería a comer. Bajo la sombra de un sauce llorón, descubro una de mis renuncias este verano: he elegido pedalear hasta Roma, con sus dolores y ansiedades, en vez de ser uno de esos tipos que nada hasta alcanzar el barco, aplastado por un sol acuático. Las aguas del Viverone son mansas. Pienso que podría darme un baño. Tan solo un instante para revitalizar el cuerpo. Una purificación que me impulse en los últimos kilómetros hasta Cavaglià. Cierro los ojos. Recuerdo que los peregrinos no caminan sobre las aguas.

Penélope está atrapada en una encrucijada. A diferencia de las demás mujeres homéricas, ella desconoce, y eso aumenta su angustia. Andrómaca ve morir a Héctor, su marido. Ese dolor la desgarra, pero la certeza de su muerte es el primer paso para superar el duelo. Las viudas de los soldados griegos reciben un recuerdo de la pérdida: la espada, una cinta para el pelo, un anillo… Guardan la señal de que el marido pasó por la tierra y de que la vida continúa, también para ellas.

Penélope no sabe si Odiseo está vivo o muerto. A la vez, es y no es viuda. Contempla cómo su palacio se llena de pretendientes, buitres que esperan el cadáver del antiguo rey para poder ocupar su lugar. La angustia de la mujer se multiplica: llora por un marido que no vuelve de la guerra, a pesar de que acabó hace diez años, pero también por la deshonra del abandono. ¿Por qué sus compañeros ya han vuelto a casa y él aún no? ¿En qué islas dilatará su presente mientras en Ítaca la vida se consume entre noche y costura?

Esa ambigüedad no la tiene la Penélope que camina hasta Pavía. Me pregunta por mi vida, por mis historias guardadas. Al pasarlas al inglés adquieren un gracioso matiz de cuento para niños. Le digo que soy profesor de literatura y ella hace gestos con las manos. «Por eso hablas tanto de Penélope», me dice. «Ecco», le respondo que ella ha decidido darle un giro a la historia, pero me responde, entre risas, que se conforma con llegar a Roma sana y salva, sin demasiados dolores de rodilla. «Siempre es mejor llegar que esperar», le digo, y saca el móvil para hacerme una foto. «Tu perfil de ciclista me acompañará cuando vuelva a Ítaca», me responde.

Paso la segunda noche en el albergue municipal de Cavaglià. Dispone de una sala grande, de austeridad espartana. Aunque si la

comparo con la celda de la noche anterior, en Châtillon, puedo elevarla a la categoría de tebana. No me acostumbro a estar solo. Echo en falta la palabra. La voz. Siento una especie de miedo infantil cuando se apaga la luz del albergue, ruidos que no escucho desde la niñez. Terrores que creía haber superado hace tiempo.

No nací para esta soledad absoluta, pero en la penumbra entiendo que siempre ha estado dentro de mí. Por eso voy a Roma.

De momento, no oigo nada.

Los primeros metros del día los hago con el sol a punto de salir en el horizonte. Es una luz débil, enferma, que tiñe el cielo de un color violeta. Pienso en Homero, en los dedos rosados de la aurora. Cada paisaje también guarda su lectura. Avanzar kilómetros significa recordar libros leídos, y Homero está en todas las geografías.

Santa Maria di Babilone se ve desde la salida de Cavaglià porque decidió vivir al margen de la civilización. Hay que ir a buscarla. Rodeada de campos de cereales, la iglesia se alza sobre un pedestal majestuoso. Ya no se erigen templos así, sin la intención de impresionar, sino de plasmar un instante de belleza, como el de este amanecer en el que tengo las piernas entumecidas.

Detengo la bicicleta y camino unos metros. A la entrada de la iglesia hay un cementerio. Las lápidas crecen como enredaderas. Observo cientos de velas encendidas, cada una ilumina una tumba. A mi derecha, un pequeño altar recuerda a los muertos de todas las guerras. El siglo xx fue una centuria convulsa, difícil de entender fuera de las trincheras del pasado.

Me agarro a esta estética que no me inspira tristeza, sino emoción. Todos los muertos del mundo se reúnen en esta iglesia a las afueras de Cavaglià, un templo esférico sobre un pedestal. Antes de llegar a Dios, están los muertos. El mensaje es claro; por eso, los fieles, para ir a misa, contemplan la memoria de sus familiares. Las lápidas de todas las guerras desde que el hombre recorre el paisaje.

Veinte años de ausencia casi quiebran a una mujer como Penélope. ¿Acaso no pensaría ella misma en dejar su casa, su reino? La interpreto como el reverso de Helena, la mujer de Menelao raptada por Paris y llevada a Troya. Patria frente a territorio extranjero. Fidelidad frente a traición. Helena lleva una vida diferente a la marcada por su matrimonio. Deja su esencia espartana y se vuelve troyana. Cambia los muros de la ciudad, la forma de vestir y el cuerpo sobre el que reposa por las noches, a la espera de que nazcan herederos.

Parece que Homero premia la paciencia estoica de esa Penélope que mastica, durante veinte años, una soledad insoportable. La recompensa es la vuelta del esposo. ¿Pero es lo que hubiese querido ella? Siempre me la he imaginado saliendo por la noche del palacio. Acude al embarcadero descalza, para no dejar huellas innecesarias, y convence a un pescador de que la lleve fuera de la isla, donde nadie la conoce. Una peregrinación cuyo objetivo no consiste en purgar el pecado, sino en vivir bajo su nombre. Sin esperas. Sin maridos que salten de isla en isla amando doncellas y diosas mientras ella teje y da de comer a cientos de pretendientes. Un nuevo comienzo.

Me hace feliz pensar en esa circunstancia. Se lo digo a la otra Penélope, la inglesa, la que camina con decisión y fatiga hacia Pavía. Y me dice que, en efecto, se trata de ella. Por eso está aquí.

Ha ocurrido en un cambio de marcha, justo en el momento en el que me iba a incorporar a la carretera, dirección Vercelli. La cadena ha hecho un ruido extraño, una tos de paciente enfermo. El pedaleo se ha endurecido y he tenido que apoyar el pie en el asfalto. La cadena se ha salido justo cuando el sol luce en el cielo sin complejos.

Contemplo mis manos llenas de grasa, las grietas de la piel ocupadas ahora por la masa negra, penetrando en las líneas de la epidermis. Una marca la vida. Otra enseña el amor. La última acorta la suerte. Todas vestidas de negro, brillando al sol, como el engranaje de un mecanismo secreto que no comprendo y que hará que siga el pedaleo hasta la siguiente ciudad, en cuyas calles, hace muchos siglos, paseaban mujeres antiguas y caballeros.

Vercelli es una ciudad presentida, vista a diez kilómetros en la distancia. Torres de agua crecen en la llanura. Pedaleo con fuerza para llegar cuanto antes, para ponerle nombre a esas iglesias, para recorrer sus plazas con hambre de belleza, pero Vercelli se aleja cada vez más. A las torres se les suman otras más. Ya no se distinguen unas de otras, compitiendo con los álamos en serenidad. El Monte Rosa está a mis espaldas. Peregrinar a Roma implica prescindir de las montañas para abrazar lo que los hombres han construido en la llanura. Vercelli lo atestigua. La ciudad se descubrirá con sus monotonías y mi paso lento de año sabático me privará del

eco de una manifestación, de las obras de una plaza. De la vida abriéndose paso.

La ciudad nace en un mercado de flores frescas y un café bajo un soportal. La Piazza Cavour brilla a las nueve de la mañana. Los vendedores exponen su mercancía y la anuncian a gritos en un dialecto que refina el italiano común. Los habitantes olvidan que es verano, que el calor ahogará en un par de horas las calles. Tocan las telas. Se prueban los vestidos de ocasión. Perciben el sabor de un tomate con solo mirarlo. Repiten el gesto que se lleva ejecutando durante siglos. Antes, los hombres iban a caballo y las mujeres paseaban por estos soportales en los que me refugio. De aquel tiempo ha quedado esta plaza, la arquitectura de los campanarios esbeltos hechos de ladrillo cocido, el perfil de un reloj solar que marca las horas sin que nadie lo aprecie porque ya habla un lenguaje que hemos olvidado. Vercelli huele a libro olvidado. Recuerdo los versos de Dante en el canto V de su *Infierno*: «Le donne antiche e' cavalieri», justo antes de que aparezca Francesca con su dolor. Dante tuvo que pensar en una plaza así para escribir ese verso. La Piazza Cavour no es el infierno en el que se consumen las almas, sino el tiempo detenido por el que pasan las generaciones, con su disfraz fugitivo, sabiendo que la sombra de los soportales perdurará más que la vida de los hombres.

La Penélope de Homero no reconoce a Odiseo cuando aparece vestido de mendigo. Sucede en los cantos XVII y XVIII. El héroe ha vuelto a su patria disfrazado para recuperar su trono. ¿Cómo descifrar veinte años de padecimientos, de heridas de guerra, el

tacto de las caricias ajenas en el cuerpo de su amado? ¿Cómo distinguir el paso del tiempo en una piel ajada, curtida por mil soles diferentes y endurecida por la sal de un mar que sirve también de condena?

Me pregunto qué pensó Penélope al ver al pobre hombre que apareció en el palacio pidiendo limosna. Tal vez sentiría compasión de él, golpeado por los pretendientes, ridiculizado por su pobreza. Odiseo tiene que refrenar sus ansias de venganza. Penélope lo manda llamar a sus aposentos, pero él, inteligente, sabe que eso sería descubrirse demasiado pronto. Decide continuar con la treta y participar en el reto del arco y la flecha. Quien venza será rey. Él quiere reconquistar su trono mediante la prueba y el combate. Tras el reino, vendrá su esposa.

Pero a ti, Penélope, ¿quién te espera a las puertas de Pavía?

Cruzo antiguos pueblos de plantaciones anegadas. No hay humanidad en ellos: graneros destruidos, maquinaria que dejó de funcionar hace mucho tiempo, canales por donde corre un agua gris y que confunden al peregrino con atajos. Tengo miedo a caerme en uno. Los veo desde la distancia. Una torre sobresale a lo lejos como una promesa. Acelero movido por la esperanza. El sol abrasa los campos y enciende el grito de las chicharras. Los mosquitos procesionan en nubes espesas ante el menor movimiento. Llego a los restos del naufragio. Cruzo las cinco calles y encuentro una iglesia abandonada, de estilo románico. Las hay cada pocos kilómetros. Son pequeños templos hechos de ladrillo. En ellos hace demasiado tiempo que no se reza.

Pienso en la fuerza que movió su construcción, en la fe minúscula de ese centenar de habitantes, en la necesidad de hablar con Dios a través de la belleza. Ahora la estética ha muerto entre balas de paja que desprenden un olor a fermentado. Piedras sin Dios a las que aferrarse, caerá la noche sobre ellas, el peso de los días, y los peregrinos pasarán sin preguntarse siquiera quiénes iban a rezar allí, hace siglos. Hoy nada las distingue de los graneros destruidos. Costumbres que los hombres han olvidado. Solo son eso.

Los cuervos sobrevuelan constantemente el cielo. Se apoyan en las ramas de los pocos árboles que crecen en los caminos. Aterrizan sobre el prado para excavar madrigueras. Su graznido impone respeto. Es la única nota negra de un paisaje azul y verde. Me gustan los cuervos porque desprenden cierta elegancia sin dejar su siniestra forma de hacerse notar. Cuando paso, uno de ellos me mira. Grazna. Solo cuando me voy, recupera su función de buscar comida y volar. Este es su territorio. Los únicos que habitan siempre la Francígena.

Mortara se llamaba antes Silva Bella (bosque hermoso), pero los muertos cayeron a tierra hace muchos años. Lo cuenta la *signora* Franca mientras apoyo los pies en el césped. He llegado fatigado, con dolor de piernas y apenas agua en los bidones. Frente a mí se alza la torre de la abadía de Sant'Albino, situada a pocos kilómetros del centro.

La *signora* Franca cuenta la historia de la batalla con amargura, como si hubiese visto ella misma los cadáveres, el frío brillo del acero salpicado de sangre. Se disputaron este terreno Carlomagno y

los longobardos, cuyos reyes y gobernantes han dejado un recuerdo popular en el nombre de las ciudades, en el cabello rubio y los ojos azules de muchos habitantes.

La descripción de la batalla sobrecoge. La *signora* Franca gesticula como una actriz de tragedia griega. Habla con indignación de aquellos tiempos. Una herida abierta y sin cerrar trece siglos después. Hubo miles de cuerpos por el suelo, me dice. Tantos que la tierra no pudo tragárselos a todos. Cuando los enterraron, con la victoria de los francos, la ciudad cambió el nombre de sus bosques bellos por una terminología más cruel. «Mortara», pronuncia con amargura la *signora* Franca. *Mors ara*: el altar de los muertos. Y se retira a sus aposentos maldiciendo a Carlomagno y a su estirpe de soldados franceses.

La abadía dejó de albergar a monjes hace demasiado tiempo. La *signora* Franca se ocupa de mantener limpio y cuidado el refectorio, hoy convertido en sala para peregrinos. Es donde voy a dormir esta noche. Hay camas sin extender en los lados y varias mesas en el centro que sirven de comedor. En las paredes se conservan frescos que cuentan la vida de san Francisco. Resulta extraño el tiempo, cómo teje hilos secretos que se van acoplando sobre la mirada del presente. Estoy en una abadía fundada en el siglo v y reconstruida en el xv. Un edificio que perdió su función religiosa en los tiempos de Napoleón. Otro francés, querría decirle a la *signora* Franca, que se afana en enseñarme mi reino durante las horas de la noche.

La mujer mantiene una ilusión: para ella, la abadía de Sant'Albino sigue existiendo como el día que erigieron su torre, bajo la que escribo. Me enseña la iglesia, perfectamente conservada, con sus tumbas ilustres, su altar colorido de pinturas rupestres en la Cueva

de Dios. Suspira y se lamenta por los nuevos tiempos, por la ausencia de peregrinos, por estos caminos que quieren encontrarse con el Altísimo pero se alejan de él. Ella, que vio la Silva Bella en su esplendor, se resigna a vivir en Mortara. Su tiempo no corresponde al nuestro. Como el de la abadía.

Y se pasará la noche. Y como esta, otras tantas, con la *signora* Franca velando unos muertos extranjeros que nunca conoció, pero que la condenan a esperar siempre la llegada de otro peregrino.

¿Qué manto tejía Penélope durante el día? ¿Serviría para calentar su espalda de juventud perdida durante los inviernos mediterráneos? ¿Tal vez para cubrir su rostro arrasado por los años de espera? Creo que Penélope dejó de llorar la ausencia de Odiseo y se preocupó de gestionar un reino que no le hubiese pertenecido nunca sin esa maldita guerra. Tejía de día para satisfacer al peso de la tradición: las tareas del hogar, el cuidado de los hijos… Pero Telémaco creció y partió para escribir su propia odisea. Por las noches, la mujer gestionaba un reino que nunca dejó caer. Hacía cuentas para saldar las deudas con los soldados. Distribuía el grano y las semillas que plantarían los campesinos. Recorría los muelles de pesca para cuidar los beneficios ganados al mar. Ítaca sobrevivió veinte años sin rey por Penélope. Por las noches no destejía el manto, como describe Homero. Gobernaba la vida de todos a su alrededor. Demostraba que los reinos también pueden ser prósperos sin Odiseos.

La abadía está en calma hasta que el ladrido de Pistola, el perro de la *signora* Franca, se cuela por las grietas del refectorio. Ha llegado un nuevo peregrino, el primero con el que compartiré noche, también en bicicleta y está exhausto. Viene de muy lejos. No me dice su nombre. Saluda y deja sus pertenencias al lado de la cama. Su rostro me hace pensar en la peregrinación como estación de penitencia. Desaparece en busca de una ducha. Mis ojos vislumbran la vida de san Francesco a través de los frescos.

Le pregunto por qué hace este viaje. Sé que no es una cuestión simple. Yo mismo tendría dificultades para dar una respuesta sencilla. Se queda en silencio durante unos segundos. Le cuesta encontrar la palabra exacta. La oscuridad ya abraza la abadía por completo. Somos dos monjes de otro tiempo que buscan el resguardo de un techo para pasar la noche.

Me dice que viaja para huir de sí mismo, para aclarar sus ideas. Un dolor le parte el alma. Perdió a su hija. Tenía diecisiete años, me cuenta. Mira hacia abajo cuando habla de ella bajo las bóvedas medievales. Es como si no estuviera conmigo, sino en una geografía difusa, cambiante, donde los problemas se sitúan al otro lado del paisaje, tras una montaña de una envergadura inabarcable. Parece que quiere llorar. Pero no lo hace. Continuamos como desconocidos.

La *signora* Franca me abre la puerta con sigilo. En el interior de la vieja abadía el señor de Roma sigue durmiendo. He desayunado en el refectorio, a pocos pasos de donde he dormido. No he tenido pesadillas, pero, en la inconsistencia del sueño, las imágenes flotaban sobre una pendiente. La *signora* Franca deja entrar la luz

pálida del amanecer. Son las cinco y media y solo se escucha el graznido de los cuervos y el sonido gutural de las ocas en la campiña.

Le sonrío y me da la mano. Me dice que la charla de la tarde anterior mereció la pena. Vive aquí desde 2011, me confiesa. Le ofrecieron a su marido emplearse en el cuidado de la abadía y custodiar el albergue. Aceptó. Aceptaron. Los hijos ya se habían trasladado a Vicenza. Luego el marido faltó. Me lo dice así: «Mio marito è mancato», como si acabase de suceder, y ella se dedica en cuerpo y alma a dar de comer a los peregrinos, a preparar los colchones sin sábanas pegados al muro y a arreglar una iglesia que ya no tiene frailes ni parroquianos que la visiten.

Cuando cierra la puerta, los cuervos sobrevuelan el cielo y se alzan sobre la torre. En la bruma del amanecer, sobre los campos de cultivo de Mortara, creo ver la sombra de cientos de soldados muertos, como un ejército olvidado.

Comienza mi etapa más larga. No sé por qué, pero me siento desmoralizado.

Los longobardos procedían de las orillas del mar Báltico. Aprovecharon el hueco que dejó la historia tras la caída del Imperio romano de Occidente e hicieron su aparición. La península italiana estaba dividida en reinos bárbaros que quisieron fundar una nueva Roma sin hablar siquiera latín. Cuando en el siglo VI los longobardos cruzaron los Alpes y se precipitaron sobre el valle del Po, Bizancio dominaba los restos del naufragio. Habían consolidado ciudades

florecientes como Rávena y Aquilea, que formaron exarcados independientes y mantenían vivo el espíritu de la romanidad.

Pero los longobardos no serían un pueblo como los otros, efímeros en una tierra en la que no consiguieron construir más que cementerios. Se adhirieron a esta parte de Italia y la hicieron suya, tanto que hoy la región que da nombre a estos campos y que tiene a Milán como capital es llamada Lombardía. Hicieron frente a los bizantinos y durante dos siglos los fueron derrotando en una batalla tras otra. La culminación llegó en el 751 con la caída de Rávena, una de las últimas posesiones bizantinas en el norte de Italia.

Pero el éxito fue también el inicio de su condena. El papa de Roma no podía permitir que ese pueblo bárbaro conquistase tal cuota de poder. Adriano I pidió ayuda al rey de los francos, Carlomagno. Su ejército atravesó los Alpes por el Gran San Bernardo ciento cincuenta años antes de que lo hiciese Sigerico. Al poco se produjo la batalla que aún llora la *signora* Franca. Después, el asedio de la capital longobarda, la rendición y el final de la historia: Carlomagno se haría nombrar rey de Italia y de los longobardos. Los kilómetros que separan Mortara de Pavía fueron un gran campo de batalla en el pasado. Hoy el románico de sus bóvedas de cañón y de sus fachadas lisas de piedra blanca guarda un regusto de aquel pueblo que osó ser Roma y que se derrumbó a las puertas de Pavía.

A Penélope le faltan dos kilómetros para llegar. Sé que nos quedan solo unos minutos de caminata compartida, de conversación sobre Homero y otras Penélopes alejadas en el tiempo.

Le cuento que uno de los momentos que más me emocionan de la *Odisea* sucede en el canto XXIII, cuando el héroe acude a los aposentos de la reina. Penélope no lo reconoce aún, a pesar de haber vencido y matado a los pretendientes. Es en la intimidad cuando contempla al hombre que ha estado esperando durante veinte años. Odiseo describe su lecho conyugal, el mismo en el que tantas veces hicieron el amor, en el que crearon, en una noche sin luna, a Telémaco, la esperanza del reino en los días futuros. El héroe que ha vuelto a su patria recuerda que lo hizo con sus propias manos, de un olivo que taló. Me gusta esa idea, le digo a la Penélope inglesa. Un hombre planta un árbol y, con el tiempo, crea un lecho a partir de su madera. Un ciclo de vida y amor culminado en un reencuentro después de tantos años. Penélope llora. Se abrazan.

Imagino, porque esto no lo cuenta Homero, a Penélope desnudando a Odiseo, contando las heridas de su cuerpo. Cada cicatriz desvela una historia, un secreto. Pienso en los celos de la mujer al intuir las caricias ajenas, los besos prohibidos en playas paradisíacas mientras ella tejía el velo de una pesadilla, noche a noche. Me deslizo en esa dulzura de las manos inexpertas, veinte años después, sin acariciar el cuerpo de la mujer. La noche encendida por mil hogueras retrasadas.

Es mi final de la *Odisea*.

Las telarañas se esparcen al amanecer. Encuentran su esplendor en las ramas de los árboles. Vuelan de un lugar a otro como si tuviesen vida propia. Se pegan a los dedos, al casco, a la ropa. A veces hay

insectos atrapados. Brillan cuando sale el sol. Las gotas de rocío quedan suspendidas como un paracaídas en un árbol. Nunca cae la gota. Si lo hace, desbordaría toda la tierra. Una sola gota de agua arrasando el mundo. La telaraña me protege. Pedaleo para alejarme de ellas, pero vienen conmigo. Y cuando bajo de la bicicleta siguen ahí, con las gotas de agua sin querer despegarse de mi cuerpo.

Me despido de Penélope antes de llegar al Ponte Coperto. Leo que fue destruido en la Segunda Guerra Mundial por un bombardeo aliado. Eso rebaja la tragedia, pienso con ironía.

La despedida me ha causado un enorme desasosiego. He dejado atrás a Penélope con mi ritmo de pedaleo, superior a las zancadas de esta inglesa jovial que no renuncia a la felicidad a pesar del cansancio. Para ella, Pavía es la recompensa. Para mí, un regusto amargo.

La ciudad parece una Milán concentrada. Adquiere un aire señorial de plaza íntima, salpicada de iglesias desmesuradas. Sé que en estas calles todo un rey francés, Francisco I, se escondió sin éxito de las tropas de Carlos V tras perder la batalla que lo convirtió en prisionero de Madrid.

Las ciudades saltan de una geografía a otra. Se mueven por las centurias.

Giro por el centro, perdido, esquivando obras, hombres de negocios y perros aburguesados que pasean con correa pero sin dueño. El *duomo* es excelso, blanco, pero diseñado para impresionar, no para tocar la fe. Por eso no siento mucho al recorrer sus tres naves. Uno de tantos. Demasiados siglos de reformas.

Me acomodo en la Piazza della Vittoria. La cúpula de la catedral está al servicio de mi mirada. Tomo un café. Me siento mal. No es un dolor físico, sino mental. Estoy agobiado. Se trata del principio del vértigo que he sentido estos dos últimos años. Un vacío que nace dentro del estómago y que se va apoderando de mi cuerpo. Un peso que no me deja tragar, que me nubla la vista. Una borrasca que empaña cualquier pensamiento racional.

Le doy un trago al café. Hay un muro frente a mí: mi cabeza. Me quedan cincuenta kilómetros todavía hasta Orio Litta. No me creo capaz de conseguirlo. He vuelto a los peores momentos de la ansiedad. Una cuesta que no termina. Respiro. Me sereno. La única forma de vencer este vértigo consiste en lanzarse al vacío. Estoy a punto de hacerlo. Ya no hay vuelta atrás. Lo entiendo en Pavía, en este preciso momento en el que repican las campanas. O el vacío o yo.

Pero Penélope no reconoció el cuerpo de su marido y gritó que ese no era el joven que despidió una mañana en el puerto de Ítaca. Lo echó del dormitorio antes de que terminase la historia del olivo y de los hijos que no pudieron alumbrar por la maldita guerra y la maldita Troya. Penélope se calzó unas botas y agarró una rama de encina para hacer más transitables los kilómetros. Cruzó la ciudad, llegó al muelle, pagó al barquero y surcó los mares hasta Italia. Allí siguió su camino de cereales e iglesias abandonadas. La ribera del Po, las ciudades longobardas, las fosas comunes de batallas antiguas, más recientes que su cuerpo. Y a pocos pasos de llegar a Pavía se

detuvo. Contempló el perfil de la ciudad, temblando en un estanque de agua y calor. Absorbió el aroma de las flores y se sintió satisfecha. Había descubierto que la vida no acaba en Ítaca, que los caminos de vuelta no sirven para contar historias y que ella, Penélope, no iba a esperar nunca más a nadie.

4

La tierra liberada

«Verdi è morto», grita el tonto del pueblo vestido de Rigoletto cuando está despuntando la mañana en el campo emiliano. Camina con dificultad, desplazándose de un lugar a otro. Repite la frase como un conjuro. «Verdi è morto». Suspira. Le cuesta respirar entre lágrimas. Está borracho. Tal vez ha ahogado el dolor por la noticia en alcohol. Finales de enero de 1901. Se deja caer en un requiebro del sendero. El hombre que puso música a la unificación italiana acaba de expirar. Y a pocos kilómetros nacen dos niños a la vez.

Así empieza *Novecento*, de Bernardo Bertolucci. Así comienza el siglo XX italiano.

Cuestión de supervivencia. O Pavía o yo. O la ansiedad o la bicicleta. A veces no somos justos con las ciudades que nos reciben. La capital de los longobardos me ha abierto las puertas como una aliada. He recorrido sus plazas sabiendo que el trazado de mis pedaladas acelerará la despedida. He observado sus cúpulas esféricas, como planetas suspendidos ante la vista humana, pero el cansancio y los miedos se han apoderado de mí justo en el momento en el que

debía disfrutar de una bella ciudad, construida tan solo para este café y las notas de mi diario.

El tiempo es lo que convierte la excepción en normalidad. Me he armado de valor y he decidido apartar los malos pensamientos que me sobrevuelan desde el Ponte Coperto y atraviesan las murallas de Pavía. Adiós al arte ecléctico de siglos e imitaciones bárbaras. Retorno a la bicicleta. Salgo de las venas atestadas de coches y busco la ribera del río, los caminos verdes reclamados por los mosquitos, la paz bajo la sombra de los árboles. Aquí vuelvo a ser yo, despojado de los traumas, alejado de la ansiedad longobarda que me acecha desde la mañana. En este lugar del mundo, sin historia, ojos frente a paisaje, me creo ese hombre al que no lo paraliza el miedo.

Me sumerjo en la monotonía verde, en los campos que cuentan la infancia del país. Cereales aún maduros para ser recogidos que alimentarán a millones de personas, de sur a norte, cuando llegue el frío. No me detengo en las plazas de los pueblos. Contemplo las iglesias como los pájaros las sobrevuelan, con el orgullo intacto. Queda lejos la crisis de Pavía.

Hace un calor africano, pero sigo pedaleando, bebiendo agua, manteniendo una respiración regular. Soy un ejército que se sabe ganador. Esta batalla la he vencido encima de la bicicleta. Ahora no le temo a nada. He logrado sacarle partido al dolor, al sufrimiento, al sacrificio. Encuentro placer en el esfuerzo. La ansiedad se ha quedado en una plaza de Pavía. Ya no tengo plomo en los bolsillos.

Lo encuentro sentado con la espalda apoyada en la pared. Mira hacia la plaza mientras espera a que le sirvan una cerveza sin alcohol. En torno a mediodía, el calor abrasa la piel. Se trata de un señor que roza los ochenta años. Me cuenta que viene de Alemania en bicicleta ahora que se ha jubilado. Hace cien kilómetros al día. Cuando se siente cansado, monta la tienda en el campo y duerme. Este hombre de mirada limpia que ha logrado despegarse de los horarios y las obligaciones plantea sus días de esta forma tan sencilla. Mañana, dice, afrontará los Apeninos. Me lleva un día de ventaja. Hemos coincidido en Pieve Porto Morone. La iglesia, que permanece cerrada, anuncia los muertos de la semana con carteles escuetos. Hay muchas distancias entre nosotros. Apenas tenemos una lengua común para comunicarnos, pero imito su gesto de satisfacción: espalda apoyada contra la pared, disputando la porción de sombra que le arrancamos al sol, y vista cansada al frente. Me quedan diez kilómetros para llegar. A él muchos más. Bebemos en silencio. Hasta que el camino nos separe, este es mi reino.

En 1837 Verdi tenía veinticuatro años y quería comerse el mundo. Y el mundo, en aquel primer tercio del siglo XIX, cantaba ópera. Mientras se formaba, Donizetti llenaba los teatros de París con su furtiva lágrima y Rossini inmortalizaba con sus oberturas el romanticismo de una época exhausta de guerras. Verdi había nacido en un humilde pueblo agrícola del ducado de Parma. Fue allí donde empezó a ensayar composiciones en las que revivir un tiempo muerto.

Los inicios resultaron funestos, aunque su primera ópera, *Oberto, Conte di San Bonifacio*, se estrenó en la Scala de Milán, en 1839. La historia ofrece una trama de caballeros de espadas sedientas y el amor de una dama. Nada nuevo para un país habitado desde hacía siglos por los mismos argumentos. Ese mismo año, la tragedia empezó a sobrevolar su vida. Primero llamó a la puerta para llevarse a Virginia, la hija mayor del matrimonio formado junto a Margherita, una apasionada del canto lírico. A los pocos meses volvió a sonar la marcha fúnebre cuando su hijo pequeño, Icilio, también falleció.

Verdi había terminado de componer la que sería su segunda ópera, *Un giorno di regno*, una ópera cómica ambientada en la Bretaña francesa del siglo XVIII, que se estrenaría en Milán en septiembre de 1940, poco después del fallecimiento, en el verano de ese mismo año, de Margherita, a causa de una encefalitis. El compositor había perdido a toda su familia en tan solo un año. El estreno en la Scala de *Un giorno di regno* fue un fracaso absoluto. El joven músico se marchó del teatro esa noche jurando que nunca más volvería a componer una ópera.

Orio Litta existe porque un peregrino llamado Sigerico pasó hace siglos por aquí. No hay más que soledad y campos de cultivo. El albergue que me hospeda fue una antigua granja del siglo XI. Vigas de madera atraviesan un cielo abovedado, y en los muros hay grandes ventanales que invitan al paisaje de la llanura padana y atraen el calor.

Me acomodo en la cama tras ducharme. Al lado está Brita, una peregrina berlinesa que viene andando desde Lausana. Trabaja de

profesora en un instituto técnico. Lleva los brazos tatuados con cruces, pero me dice que no cree en nada. Tiene los ojos azules y se esfuerza por hablar italiano. Me cuenta que desde hace días no encuentra peregrinos con los que hablar, como si los caminos se hubiesen vaciado. Albergo la misma sensación, pero la bicicleta mitiga el impacto. Camina para ordenar los pensamientos. Su piel está quemada, como la de cualquier alemán que se acerca al Mediterráneo en verano. Su voz es dulce y cansada. Se va apagando poco a poco la conversación conforme aumentan los lugares comunes.

Al poco llega Christophe, un francés de cuarenta y tantos que se parece a Sergio del Molino. Viene desde el Gran San Bernardo. Ha perdido la cuenta de las semanas que lleva caminando. Nació en Estrasburgo, pero en su vida caben multitud de ciudades. Dice que se acaba de divorciar y que ha dejado el trabajo. Se deshace de las pesadas botas llenas de polvo gris que desvelan que, también él, ha confundido el camino con un canal de riego.

El señor italiano con el que coincidí la noche anterior en Mortara llega a media tarde. Me saluda con cariño, pero no me mantiene la mirada. Tal vez se avergüenza de haberme contado demasiado. Su actitud contrasta con la de Christophe. A ambos los mueve la huida; sin embargo, uno te mira directamente a los ojos; el otro busca una salida en el suelo de esta granja del siglo XI.

Los restos de la historia pasada en Orio Litta son tan dispares como el lugar en que dormían los cerdos, las gallinas y los nobles —me refiero a la granja benedictina en la que pasaré la noche—, y la Villa Litta Carini, un jardín del edén construido por la familia Somaglia en el siglo XVII. No ha quedado ni rastro de los templos

antiguos en donde los campesinos amortiguaban su miedo a la muerte, o donde los peregrinos purgaban sus penas del camino. Nada de nada. Una pizzería sirve de lugar de encuentro de hombres que beben cerveza, una tras otra, mientras emplean un italiano rápido, ajeno a nuestra atención. No hay mujeres. Ocupamos durante una noche esta franja de vida correspondiente a otra época. No hablamos el mismo idioma y no respiramos el mismo aire. Coincidimos en el bar y hablamos sobre las montañas futuras porque mañana se camina, se pedalea y se mira hacia el suelo al recordar a una hija perdida. Y Orio Litta será un punto más en este camino difuminado.

Amanece también sobre los campos verdes desbordantes de agua. El Po hace requiebros constantes, como si quisiera demorar su salida al mar. La hospedera del albergue-granja de Orio Litta me informó anoche de la posibilidad de cruzar el río en barca y navegarlo durante cinco kilómetros, hasta las puertas de Piacenza. Miró el mapa unos segundos. Trazó con el dedo índice un arco elegante señalando el camino ahorrado, las pedaladas ausentes a cambio de un recorrido turístico. Un paseo en barco a motor desde Corte Sant'Andrea hasta Soprarivo. Negué con la cabeza y le respondí que ese trayecto no era para mí.

Sigerico comenta en sus anotaciones de vuelta a Canterbury el *Transitum Padi* para vadear esta parte del Po. El hecho de que el primer peregrino de estos caminos recomiende el atajo no me reconforta. Me llena de dudas sobre las intenciones del obispo. En el

peregrinaje no sirven los trucos, pienso con una decisión casi teológica.

El campo adquiere nuevas tonalidades cromáticas a medida que avanzo. A los cinco kilómetros leo una señal de desvío. El camino me ofrece una segunda oportunidad. Aquí está Caronte, pienso, el barquero que en la mitología grecolatina permitía el flujo de las almas de los muertos por la laguna Estigia. Atravesar Italia en bicicleta exige una especie de reinterpretación del mundo clásico. Lo supe desde el momento en el que descendí «el Olimpo de la Francígena», el Gran San Bernardo, donde habitan los dioses de la montaña. Vislumbro con clarividencia el sentido de ese paso, que abarca mucho más que un simple río. Caronte quiere que me convierta en uno de sus pasajeros. El Po se ha desprendido del calor y los mosquitos. Ahora aparece con un mensaje claro ante mis ojos. Pero niego su silueta. Estas riberas no son para mí. Lo atravesaré por un puente, a pesar de los kilómetros de más. He aquí mi penitencia. Mi salvación se llama Piacenza.

Giovanni Merelli ya había trabajado antes con Verdi. Era un empresario afincado en Milán que le había dado la oportunidad al compositor de estrenar en la Scala sus dos óperas anteriores. Pero todo había cambiado. Lo sabía Merelli aquella noche milanesa en la que coincidieron por la calle, en la que tal vez cenaron y bebieron un vino demasiado agrio. Verdi había decidido no componer más óperas, no escribir más notas en el pentagrama de la vida. Su música sería un silencio prolongado. No estaba hecho para triunfar

en el mundo de la música. Tampoco para ser feliz, después de la muerte de su mujer y sus dos únicos hijos.

Merelli le dio un libreto con un texto escrito por Temistocle Solera. El escritor también había participado en *Oberto, Conte di San Bonifacio*. Conocía su manera de elevar el drama a una cotidianidad exaltada, las pasiones que corrían por las venas de los personajes.

Pero Verdi rechazó el regalo. No quería saber nada de ópera. Ese mundo se había acabado para él. Se había convertido en un cadáver que sigue respirando más por costumbre que por fuerza de voluntad. Merelli insistió. Lo obligó a llevarse el libreto. Cuenta el propio Verdi que cuando llegó a su estancia y arrojó las hojas de papel al suelo, sobresalió una página concreta, fruto del azar. Se agachó y leyó con dificultad el texto. Se trataba del coro «Va, pensiero, sull'ali dorate». La música volvió sola a su cabeza. Dejó de escuchar el silencio.

Crees que nunca te pasará a ti, que eres joven e inmortal. Este pensamiento lo tienes tan interiorizado que crees que lo malo siempre les ocurre a los demás. Empieza con un dolor. Primero lo ignoras. No será nada. Un tirón. Una mala postura. Luego el dolor persiste. Se extiende a otras partes del cuerpo. Consideras que no tiene importancia. No acudes al médico. Los días pasan y tú ya has hecho tu propio diagnóstico. Pero el dolor va cobrándose poco a poco tus ánimos. Ya no puedes pensar en otra cosa. Te duele en un punto y en otro. Al agacharte. Al estar tumbado. Al sentarte. Pronto te domina. Te palpas. Lo haces constantemente. Miras en internet. No es la enfermedad que todo el mundo teme y tú ni siquiera te

atreves a pronunciar porque si no la nombras, no existe. Rezas para que no sea. Vas al médico por fin. Rompes la barrera. No encuentran nada. Te hacen una prueba. Nada. Te mandan análisis, controles, chequeos. Tú estás cada vez más nervioso. Histérico. No duermes por las noches. Durante el día el dolor ocupa la mayor parte de tus pensamientos. Te domina. No eres tú. Pasa una semana. Otra. Otra. Salen los resultados. Estás limpio. Estás bien. No hay nada, chico, te dice el médico. Piensa en otra cosa, insiste. Pero el dolor continúa. Ya ha ocupado tu vida. No eres nadie sin él. No eres nada sin la sensación de abismo que se ha creado en tu mente. Guardas silencio delante de tu novia para disimular, pero ella sabe que sufres, que te angustia en lo que te has convertido, que has cambiado desde que apareció la punzada. No le hablas de otro tema a tus amigos. Los abordas y les repites la misma historia. El inicio, la vergüenza, la inconsistencia de una hipocondría que arrastras desde la niñez. Lo haces con humor porque crees que así exorcizas el dolor y desaparecerá. Pero lo alimentas. Lo haces crecer con cada chiste, detrás de cada copa de vino. Pasan los meses. Uno detrás de otro. El dolor sigue. Tú ya no eres tú. Has dejado de serlo porque no eres libre. Tus acciones las determina la obsesión que sientes. Los días que no te duele, lo extrañas. Quieres hablar de él. El color de tu vida ya se volvió negro y te preguntas en qué momento todo se fue a la mierda. Respiras. Te serenas por primera vez en meses. Lo afrontas. Y el dolor desaparece. Pero tú no estás bien. Y esto no ha hecho más que empezar.

La arquitectura nos determina. He dejado la bicicleta apoyada en la pared mientras camino por un bosque de columnas. Todas ellas sostienen grandes bóvedas góticas de ladrillo. Es el color del gótico

civil. En Florencia, más refinada, los señores de la ciudad habrían mandado revestir el material del azul de Giotto, con estrellas diminutas que brillan sobre las cabezas de los viandantes. En Piacenza decidieron dejar desnudo el material con el que se construyen los centros de poder. El palacio era la sede del señor y él no necesitaba crear noches estelares para sus ciudadanos. Le bastaba con el color de la tierra.

Las *loggias* tienen la capacidad de trasladarnos a otro tiempo. Son la sublimación de las ciudades. Llevan a la urbe a su máxima expresión de belleza. La de Piacenza es especial. Escoltada por dos jinetes con caballos embravecidos, le dicen al peregrino que está en un lugar relevante y que conserva con orgullo su pasado. Las plazas góticas siempre parecen sobredimensionadas, con palacios que cumplen la función de castillos, a medio camino entre dos artes que se combinaron en Italia a la perfección: la grandeza para imponer, la delicadeza para abrumar.

Pero a mí este momento me conmueve no por el tamaño o el contraste entre el poder político y los súbditos, que mirarían a la escultura ecuestre de Alejandro Farnesio con miedo. Me siento impresionado por la sutileza de los arcos apuntados que sostienen ese cielo terroso, por la maraña de mármoles que alzan una cerámica horneada a destiempo. En la logia del Palazzo Gotico se tuvo que crear el mundo, con sus sutilezas. No necesita la excelencia en el detalle. Es un lugar sincero, ajustado a la medida perfecta de unos minutos de descanso.

Cuando Verdi comenzó a componer la música para el libreto de Solera, Italia no existía como país. Era un conglomerado de reinos independientes dominados por potencias extranjeras (al sur los Borbones; al norte, los Habsburgo austriacos), ducados y repúblicas que dejaban un regusto feudal en la geografía (el de Parma, el gran ducado de Toscana) y el sillón papal ocupando el centro de la península. Solamente el reino de Cerdeña, bajo la tutela de los Saboya, afincados en Turín, desprendía cierta vocación italianizante.

En 1842, año en el que Verdi finaliza su *Nabucco*, en el norte de la península itálica todavía regían los postulados del Congreso de Viena. El reino lombardovéneto, con capital en Milán, se había constituido como un Estado títere, propiedad del Imperio austrohúngaro *de facto*. Eran los años en los que Metternich regía los destinos de esta parte de Italia con puño de hierro y Radetzky ahogaba las protestas milanesas en un baño de sangre.

Todavía tendrían que pasar casi veinte años para que Milán perteneciese al reino de Piamonte-Cerdeña. Pero Verdi ya había visto en la historia del rey babilónico la música con la que agitar a un pueblo desde los palcos de todos los teatros.

Piacentino apenas reúne un par de casas y un castillo abandonado en mitad de la llanura padana. Encuentro una señora a la puerta de su casa, sentada a la sombra. Me detengo para comer algo y refrescarme. Me saluda. Me gusta hablar con la gente de estos pueblos, que observa la vida desde su parcela de intimidad. Es una señora simpática, tendrá la edad de mi madre. Eso me conmueve. Observo la carretera, sin vehículos, sin ciclistas, sin peregrinos. La

mujer no se ha levantado de la silla en siglos. Contempla una monotonía bella pero aburrida. Una vida sin vida, concluyo, porque por el camino no cruza nadie.

La señora me pregunta de dónde vengo. Me sorprendo porque no conoce Orio Litta. Debe estar muy lejos, afirma. Luego bebo un poco de agua. Curioseo algo sobre el castillo, sobre la vida en esta soledad que idealizo, pero que me espanta a la vez. Ella vuelve a preguntar de dónde vengo. Se lo repito. Tal vez no me ha escuchado. Sigo con mis investigaciones sobre el edificio medieval, que parece vacío, como si nunca hubiese sido habitado. La señora me pregunta de nuevo mi procedencia. Siempre con la voz firme, como si lo hiciese por primera vez. Me acerco a ella y alargo la conversación. A los pocos segundos reaparece la cuestión. Hay una quinta. Y una sexta. Entiendo que mi tiempo bajo la sombra de su casa ha acabado. La señora vive en un eterno retorno, mimetizada con Piacentino, un pueblo donde todos los días son iguales desde hace siglos. Me marcho con la sensación de que no olvidaré nunca este nombre y a la mujer que ha personificado todas las poblaciones por las que paso y cuyos nombres no retengo. ¿De dónde vengo?, resuena en mi cabeza mientras pedaleo con fuerza. Quiero escapar de aquí. Lo necesitan mis piernas. Lo exige mi mente.

Uno a uno se suceden los templos. Como estigmas en piedra, aparecen las marcas de cantero, los arcos de medio punto que dan paso a iglesias bajas pero armónicas, las fachadas desnudas que anuncian la tranquilidad de una fe que no busca espectáculo, sino verdad. A partir de Fiorenzuola d’Arda, los efectos del sol sobre la

bicicleta se recrudecen, pero también se despliegan sobre el arte románico del paisaje. Es su forma de compensar al peregrino por la monotonía de los caminos, por la falta de fuentes a orillas de la carretera. La Francígena quita y otorga, y reinventa esta corriente artística, que no abunda en Italia, porque la competencia le impidió sobrevivir en otras regiones diferentes a Emilia Romaña.

Se llama Chiaravalle della Colomba y no es un pueblo que alberga un monasterio. Más bien conviene seguir la lógica inversa: al monasterio se le añadió un conjunto de casas que hoy se esparcen de forma irregular.

Llego con el sol abrasándome la espalda, como un Adán arrepentido que ansía volver al edén. Pido perdón a Dios por las dudas, por las ofensas metódicas al cuestionar. Juro que no volveré al mundo del escepticismo ni a comer la fruta del árbol prohibido. Solamente deseo sentarme a la sombra de esta piedra viva que acumula paz, siglos y siglos de silencio, que sana el alma y cura los males del cuerpo.

A la hora justa, el camino me conduce a un claustro sombreado, como en un milagro bíblico. Y fueron los seguidores de Bernardo de Claraval, el incitador del culto a la Virgen y de las Cruzadas, quienes mandaron construir este *hortus conclusus*. Veo una puerta abierta anexa al templo. Nadie sale a recibirme. El embrujo de Odiseo me responde desde el otro lado cuando pregunto si se puede entrar. Nadie controla el acceso ni los pasillos que llevan hacia el descanso paradisíaco del claustro. Lo encuentro entre las sombras. Sí. Es Castilla. Un fragmento del Camino de Santiago. El silencio castellano, la paz cisterciense. Los arcos siguen el rito románico, arcos de medio punto y capiteles historiados con escenas grotescas. Hombres

barbudos, espadas que atraviesan demonios y bestias deformes. En el centro, cuatro ríos convergen en el pozo. La Jerusalén Celeste en las dimensiones de miniatura de este patio. Un monje pasea con las manos dentro del hábito. No me mira. Su caminar es lento pero firme, como si dejara huellas en la piedra. No hay pájaros. Solo se escucha el surtidor de la fuente que riega los árboles. Este lugar del camino está fuera del camino. El peregrino se convierte en un visitante del cielo. Me siento en un soportal. Cierro los ojos. Sí, es el paraíso. Aquí está Adán, de regreso, con la cabeza humillada y la mirada por debajo de la línea de los capiteles, dispuesto a desnudarse ante un Dios al que se le ha dedicado este éxtasis artístico. Soy Adán y el territorio del paraíso cabe en este claustro aguzado. Llamo a las puertas. Déjame entrar, digo en voz alta. Quiero volver de un silencio que dura demasiado tiempo.

Nabucco se inicia con los israelitas reunidos en el Templo de Salomón. Nabucodonosor II está a las puertas de Jerusalén, a punto de arrasar la ciudad y de convertir en cautivos a todos sus habitantes. Pero Abigaille, hija del rey babilónico, ofrece la salvación al pueblo de Israel a cambio de que Ismael, sobrino del rey de Jerusalén, acepte su amor. Este se niega porque está enamorado de Fenena, hermana a su vez de Abigaille y convertida al judaísmo. Tras una discusión, esta jura vengarse, Nabucco arrasa el Templo y obliga al pueblo hebreo a ir a Babilonia en cautividad.

Será precisamente durante el cautiverio cuando Abigaille descubra que no es hija de Nabucco, sino de unos esclavos. Ante el peligro de perder su poder, planea un golpe de Estado para condenar al rey y a

Fenena. Se proclama reina y ordena la muerte de su hermana y del resto de los israelitas, justo en el momento en el que Nabucco la descubre. El viejo rey, desesperado, es alcanzado por un rayo que lo hace enloquecer hasta el punto de rezar al dios de Israel por la salvación de su hija y de su pueblo.

El final transcurre con el regreso de la cordura en Nabucco gracias a la intervención de Yahvé, que logra evitar la muerte de Fenena y del resto de los hebreos sometidos a la tiranía de Abigaille. Esta, arrepentida, se envenena al no soportar la culpa. Nabucco decide liberarlos para que vuelvan a su hogar y reconstruir el Templo.

Es el momento en el que el público estalla en aplausos.

A diez kilómetros de Fidenza, mi final de etapa, encuentro un lugar que he visto antes. Lo reconozco primero como un presentimiento. El peregrino que soy ha leído el paisaje por el que transcurre años antes de presenciarlo, en libros y películas, en cuadros colgados en los mejores museos del mundo, en láminas que decoran la cotidianidad de una familia: se trata de una enorme construcción rural con la forma de un rectángulo en cuyo centro crece un patio.

Durante mi adolescencia, disfruté de todo el cine italiano posible. En él residía la fórmula de la belleza, el secreto de las historias mejor contadas. Pasaba de Fellini a Pasolini sin más de dos noches de descanso. Después Rossellini, con sus volcanes, y De Sica, con la ternura de los personajes a los que se les pierde la bicicleta antes de volver a casa. También Bertolucci. A través de sus epopeyas (porque sus películas son largas, como poemas épicos) vi a un coro de

comunistas felices y optimistas cantar durante la siega y la siembra del cereal.

Novecento me pareció una película mayúscula. El resumen del siglo xx italiano dirigido con maestría por medio de una historia familiar de trasuntos macondianos. Y, sobre todo, fue el escenario el que me cautivó con especial emoción: los campos verdes, sombreados por una ribera fluvial salpicada de árboles, las pacas de cereal amarillento, fermentándose por el olvido de los hombres y llenando las granjas de un aroma dulzón que invita a beber vino. Todo eso era *Novecento* para mí. Por eso me detengo nada más que para contemplar el perfil de la puerta, como un palacio de Versalles rústico, dedicado no a un rey sol, sino al cereal. Lo identifico por sus piedras y ventanas: es la Corte delle Piacentine, la villa donde Bertolucci rodó la película.

A apenas dos kilómetros se alza el humilde pueblo de Le Roncole, cuatro calles que mantienen una dignidad de gente trabajadora, una estética que casa con las estaciones del año. Allí, hace casi dos siglos, nació Giuseppe Verdi. Tiemblo encima de la bicicleta y no es por la acumulación de esfuerzos. Siento que todo se une en el final de etapa, que las casualidades sirven al propósito de darme un motivo para escribir. Verdi murió en el inicio de *Novecento*, a dos pasos de su lugar de nacimiento. Ahora todo el material onírico se me acumula entre las manos, y anoto estas historias mientras mi bicicleta descansa en el decorado del siglo en el que Italia echó a andar como país, con sus guerras y humillaciones cotidianas. Es una señal, lo sé; por eso dejo que transcurra el tiempo a la vera de estos campos, con la espalda pegada a la pared, creyendo que en

cualquier momento aparecerá Rigoletto con su paso triste para anunciarme que Verdi, de madrugada, ha muerto.

Hoy la cabeza me ha respondido, pero no las piernas. El peso de la repetición acumulada hace mella en los muslos. Me duelen a cada pedalada. Hasta que el cuerpo se habitúa al ritmo pasan horas, pero en esta jornada no acaba de amoldarse. He convivido con el dolor. Y con él he llegado a Fidenza.

Leo que es la ciudad románica por excelencia de Italia, la culminación del arte que unió a Europa en un siglo de luz de hoguera. Para comprobarlo, porque soy un peregrino que no se fía de los eslóganes, busco la catedral antes incluso de encontrar la casa parroquial donde dormiré.

El *duomo* desprende un color pálido de piedra recién extraída. No lo es. Lleva ocho siglos a la intemperie, asombrando a los viajeros que se dejan vencer por los caminos. No es el final de etapa marcado en las guías, pero mi itinerario se rige por el cansancio.

El único punto de la ciudad donde el calor húmedo se hace soportable es el interior del templo. Allí, junto a las imágenes de santos sin cabeza y cristos de brazos extendidos sin cruz, me siento a creerme los kilómetros recorridos. También se trata de un acto de fe alzar la cabeza y mirar atrás, comprobar que existen todas las ciudades por donde uno ha pasado, los rostros que ha visto en las calles, el agua de las fuentes que ha despreciado para no perder tiempo.

En una capilla del ala izquierda, dos mujeres restauran una escultura. Contiene el peso estético del Renacimiento. Imágenes

estilizadas, poco sinceras. El románico no es tosco ni simple. Es verdadero, por eso no hace falta detalle. Uno no viene a Italia buscando el arte del siglo XII, pero me lo pide el espíritu en este punto del camino. No quiero molestar a las restauradoras, que siguen su trabajo acostadas en el segundo nivel del andamio. No hay más visitantes. Estamos las dos restauradoras, las esculturas y yo. Verlas trabajar me acerca al dominio de los oficios antiguos. No hay diferencia entre el primer cantero que pulió la piedra y estas dos mujeres, que olvidan su aspecto contemporáneo para rememorar la belleza de una talla que ha perdido su esencia.

Dejo que las horas pasen, hasta que el fuego de la calle se agote. La iglesia sirve como refugio. Lo pienso y no sé si me convence, pero me sirve como verdad máxima. Al menos en una iglesia vacía, sin almas que griten auxilio a Dios, podría acércame a algo parecido a la fe. Respiro. Una bocanada de aire fresco antes de abrir los ojos. Pero la paz se desvanece nada más contemplarla.

Cuando Verdi compuso la música de *Nabucco*, el Imperio austrohúngaro dominaba gran parte de Lombardía, la llanura padana y la región del Véneto. Trieste era la única salida al mar de un gigante con los pies de barro que había nacido hacía muchos siglos, pero que había mostrado debilidad tras el paso de Napoleón por la historia.

Verdi intuyó que el texto de Solera respondía a una historia actual. Nabucco, el rey que ejerce su tiranía sobre el pueblo de Israel, es, realmente, Fernando I de Austria, el emperador que, a través de Metternich, cortaba las aspiraciones italianas. El paralelismo entre Italia y el pueblo de Israel no es solamente evidente, sino hermoso.

Un mensaje para aquellos espectadores que, acudiendo a la Scala de Milán, saliesen del teatro con la sangre hirviendo de nacionalismo.

Nabucco superó la censura. La Administración austriaca no supo leer entre líneas, tal vez extasiados por el coro de los esclavos. Imagino a los diplomáticos austriacos en los palcos de la Scala, emocionados por esos pobres desarrapados que lloran a su patria lejana y claman por la libertad para volver a contemplar Jerusalén. Los veo aplaudiendo la última genialidad del arte italiano, un pueblo sin gobierno, como las raíces de un árbol sin tierra sobre las que crecer. Intuyo su ceguera ancestral porque están aplaudiendo el mayor gesto de rebelión contra el imperio: Italia empezó a desprenderse de Austria cuando el coro de los esclavos entonó su canto libre. Salió de los teatros del norte del país y llenó con un estruendo ensordecedor las plazas de todas las ciudades. Fue Verdi quien venció al imperio.

Me gusta lo particular que suena el italiano cuando lo habla alguien de la provincia de Parma. Es como si Dante hubiese nacido en la *rive gauche* parisina y aprendido italiano. Los parmesanos arrastran la erre y la convierten en un sonido gutural. La camarera me cuenta que en el ducado de Parma hubo muchos franceses en tiempos de Napoleón. Le respondo que tal vez ella sea descendiente de un soldado francés que hizo en estas tierras algo más que cargar su bayoneta. Me sonríe y se sienta a mi lado. No hay nadie más a quien atender en la terraza. ¿Es un flirteo? Transijo dulcemente con la duda. Estudia Medicina y se paga la carrera sirviendo *tortellini* en esta *trattoria* frente al *duomo*. No es una mujer bella, pero le

hubiese propuesto un café en otras circunstancias, tal vez por su acento, o porque llevo demasiado tiempo sin hablar con nadie. Me sirve un vermú perfecto en la dosis de naranja. Mañana ya no la volveré a ver. No sé su nombre, pero durante media hora contemplamos la fachada de la catedral arrastrando las erres, como hijos olvidados de un soldado francés. Es suficiente para serenarme.

Me aterran los puertos de montaña. Les tengo pánico. Son la representación más fidedigna de mis problemas de ansiedad, de mi incapacidad para enfrentarme al vacío. Los últimos kilómetros del día he pedaleado en paralelo a la cadena montañosa. He escrutado las formas de la cordillera, su majestuosa curva que va y viene, distante pero cierta. Roma exige metamorfosis y siento cómo la llanura padana se pliega, se convierte en cima. Me pregunto cuál será la que mañana me llevará al límite. Cuál de ellas esconderá el nombre de la Cisa como puerta del infierno. Caronte no va en barca, pienso. Aguarda en las montañas.

Los italianos llaman al período de unificación la Guerra d'Indipendenza. Hasta 1861, cuando lograron *de facto* la unión, en las plazas de Venecia y Milán primero, y después en el resto del país, aparecieron pintadas con el siguiente acróstico: «VIVA VERDI». Era una fórmula genial de rendir homenaje al mejor compositor de ópera del momento y también para extender el espíritu de *Nabucco*: «Viva Vittorio Emanuele Re D'Italia», una proclama a favor de que el rey de Cerdeña y Piamonte llevara la bandera tricolor por toda la

península. Las autoridades austriacas no podían percibir la sutileza y creían que los ciudadanos italianos, de campesinos a políticos y revolucionarios, se habían vuelto amantes de la ópera. Verdi, desde que se estrenó *Nabucco*, era un símbolo de la resistencia, un mito, pero no solo del panteón musical, sino también de la historia de la unificación italiana. Una deidad que seguía componiendo y haciendo sonar su coro de los esclavos.

Me he despertado. Son las dos de la mañana. Estos días duermo con un ojo abierto. De nuevo el miedo infantil. En la oscuridad me siento débil, frágil. El hecho de dormir solo en todas esas celdas de monasterios, en esos albergues deprimentes me retrotrae a mi niñez, cuando me daba miedo cerrar los ojos porque desaparecía la luz.

Alguien ha entrado en la habitación. Apenas me puedo mover. Es demasiado tarde para ser un peregrino, pero nadie tiene llaves de la habitación. No hay tiempo para reaccionar. Me pongo de pie. De las sombras surge una voz femenina. Pide perdón. El tren se retrasó. Me cuenta una historia que no entiendo. Me calmo. Recupero el aliento. Ella también está asustada. Somos un espejo: su miedo soy yo; el mío es ella.

Vuelvo a tumbarme en la cama. Siguen las palpitaciones. Hay más fantasmas en mí. Se llaman Cisa. Quedan tres horas para que suene el despertador.

En 1901, un mes después de su entierro, se trasladaron los restos del músico a la cripta de la Casa di Riposo per Musicisti, hoy conocida como Casa Verdi, desde el Cementerio Monumental de

Milán. Durante la procesión, ochocientas veinte personas acompañaron al féretro entonando el «Va, pensiero». Casi medio millón de almas abarrotaron las calles de la ciudad. Verdi había muerto, sí, pero Italia había sido liberada hacía cuarenta años. Había tenido tiempo de reconstruir el templo arrasado por todos los Nabuccos de su historia.

5

La piedra de Sísifo

La suya fue una voz compuesta de humo. Un canto que nacía en el interior de la tierra y se acercaba a mí entre susurros. Contaba la historia de un país habitado por revolucionarios en el patíbulo, una hermosa llanura vista desde los muros estrechos de una cárcel. De canción en canción, el adolescente que fui descubría nuevas derrotas, hombres asesinados por el justo nombre de la libertad y mujeres empujadas a la ignominia por defender una porción de amor propio. Con una guitarra, una mandolina, un piano, aquellas melodías me transportaban al Mediterráneo. Tarareo *Hotel Supramonte*, la noche estrellada y ahogada en el silencio. Busco el tono exacto mientras pedaleo. La llevo dentro de mí. Me impide caer. Mantiene mi esperanza de que pasará también este camino y llegaré a la cima.

Llevo treinta kilómetros en las piernas y ya presiento la Cisa. El puerto de montaña separa dos maneras distintas de ver la vida: por un lado, la Emilia Romaña, la monotonía anunciada por un campanario lejano; por otro, la Toscana, una promesa de pueblos llenos de historia y sangre de familias enemigas. Pasado y futuro. Este dolor es el presente.

La última población antes de la eterna subida es Fornovo di Taro. La atraviesa un río de aguas rápidas sobre piedras blancas. Aquí presencio una tragedia. La plaza despierta con una muchedumbre tímida. El sonido de la ambulancia recorre las calles. Todo ha ocurrido muy rápido, me dice un caminante. La cocina de un albergue. Las luces apagadas. Un peregrino desayunando. Una sombra al otro lado. El estruendo de la vajilla rota sobre un suelo de mármol. Más gritos. Un charco de sangre y un hombre tumbado en el suelo. La huida. Cien euros de botín y el helicóptero que sobrevuela la ciudad estremecida por la violencia.

Quiero irme de la plaza, pero espero. No sé por qué lo hago. Algo me retiene junto a la multitud de curiosos. Soy uno de ellos. Los sanitarios sacan del albergue a un tipo grueso. Me basta un instante para reconocerlo. El color del maillot. La forma de su brazo caído, como si durmiese en una cama contigua bajo los frescos de una abadía. Es el señor de Roma, el que recorre la Francígena hablando de su hija muerta.

Cierro los ojos. Así creo que no es cierto lo que he visto.

Tengo miedo y no me importa admitirlo. Escribo en el diario que estoy preparado, que he entrenado mucho precisamente para días como este, en los que las cuestas son simulacros de ansiedad. Soy más fuerte que todo eso. Me he acostumbrado a esta terrible balanza en la que me siento eufórico y a los pocos minutos vuelvo sobre mis pasos pensativo, con una sensación de melancolía que puede con todo. Esa es la bicicleta, me digo. Ahora debo creérmelo.

El Mayo del 68 lo pasó Fabrizio De André en Cerdeña, ajeno a los adoquines parisinos y a las fogatas romanas. Había encontrado el paraíso en la tierra. Fue su primera vez en Portobello di Gallura. Allí se enamoró perdidamente de las playas de guijarros y de las colinas agrestes. Entonces mencionó el «mal di Sardegna», esa enfermedad que padecen algunos viajeros cuando conocen la isla.

El cantautor vivía bajo el embrujo de la melancolía. Sus discos así lo atestiguan. En 1976 se compró un terreno a las faldas del monte Limbara, al norte, para poder pasar largas temporadas componiendo una nueva forma de entender la vida, con un cigarrillo al borde de la boca, en la última calada. Llamó a su casa L'Agnata, una construcción rústica cubierta de enredaderas y plantas salvajes. Lo más parecido a su alma hecha de piedra.

El 27 de agosto de 1979, De André y Dori Ghezzi se disponían a dormir cuando escucharon ruidos. Tres asaltantes entraron en la casa y los apuntaron con pistolas. Iban encapuchados. La pareja nunca sabría la identidad de sus captores durante el período que duró el secuestro. Parecían sombras venidas de la noche. La escena duró poco. Se los llevaron en un Citroën Dyane 6 hacia la montaña.

A las pocas horas, la noticia asaltó los informativos y ocupó las primeras páginas de los periódicos. *Il Corriere della Sera* llevaba en portada una fotografía de Ghezzi, con su cabello rubio y la mirada fija en De André, que sonríe sin mirar a la cámara. El titular rezaba: «Il cantautore De André rapito con la sua compagna in Sardegna». En el cuerpo de la noticia se explicaba que el general Dalla Chiesa se había trasladado a la isla para llevar el caso. Es el mismo Dalla Chiesa asesinado en Palermo, otra isla italiana, tres años después,

por la Cosa Nostra: otra tragedia de la mitología que habita esta geografía dolorosa.

El paso de la Cisa alcanza los cuarenta y tres kilómetros de ascensión en su cara este, viniendo desde Parma. Son pocas las poblaciones entre la montaña y los riachuelos, que crecen como torrentes desprevenidos, tras pasar Fornovo. Tengo la sensación de que sus horas están contadas, de que conozco su final, tan poco heroico, tan diseminado en las aguas del Taro, todos reunidos para formar un río desgarbado, con más tierra que brillo.

A mi paso encuentro aldeas apenas habitadas por pastores. Un día tuvieron rebaños dignos de trashumancia, pero ahora palidecen de soledad. Es la paz de los cementerios la que resplandece en estas poblaciones vacías, donde, de vez en cuando, un urbanita abre un hotel o un bar para moteros. El tiempo no transcurre en sus callejuelas porque ya se han consumido las horas en los campanarios, sin parroquianos a los que avisar del ritmo de las misas. Hoy una fuente saluda al viajero. Lo sana de su cansancio, del mal de altura, que afecta a las piernas y a la respiración. Ninguna cima de los Apeninos puede competir con las de los Alpes. No hay un Mont Blanc elegante que proyecte su sombra en todo un continente. No existe orgullo en su orografía, pero sí resistencia. Los Apeninos no son una cordillera menor. El que la atraviesa gana un país entero: el sur, el Renacimiento, con sus galerías de estatuas casi griegas y la promesa de una copa de vino junto a las murallas del paraíso.

Durante los primeros ocho kilómetros de ascensión, el mundo aún persiste en sus formas. Las cuestas son soportables y el miedo queda en el horizonte. Berceto perpetúa su promesa en las señales de tráfico y el asfalto permanece húmedo por la lluvia del día anterior. Me siento fresco, con una cadencia de pedaleo constante. Subo colinas que me acercan a montañas de nombres exigentes que no soy capaz de aprender. Bebo agua para seguir el ritual del buen ciclista, para alejar los calambres, pero siempre con la emoción contenida de no agotar las subsistencias. Uno tras otro pasan los metros. El fantasma se ha ido. Hoy no aparece. Encaro el noveno kilómetro. Faltan treinta y cinco. Me deslizo sobre la calzada con cierta arrogancia de niño que ha vencido el miedo a la oscuridad.

Lo que percibo a lo lejos se llama Terenzo. Los peores kilómetros de subida se concentran entre el noveno y el decimoquinto. Al inicio, como un aviso para peregrinos, como las tumbas en las puertas de las iglesias o las flores en las curvas de la carretera, veo un cartel de nombre inconfundible. Terenzo suena a comediógrafo romano, a un familiar menor del Terencio que hacía reír al populacho en una época en la que los latinos cultos preferían llorar con la tragedia griega.

Dejo atrás el cartel y reflexiono sobre el estado de mi alma: ¿comedia romana o tragedia griega? Un poco de las dos, tal vez. Pero la decisión definitiva la tomará Terenzo, que se vislumbra como un eclipse de sol en una tarde de verano. El astro al que no se puede mirar. El regalo prohibido de los dioses al que Prometeo renuncia durante su refugio tras salir la luna.

En la distancia se recorta el perfil de un campanario. Tras él, los picos de los Apeninos parecen una proyección de lo que el hombre ha hecho con la piedra. Me quedo un instante con esa visión. Son las

montañas las que han crecido al costado del campanario. Ha sido su orgullo de naturaleza perseguida y amenazada la que ha querido imitar el lenguaje de las campanas.

La carretera gira y la cuesta redobla su apuesta. El GPS marca un desnivel del 15%. Fijo el campanario como objetivo. No sé a cuánta distancia está. Tal vez a trescientos metros. Un reino extranjero. Una época geológica inalcanzable. Me agarro al manillar y las ruedas de la bicicleta se deslizan con dificultad sobre la carretera. Avanzo unos metros. Apenas puedo respirar. No debo mirar al frente. Eso solo haría más largo el suplicio. Hundo los ojos en el suelo. Las piernas no se mueven. Los pedales están hechos de plomo. Vuelvo a mirar porque ya no me queda fuerza de voluntad. Intento abrazarme a la superstición. El campanario se acercará si lo miro tres segundos seguidos. Cinco. Luego diez. Pero se aleja. Se aleja más y más, como una maldición bíblica. La cabeza empieza a rumorear ideas conocidas y peligrosas. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué recorro parte de Italia en bicicleta? Oigo un ruido ensordecedor dentro de mí. Gritos y risas por todas partes. En el exterior, las chicharras entonan una melodía calurosa que se pega a mi piel. No me deja pensar esa voz que soy yo cuando tengo miedo. Se apodera de mí. Las piernas se bloquean. El campanario aún queda lejos. Ahora está, por lo menos, a medio kilómetro. Tal vez más. El mar se ha perdido. Ya no hay promesa de su espuma y su sal.

Pongo pie en tierra. Aún me quedan treinta y cuatro kilómetros para llegar. Un mundo. Una vida. Un camino.

La primera canción de Fabrizio De André que escuché fue *Coda di lupo*. Durante muchos años me la ponía al salir de casa, para esperar al metro hasta llegar a la facultad. Movía los labios con la precisión de un imitador profesional. Gesticulaba sin importarme las miradas en el vagón, los posibles compañeros de clase que estarían al otro lado del andén y que pondrían en duda mi cordura.

Recuerdo el día exacto en el que oí por primera vez su voz, a través de un altavoz metalizado en el apartamento de mi amigo Vincenzo, a dos pasos de la Gare Saint-Lazare. Tuve que ir a París para llenarme de la esencia musical italiana. Lo he pensado muchas veces. Podía haber sido en Génova, frente al puerto, donde el joven De André, recién salido del cascarón, se fugaba de las clases para ir a hablar con los pescadores y las putas. Desde ese punto contaría la historia del mundo, con el aroma de las olas que van y vienen y destrozan cabañas cotidianas, de huracanes que se llevan por delante imperios enteros. *Coda di lupo* habla de un indio que ha visto a su familia morir a manos de la brutalidad de los colonos estadounidenses. Un *Far West* entonado desde una cala sarda. Yo era ese indio, solo entre una multitud de calles y rostros. Tenía una voz para defenderme. Y sobreviví.

El dolor estaba en tu cabeza, te han dicho. Tenías un ligero desgarro muscular. Nada que no le haya pasado a cualquiera. Pero te preocupa lo que tu mente ha creado. Te sientes frágil. ¿Cómo de pequeño eres para que algo así cambie tu vida? Haces deporte, intentas volver. Pero es difícil olvidarse del dolor, de los silencios en los que te sumes en una espiral de pesimismo. Ahora estás curado,

te dices, pero nunca has estado enfermo. Hay un dolor que gestionar diferente al de los últimos meses. Entonces empiezan los mareos. Te palpita el corazón de repente, mientras lees en el sofá, cuando comienza una clase y los alumnos se quedan en silencio, preguntándose qué le sucede al profesor. Sudas y un escalofrío te recorre la espalda. Ese tampoco eres tú. Intentas respirar hondo, pero te resulta imposible. Es infame todo esto. Ya te habías curado del no-dolor. La vida comenzaba de nuevo sin la tiranía de los médicos. Pero recaes. Te das miedo a ti mismo. Te has convertido en un hombre frágil. El mundo es una selva peligrosa y tú caminas descalzo. Te molestan los ruidos: un compañero pasando las páginas de un periódico, la música del móvil de un amigo, el cuchicheo de dos alumnos. Las luces te provocan migrañas. Intentas ocultarte en una oscuridad más profunda que la del primer dolor. Nadie te entiende. Quieres estar solo. Te refugias en el trabajo. La escritura te salvará del mal, de los que te juzgan. La escritura te salvará de ti mismo. Pero un día te despiertas por la mañana y apenas puedes hablar. Te levantas como un muerto. Te pesa el alma dentro del cuerpo. No te llega el aire. No tienes hambre. Te miras en el espejo y no eres tú. Entonces explotas. Lloras. No sabes por qué, pero estás llorando en el salón de tu hogar. Tu madre te mira con preocupación desde la puerta. Tu novia también. Lloras y lloras, y por primera vez sientes alivio. Las lágrimas han empezado a curarte.

He parado para beber agua, respirar y comer un plátano. Las fuerzas me fallan. Se me nubla la vista. He apoyado la bicicleta contra un árbol. El sol cae de plano y no son ni las diez de la mañana. No

quiero sentarme. No me duelen las piernas. Ni siquiera noto la respiración acelerada. Simplemente no puedo seguir pedaleando. El nivel de la ascensión me lo impide. Demasiado para mí.

Intento disfrutar del paisaje. Es hermoso y aterrador a la vez. Las colinas parecen hechas de terciopelo, inofensivas, pero cuanto más tiempo las contemplo, más me convenzo de su enemistad. La naturaleza adquiere formas humanas. Pensamientos que me acompañan y que se adhieren a mi espalda. De mi fortaleza depende que las venza, que pasen por mi memoria como antes pasó la llanura padana, el Valle de Aosta y el Mont Blanc recortado en el amanecer.

A pocos metros encuentro a dos operarios que cambian unos cables. No me miran. Me confunden con un elemento más del paisaje. Se mantienen concentrados en su oficio. Me muerdo el labio de impotencia y bebo un trago de agua. El bidón se vacía y no sé cuándo habrá fuentes donde recargarlo. Me quedan demasiados kilómetros para llegar a la cima y estoy muy lejos del inicio del puerto. Volver atrás no soluciona la encrucijada. Me siento atrapado. Respiro hondo. Esto me ha sucedido otras veces. No con la bicicleta, pero reconozco esa presión en la garganta, los hilos negros que se forman en mi vista cuando la luz impacta de lleno. Debo seguir como sea, aunque camine y me olvide del pedaleo. Nadie lo sabrá. Pero la bicicleta pesa demasiado. El campanario de Terenzo sigue ahí, ni un metro más cerca ni un instante más compasivo. Cierro los ojos; los cierro como nunca antes. Me monto de nuevo en la bicicleta.

Bandidos, llamo a los secuestradores de Fabrizio De André porque no hubo una razón ideológica tras su acción. Ni siquiera la banalidad nacionalista de creer en una Cerdeña independiente o en las utopías que, como dijo Octavio Paz, convirtieron el siglo XX en un campo de concentración. Solamente querían dinero, por eso invocaban a la violencia. La expresión camorrista de un futuro mejor a punta de pistola.

Los periodistas acuñaron otro término más eufemístico: «anonima sequestri». Desde los años sesenta hasta el final de siglo, actuaron de una forma despiadada sobre políticos, famosos y personas de orden público. El proceder solía repetirse: reclamaban dinero a cambio de devolver con vida al familiar. Su voluntad era macabra. A Alfonso de Sayons, secuestrado en 1975, lo asesinaron y dieron su cadáver a los cerdos como alimento.

La noche del 27 de agosto de 1979, los bandidos detuvieron el coche a los pies de una montaña y condujeron a la pareja por un camino de piedras, en el interior del bosque cerca de Pattada. Cuando les quitaron las vendas de los ojos, ellos observaron que las dos personas que hacían guardia jamás se quitaban los pasamontañas. Un tercero daba las órdenes y emitía mensajes en clave.

Durante la primera semana durmieron al aire libre. Soportaron el frío de la noche, el duro calor del verano sardo, seco en la montaña, lleno de mosquitos al atardecer. Pasados los primeros días, fueron trasladados a un refugio, donde los esposaron. Permanecerían tres meses en las montañas, haciendo de su castigo un hogar a fuerza de vencer al desánimo buscando la piel del amor al otro lado. Así los

imagino cuando escucho *Hotel Supramonte*: sumando amaneceres contra el dolor y el miedo.

Sigo con los ojos cerrados. Me siento un Sísifo que sube mil veces la misma montaña y deja caer la piedra de su condena. Escucho deslizarse la roca a mi lado y sé que en unos pocos pasos me tocará ir detrás de ella. Pero el pie sigue en el pedal. Se mueve. Y yo con él. Supero los primeros cien metros. Abro los ojos. Los operarios han quedado atrás. El campanario de la iglesia gana consistencia. Ya no es una línea en el horizonte. Ciento cincuenta metros. Un mundo. El descubrimiento de una vida al otro lado del miedo. Doscientos metros. Mi respiración ya no se acelera. Se adapta al pedaleo. Las piernas no me pesan tanto. Juraría que estoy disfrutando de la bicicleta, pero no lo digo en voz alta por miedo al mal fario. ¿Es esto placer? Aumento la velocidad. Un poco más. Quinientos metros. ¿El campanario tiene esa forma de torre maltrecha? Un kilómetro. Lo miro con satisfacción. Está justo delante. Lo dejo atrás. También el cartel de Terenzo.

La despedida. El pueblo en el que casi abandono esta peregrinación. Avanzo. Me siento pletórico. Lo noto en las piernas. He visto las tinieblas en mis ojos, he sentido el nudo en la garganta. Pero me he recuperado. He conseguido trazar mi salvación a base de coraje y concentración. Hago mío el paisaje. Hay nubes que vuelan por debajo de mí. Los picos parecen tan cercanos que los puedo tocar. Veo un hombre en bicicleta. La arrastra. Todavía no ha podido desprenderse de sus vestidos de Prometeo. Contemplo una panorámica bellísima. Una postal del cielo. Me detengo. Quiero

saborear este momento, lo que dure mi estancia en estas alturas prestadas. Soy el huésped de la Cisa y he sido bendecido con sus cuestas.

Al contrario que el héroe griego, me he liberado del castigo.

Desde el bar Cattani se ve el mundo. Es el único punto de descanso en todo el puerto hasta Berceto. Me siento ligero, satisfecho por un recorrido que aún no he terminado. Miro el mapa de la ruta y calculo que me queda la mitad. En esta selva oscura del alma me encuentro «nel mezzo del cammin di nostra vita». Me gusta asumir mi realidad como un libro. Las lecturas me acompañan allá donde voy, en lo bueno y en lo malo. Pero no tengo un Virgilio en el que apoyarme. Esta mañana, cuando he visto las primeras penas del infierno, he agachado la cabeza y he buscado dentro de mí algo que pudiera servirme para continuar. Ahora vislumbro la llanura padana extenderse como una pista de agua verde sobre el paisaje. Los Alpes están muy lejos. Demasiadas pedaladas para que la geografía guarde su recuerdo. Los Apeninos ni siquiera me dejan descifrar su forma exacta. Estoy dentro de ellos. Me quedan veinticinco kilómetros para coronar el puerto.

Uno de los discos que más he escuchado de Fabrizio De André es «Non al denaro, non all'amore né al cielo». Lo compuso en 1971, muchos años antes de su temporada en el infierno, en las montañas sardas. El cantautor se inspira en la *Antología de Spoon River* que

escribió Edgar Lee Masters en 1915, partiendo de una traducción hecha por Cesare Pavese.

Masters trabajó de abogado en un pueblo de Illinois a principios del siglo xx. Allí retrató a la sociedad estadounidense durante sus aburridas jornadas defendiendo a maleantes. La clave de su revolucionaria visión reside en la reinterpretación de los clásicos. El autor leyó, entre juicio y juicio, la *Antología palatina*, una reunión de las sentencias que los arqueólogos han ido extrayendo de la piedra en todo el territorio grecorromano. Son máximas sobre la muerte y la vida, epitafios de hombres y mujeres desconocidos, salvados del olvido por apenas una frase. Es lo que hizo Masters con *Spoon River*: puso a conversar a los muertos a través de sus epitafios.

Escucho cada cierto tiempo *Un chimico.* De André, con su voz, convierte esta historia de un hombre muerto por un accidente de laboratorio en un canto a la vida. La música es distendida. Susurra el nombre de los compuestos químicos, las virtudes de un tipo que quiso entender las leyes de la naturaleza. Un ser solitario que muere por error, pero que eterniza su felicidad en la soledad de sus experimentos.

Veo a mi padre en cada verso, en cada requiebro de la voz, cuando De André canta: «ma è forse diverso il vostro morire». Cuando lo echo de menos, escucho la canción y lo imagino en el huerto, en la casa familiar, leyendo, intentando entender los futuros caminos que tomará el jardín, trabajando con las manos para una futura primavera. La escucho una y otra vez hasta que me lleno de melancolía y no puedo seguir.

Cassio, Cavazzola, Castellonchio son pueblos que dejo atrás y que apenas inciden en mí. Una plaza vacía grita como una multitud. No hay mayor incertidumbre que la soledad de un pueblo que disfrutó de las voces en el pasado, de los paseos y de las tertulias a media tarde, y que hoy declina como las hojas cubren el suelo, sin nadie que las recoja. Lo primero que abandona un lugar condenado al olvido es la estética. Estos pueblos huelen a soledad.

El camino se ha convertido en una corte de los milagros. Encuentro ciclistas de todas las épocas y vestimentas. Luigi es un chico que viene de Turín. Tiene dieciocho años y quiere ser actor. Está pensando en inscribirse en la Escuela de Arte Dramático. Me recita las lecturas que más impresión le han causado. Yo sigo pedaleando. Ese idealismo extremo lo he visto antes y suele acabar en la deserción. No le digo que sus impulsos artísticos se suavizarán con el tiempo porque su conciencia no me pertenece. Simplemente le sonrío por cortesía y por el esfuerzo físico. Quedan cinco kilómetros para llegar a Berceto. El proyecto de actor pedalea con más fuerza que yo. Me deja atrás sin despeinarse.

Resulta asombroso comprobar cómo el ser humano ha conseguido domesticar la naturaleza y habitarla. Berceto se encuentra a casi mil metros de altura. Preside sus calles una iglesia que podría ser la catedral de una ciudad grande. Entro en ella satisfecho. Son las dos de la tarde y he llegado casi al final del puerto de montaña. Para coronar la Cisa me faltan tan solo diez kilómetros. Ahora toca reflexionar entre arcos ojivales.

A Berceto no ha llegado el Renacimiento. En su camino hacia la Toscana, los templos románicos de Lombardía y Emilia Romaña abrazan la dialéctica de las alturas con las bóvedas de crucería y la luz impactando en las vidrieras como un ejército desaforado. Pero el Duomo di San Moderanno es oscuro, sin un adorno de más. Fachada desnuda que avisa de una austeridad feliz. El peregrino que llega, después de un esfuerzo sobrehumano, desprecia la parafernalia. Quiere la sinceridad de la piedra. La humildad que agarra la arquitectura como un mar sencillo. Así se habla con Dios en términos humanos.

La luz de Berceto se encuentra en la calle y no en el templo. Estoy solo en el interior. Recorro las capillas absidiales como si caminara por las iglesias románico-góticas del norte de España. Tal vez el pueblo al que he llegado se llame O Cebreiro y el camino de Sigerico hasta Roma es en realidad el de un apóstol hacia el *Campus Stellae*. Respiro su misma espiritualidad, ausente hasta este preciso momento. Me lleno de silencio en la frontera entre lo divino y el dolor de piernas.

No hay otro sendero para llegar a Roma. La última parada antes de coronar la Cisa se llama Berceto. Paseo por sus calles para reactivar el cuerpo. Siento muy cercana la despedida de este pueblo de montaña que muestra orgulloso su aislamiento, rodeado de cordilleras, tan alejado de los hombres. Si nuestros tiempos reunieran una antología de epitafios, Berceto tendría un capítulo especial en ella. Leeríamos, por ejemplo: «Berceto existe porque hay un camino para llegar a Roma». Y hallo belleza en esta coincidencia.

Me pregunto cómo vivió Dori Ghezzi el secuestro, los tres meses de otoño atrapada en las tripas de una sierra habitada solo por bandidos y cazadores. Cómo serían sus noches al raso, las estrellas heladas y los días contados hasta una muerte segura.

Pienso en también en De André, en su sentimiento de culpabilidad por haberla arrastrado a ese calvario de hombres encapuchados y pistolas sin seguro, el cabello rubio sucio de tantas mañanas en un refugio. ¿Cómo sobrevivir a la culpa una vez vencido el destino de la pólvora? Creo que De André salió de Supramonte con una certeza. Tan solo con una, pero tan consistente como para merecer una vida: de aquellos días de secuestro nacería una canción que hablase de su amor por Dori Ghezzi. No habría melodía aún, ni texto. Pero sería hermosa. Contaría cómo dos personas asustadas se quieren, a pesar de todo.

Me quedan cuatro kilómetros para coronar la Cisa. El albergue que reservé está a apenas unos metros. ¿Cómo no terminar la etapa culminando el puerto de montaña? Imagino a Sísifo, a punto de ser liberado, deslizando de nuevo la piedra colina abajo, por pura nostalgia de su castigo.

Renuncio a quedarme en el albergue. En mis piernas siento necesidad de kilómetros. Resulta extraño el ser humano. Hace apenas unas horas penaba por estos caminos apenínicos y miraba al cielo buscando una especie de milagro que me liberara de mi obligación de pedalear. Ahora busco alargar la etapa, no bajarme de la bicicleta todavía. Dos kilómetros, leo en el siguiente cartel. Huele a romero, a árboles húmedos por el viento que arrastra agua del

Mediterráneo. ¿Se puede medir la felicidad? En este preciso momento entiendo que la satisfacción no reside en llegar, sino en estar a punto de hacerlo. El segundo que anticipa un reencuentro. Un kilómetro para la Cisa. Es este el momento.

Las últimas rampas se empeñan en recordarme que soy mortal. Después de cuarenta y tres kilómetros de subida, aún le queda a la Cisa memoria para el escarmiento. Pero nadie me detiene. Aumento el ritmo, las piernas están sueltas. El dolor existe, pero lo tolero. Lo necesito para estar alerta. No dejo que la confianza me gane. No miro hacia atrás todavía. Lo haré solamente cuando me detenga. Hay flores en las laderas de las montañas. El paisaje tiembla como si fuese un mar de piedra, exhausto, en el preciso instante de esplendor de su belleza.

Y llego al punto más alto de la Cisa. Me bajo de la bicicleta y respiro hondo. Lo he logrado. Me lo digo en voz alta y lo anoto en el cuaderno: «He llegado». A veces las palabras materializan una realidad difícil de creer. El mundo nace cuando se lo nombra.

El cielo se ha cubierto de nubes. Caen las primeras gotas sobre mi cara. Noto el frescor del mar en mi piel. Las nubes han roto justo en el momento en el que me he bajado de la bicicleta, como la tormenta que se desató en el monte Calvario cuando expiró Jesús.

Junto al cartel, hay un santuario dedicado a la Madonna della Guardia. Más de cien escalones me separan de él. Es una extensión del puerto. Más que eso: la representación que el ser humano ha hecho de la Cisa, en su punto más elevado. Una osadía competir así

con la montaña, pienso. Dejo la bicicleta a un lado de la carretera. Los peldaños los subo a pie.

La noche del 20 de diciembre de 1979 fue liberada Dori Ghezzi. Un día después, le tocó el turno a Fabrizio De André. Pasaron 117 días encarcelados en cuevas de la montaña sarda, transitando caminos espinosos con los ojos vendados, sin hablar apenas con sus captores, soportando una soledad conjugada con el miedo a la muerte.

Los habían liberado en pleno invierno, cuando sus cuerpos no resistían ya las heladas de la madrugada. Aquella noche de diciembre quedaría para siempre grabada en la memoria del cantante. Volvía a la vida, al mundo de las ciudades, las giras, las fotografías, las ruedas de prensa. Él y Dora compartirían su experiencia con los periodistas. Le preguntarían sobre los meses allá arriba. Le exigirían canciones sobre aquellos días de sufrimiento, el nombre de los captores, el frío en las manos, sentido también sobre el escenario al cantar las piezas. Pensaría en todo eso De André, bajando al pueblo, mirando hacia atrás no para no olvidar el lugar de su captura, sino como una suerte de melancolía extraña. Se echa de menos hasta el infierno, pensaría ya liberado. Decía adiós al Hotel Supramonte.

Ilumina el interior del templo una luz griega. Parece un rincón del Imperio bizantino a las puertas de la Toscana. Me cuesta respirar después de subir ciento cincuenta peldaños. Ahora noto los

kilómetros recorridos, pero las vistas curan el cuerpo y satisfacen el alma. No se ve el mar desde lo alto de la Cisa, pero se intuye. No hace falta escuchar las olas para saber que mañana me mojarán los pies.

Accedo al pequeño santuario dedicado a una Virgen que cuida de los ciclistas. Es una iglesia de religión híbrida. Hay más fotografías de ciclistas míticos que cruces. En este lugar a Jesús no se le crucificó. No se reza al mesías bíblico, sino a Bartali y a Pantani. Sobre los muros no hay frescos de la vida de san Francisco. Aquí Cimabue y Giotto están de más. Son intrusos. En cambio, decenas de maillots de ciclismo decoran los muros. Los hay del Tour, del Giro, del campeonato del mundo, con su inconfundible arco iris.

Llegar hasta aquí me sirve de penitencia, por eso ahora siento la protección de todos los dioses del ciclismo que escalaron este puerto antes que yo. Soy un peregrino a Roma que se detiene un instante frente a una lápida y lee el epitafio de antiguos caminantes. Sus palabras me impulsan a seguir. Con este pensamiento desciendo las escaleras. La bicicleta está en su sitio, huérfana. Ya no soy nada sin ella. Ahora queda bajar. Me despido de la Cisa.

No pedaleo porque la pendiente esta vez me favorece. Respiro libertad. Tras un esfuerzo mayúsculo, siento que el camino me da todo lo que me había quitado antes. Tomo las curvas sin miedo, al contrario que en el descenso del Gran San Bernardo, cuya bajada no me había ganado. Pero esta sí. Es mi descenso, pero no a los infiernos. Del cielo uno baja satisfecho, sin importarle qué le ofrezca el llano. Sísifo rompió la maldición. Ya no hay piedra colgada al cuello.

El ciclismo es como la vida. He tardado siete horas en subir los 43 kilómetros del puerto de la Cisa. Apenas me basta media para alejarme de él. Es una victoria efímera en lo físico. Pero ya la tengo tan dentro de mí que jamás la soltaré. Sin melancolías. Un recuerdo no manchado por el miedo. Es una victoria. La libertad ganada.

Visité Supramonte hace años, al este de Nuoro. Es un macizo imponente, sin apenas vegetación, que divide el paisaje en dos: el mar azul cristalino a un lado y las llanuras salpicadas de bosques y pobreza al otro.

Acudí a la montaña con respeto. Quería conocer de primera mano el lugar donde había pasado Fabrizio De André su cautiverio. Sé que las investigaciones policiales alejan la verdadera prisión de Supramonte, pero uno persigue lo que lee y es lo que escucha. De André había escrito la mejor canción de amor que he oído y la había situado en Supramonte. Por eso dirigí mis pasos por un sendero empinado, de piedra suelta, con un calor abrasador. Costaba entender que el frío hubiera sido el protagonista durante sus meses de cautiverio.

Luego llegaron las playas, las ciudades abastecidas de civilizaciones, de conquistas y de iglesias. Y disfruté de la isla con una pasión ganada. Pero fue Supramonte lo que había ido a buscar. Y lo encontré.

Ha cambiado el aire. He abandonado el norte de Italia y he entrado en Toscana, aunque Pontremoli aún tiene un aspecto montaraz. La

piedra de los edificios, sin embargo, acepta una variedad de color más noble, casi renacentista. La Piazza della Repubblica es alegre. Hay vida más allá de la bicicleta. No se necesita más para encontrar un aire de felicidad: una iglesia, una plaza, el repicar de las campanas y un negroni de victoria. Así despido el día, intenso, al borde del agotamiento. He conocido Pontremoli en una jornada demasiado fatigosa. No me siento capaz de recorrerlo como se merece. Los puentes salvan un río de aguas poco profundas. Arrastran piedras que tal vez vienen de la Cisa. Me retiro a la paz del monasterio de los capuchinos. Una celda para mí solo. Otra vez sin peregrinos. ¿Dónde están todos los que ascendían esta mañana y pusieron pie a tierra antes de llegar al campanario de Terenzo? ¿Existen de verdad? Tal vez vivan solamente en el fragmento de tierra que asciende hasta la Cisa. Fuera de ella no son nada.

Mira el cielo desde una celda, una mujer en llamas, un hombre solo, una carta escrita por el desaliento, sin destinatario, un viaje y una sonrisa, una pregunta que se queda volando en la montaña. ¿Dónde ha acabado tu amor?

Hotel Supramonte es la respuesta que De André ofreció a la memoria de aquellos días. No escribió sobre los raptores, sobre el frío y el miedo a la muerte. Buscó el silencio del recuerdo y encontró la lluvia sutil que pasa como el dolor. No halló más que amor por su mujer, la felicidad que le producía pensar en ella aunque los bandidos lo apuntaran con una pistola. Su miedo no se llamaba muerte. Lo atemorizaba perderla, no esperar más trenes a su lado.

Su miedo consistía en olvidar el poder de las palabras, en la incertidumbre de un mañana sin canciones que escribirle.

Y se preguntó en *Hotel Supramonte*: ¿qué sería de ti sin este amor de cautiverio? Cada vez que toques esta canción, volverás a la celda de la montaña. Estarás junto a Dori, unidos por un dolor, por la placentera certeza de quererla. Serás un Sísifo que carga con una piedra hasta lo alto de la colina. La tuya. La mía. La de este día en la Cisa. Y la dejarás caer por la voluntad de amar de nuevo.

6

La senda del laberinto

Me fascinan los laberintos. Me turban, me impresionan, me producen vértigo. Los busco allá por donde voy. Acaricio con la palma de la mano la piedra para hallar una salida en el frío contacto de los siglos, como si mi piel aspirara a convertirse en su superficie, en sus recovecos de caminos sin memoria.

Bajo el pórtico del Duomo di San Martino, en Lucca, me detengo ante el laberinto. Los turistas lo ignoran con paso cansado. Suben los escalones que dan acceso al templo y esquivan su trazado circular. Pesa el tiempo en sus senderos. Lo contemplo intentando seguir con la mirada la salvación de mis pedaleos. Estamos frente a frente. Soy ese viajero que debía llegar a la hora escogida atravesando montañas, discurriendo por valles de tierra húmeda, mares sin nombre y murallas mal defendidas. Es el camino que vine a buscar. Y leo:

HIC QUEM / CRETICUS / EDIT DEDA - / LUS EST /
LABERINT / HUS DEQ(U)- / O NULLU - / S VADER - /
E QUIVIT / QUI FUIT / INTUS / NI THESE - / US GRAT- /
IS ADRIAN - / E STAMI- / NE IUTUS

Son las cinco y media de la mañana y el sol tarda en salir. Debe alzarse por encima de la Cisa, cuyas montañas contemplo desde mi habitación, en el convento de los capuchinos de Pontremoli. He dormido mal. La euforia no me deja pasar página. Querría desplazarme todavía por las alturas de Berceto, pero la peregrinación no se detiene. Marca nuevos destinos.

Hoy veré el mar. Se anuncia poco después de atravesar Sarzana. Imagino una extensión azul apabullante. Una llanura padana multiplicada que torna los cereales verdes y amarillos en espuma blanca. Resulta difícil desprenderse de las imágenes vividas. Me acompañan en cada pedaleo.

Atravieso el patio del monasterio. Mi bicicleta está aparcada bajo un porche donde los monjes emulan a sus antepasados en el noble oficio de la artesanía. Elaboran vasos cerámicos y cultivan un pequeño huerto, el único reducto agrícola que permite esta tierra agreste, más pendiente de las montañas que de la vida.

La galería se compone de un pasillo decorado con lápidas. Una luz pálida ilumina tenuemente los nombres. Pertenecen a monjes del siglo XVIII. También hay señoras de las cortes de los mil Estados en los que estaba diseminada Italia. Fechas de nacimiento y de muerte como el inicio y el fin de una hebra deshilachada. ¿Quiénes fueron todas estas personas cuya memoria está reservada para los caminantes de la galería? Hay dibujos de calaveras, cruces y flores de loto. Me detengo ante ellas. Son lápidas hermosas, a pesar de todo, pero ya no cubren los cuerpos. La muerte hecha estética. La profanación de una puerta hacia el abismo.

Salgo del monasterio. Hoy veré el mar.

Mi cuerpo se ha convertido en una montaña rusa. Mi mente también. Abandono Pontremoli con la sensación de haber hecho lo más difícil, pero en la primera rampa me dejo el aliento. Ya no puedo digerir más sufrimiento tras lo vivido en la Cisa. A la euforia le sigue la tristeza del paisaje. No sé distinguir entre mi estado anímico y la naturaleza que me rodea. Vamos de la mano. Somos uno.

La etapa transcurre por polígonos agrícolas, carreteras cortadas y un olor a lluvia que no termina de caer. Las nubes impiden el paso de la luz. Desde hace dos horas la mañana se ha instalado en un perpetuo amanecer. El tiempo se ha detenido. Las horas no corren y temo no avanzar lo suficiente. El cielo es gris, como el asfalto, y mientras llego a Aulla me pregunto dónde ha quedado toda la belleza de los Apeninos del día anterior.

La guía recomienda tomar un tren de cercanías para cumplir el tramo de Aulla hasta Santo Stefano di Magra. Son cinco kilómetros que le robamos al trazado original de Sigerico, que no disponía de tren como yo y, por lo tanto, estaba más expuesto a los dolores. El motivo, según mi vademécum peregrino, responde a la seguridad del viajero moderno y a las infraestructuras.

De Aulla a Sarzana hay una carretera sin arcén, de tramos realmente peligrosos. La alternativa natural recomienda ascender Ponzanello y Fosdinovo, dos montañas estúpidas que añaden veinte kilómetros al recorrido. La variante por Santo Stefano di Magra salva el peligro de los coches y la inutilidad de hacer un esfuerzo mayúsculo sin recompensa. Me dejo convencer sin necesidad de discusiones bizantinas conmigo mismo.

Tras atravesar un mercado, llego a la estación de tren de Aulla. El andén está abarrotado de familias con sombrillas y sillitas de playa.

Es el aviso inequívoco de que el mar, definitivamente, es irrenunciable. Su cercanía abruma a los usuarios del tren, que se amontonan para buscar un asiento en el vagón. Mi bicicleta supone un estorbo para todos ellos. Me miran con cierto descaro. ¿Hacia dónde irá este personaje salido de una novela de aventuras?

Me monto en el tren. Pasan los cinco minutos de rigor, con sus cinco kilómetros de alta velocidad. El viaje continúa hasta Génova, otras costas diferentes a las mías. Esquivo el pensamiento que me aleja de Roma. Serán otros caminos. Otros veranos.

«Este es el laberinto que el cretense Dédalo edificó, del que nadie pudo salir, a excepción de Teseo, que estuvo dentro, ayudado gracias al hilo de Ariadna». Escritas con mayúsculas toscamente sobre la piedra, en el margen izquierdo del laberinto, aparecen las letras latinas talladas en un tiempo en el que solo sabían latín los monjes que vivían apartados del mundo. El valor de este mensaje resulta misterioso. No fue escrito para todo aquel que atravesase el pórtico del *duomo*, sino solamente para quienes sabían leer latín. ¿Cuántos viajeros de la Europa medieval fueron capaces de invocar el pasado romano, la lengua con la que Virgilio hizo descender a Eneas a los infiernos?

Sigo el trazado de las letras, no ya de los senderos del laberinto. Se trata de una señal. Hasta Roma, los caminos pueden desembocar en un abismo. Pero también la vida se interpreta como un laberinto cuya única salida entronca con la muerte. Si algo estimo de la ideología que impulsó la construcción de esta catedral es la fuerza de sus mensajes, el cifrado de sus textos en piedra, poderosos y

convincentes. No necesitó el artesano escribir un tratado de fugacidad dominica. Le bastó con dibujar un laberinto, sencillo y ágil para la vista. Una circunferencia para marear al viajero en sus deslices visuales hasta el final. Y al lado un texto. Porque toda imagen tiene su palabra. Toda vida aspira a su libro.

A Sarzana llego con cierto remordimiento y bajo el embrujo de los espejismos. Anunciaban los bañistas de la estación que en Santo Stefano di Magra estaría la playa, pero para alcanzarla debo tomar un carril rodeado de edificios sesenteros con vistas a descampados sin alma que sirven como aparcamientos. Una visión deprimente para alguien que viaja exclusivamente buscando la belleza.

En Sarzana me detengo por varios motivos que suman una obligación: la Piazza Giacomo Matteotti. Llevo demasiados kilómetros sin la humanidad de una cafetería de lustre decimonónico, donde los ciudadanos se sientan a discutir sobre la política y el fútbol, como hacían sus antepasados. En las plazas se descubre la verdadera esencia italiana, en el aroma acompasado del café y la tenacidad de los camareros por ignorar las llamadas de todo aquel que no sea un habitual. Se constituye una religión en torno a la terraza, con su periódico y el zumo de naranja, con los bolsos caros de las señoras y los bigotes recortados de los caballeros.

Sarzana es la única ciudad de La Spezia por la que pasa la Vía Francígena. Sigerico prefirió los Apeninos a tomar el camino de Génova. El itinerario evita el litoral y abraza las montañas. Sin embargo, el mar es un privilegio al que no voy a renunciar. Decido,

saboreando el capuchino frente a un tiovivo antiguo, que tomaré la senda de la costa, aunque las huellas del obispo inglés no encuentren su hueco en la arena.

Antes de llegar a Avenza giro rumbo al oeste. Es entonces cuando encuentro la costa, pero no el mar. El camino está lleno de engaños, de trucos que el hombre ha inventado para confundir al peregrino. El olor a bajamar se mete en mis pulmones. La humedad salina se pega a mi piel. Aumenta el calor. Todo se rige según las estrictas reglas de la naturaleza. Pero el mar sigue ausente. Así un kilómetro tras otro. Y el mundo se convierte en una selva de semáforos, cocinas de restaurantes caros y multitud de domingueros que gastan sus ahorros en una parcela de playa alquilada a un alto precio y demasiados rayos UVA.

Nunca entendí la inercia de los italianos en la destrucción de su litoral. De Portonetti a Pietrasanta se extienden más de 25 kilómetros de carretera atestada de vehículos, expulsando todo tipo de gases nocivos. No hay paseo marítimo que deje a los peatones disfrutar de una caminata con vistas a la playa. En lugar de eso, se ha urbanizado el espacio costero con el único objetivo de asfaltar lo que antes era duna, de acercar aún más la fealdad de las ciudades a la orilla.

Pedaleo desanimado, deteniéndome cada doscientos metros en un semáforo. Reúno la paciencia justa para no arrancar antes de que cambie el color. Los coches adelantan sin miramientos. Los ciclistas no son bienvenidos en este apocalipsis de plástico. A mi derecha, los bañistas invaden la acera mientras deciden en qué local pagarán

cincuenta euros a cambio de una hamaca incómoda, un cojín húmedo y una toalla de publicidad. Morirían por diez minutos en el agua, con sus fotografías multiplicadas en las redes sociales y sus dosis de crema bronceadora.

Recuerdo los Apeninos con nostalgia. Las alturas no engañan. No relucen con el esplendor del agua, pero desvelan siempre el misterio de la belleza. El mar toscano ha resultado ser una mentira. Un sendero erróneo en este laberinto hacia Roma.

Hay una estética de lo vulgar que se celebra y en esta carretera alcanza su apogeo. Aquí reside el mayor pecado del ser humano: hacer del mar un lugar anodino.

En un requiebro giro a la derecha y veo un espigón que se adentra unos cientos de metros en el agua. Los espigones regulan y cambian el sentido de las olas. El guardia de seguridad me llama la atención por ir montado en la bicicleta. Me hiere en el orgullo la reprimenda, pero el peregrinaje no da derecho al libertinaje.

Un padre y un hijo se afanan en pescar en la punta del muelle. Jamás mi padre me ha llevado a pescar. Sé que mi abuelo sí lo hacía con él, pero esa cadena se rompió. El padre llama a su hijo cuando nota movimiento en la caña. Leonardo. Leonardo. El niño, que no supera los diez años, acude rápido, como si la aparición de un pez dependiera de su mirada. Observa con atención, hechizado. Pero el padre tuerce el gesto. No hay pesca esta vez.

Converso con ellos un rato. Les digo que recorro la Francígena en bicicleta y que tomo notas para un futuro libro. Hablamos de viajar en bicicleta, de la rutina de los kilómetros, de los caminos que

Leonardo tomará cuando sea mayor. Mientras tanto, pescan. El oficio requiere paciencia, me dice. Esperar, observar las olas, entender el lenguaje del silencio, la monotonía de la tensión y retirar el hilo cuando el mar haya decidido qué ofrecernos a cambio. Es una hermosa parábola. Un rostro humano después de tantos kilómetros de banalidad. Ellos también huyen de ese mundo, por eso pescan en el muelle.

Nos damos la mano. Me hubiese quedado con ellos hasta el anochecer, para contarle a Leonardo lo que han visto mis ojos hasta allí, para que pueda elegir en el futuro, cuando tenga su propia bicicleta, los caminos montañosos que lo aguardan, las noches en albergues deprimentes, donde las plazas medievales no sirven para apaciguar la soledad, pero sí calman la mirada ante tanta belleza. Me gustaría conversar con él sobre todo eso. Pero las horas se estiran y debo llegar a Pietrasanta antes de la hora de comer.

Un padre y un hijo. La paciencia de la pesca. El mar.

Dejo todo eso atrás.

El rey Minos se despertó una mañana con un sabor amargo en la boca. Su mujer, Pasífae, había yacido con un hermoso toro blanco regalo de Poseidón. Nueve meses después, el adulterio dio como resultado el nacimiento del Minotauro, un ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Entonces llegó la ira de Minos.

No se sabe qué sucedió con Pasífae, pero el Minotauro recibió un castigo ejemplar. Minos llamó a su arquitecto predilecto. Todo gerifalte tiene a mano un Albert Speer que sirva a sus ensoñaciones.

Dédalo era ateniense, pero entre los griegos no importaba demasiado la isla o la montaña de nacimiento. Construyó un laberinto y su ingenio quedaría demostrado para la eternidad. El monstruo permanecería encerrado para siempre.

Como en las maldiciones egipcias, quienes conocen el secreto del rey son los primeros en perecer. A Dédalo lo encerraron también dentro de los muros, junto a su hijo. La salida no la recordaba el arquitecto, pero sí tenía la capacidad para inventar su salvación. Construyó unas alas a partir de plumas de pájaro y las unió con cera. Había fabricado un artefacto que daría a los hombres la capacidad de volar como dioses. Lo probó Ícaro, más inconsciente que su padre, y el resultado aún se recuerda en los manuales de vida cotidiana de nuestros días: se acercó tanto al sol que la cera se derritió y el niño cayó al mar.

El laberinto se había cobrado su primera vida. Dédalo supo entonces que quien construye para un tirano solo produce tiranías. También la de la muerte.

En Pietrasanta son las tres de la tarde. Hay una soledad metafísica en la Piazza del Duomo, como la de los cuadros de Giorgio de Chirico. Pienso en *Misterio y melancolía de una calle*, con una plaza vacía, alzada por una galería de arcos de medio punto, futurista, con una inquietante niña que pasea con un aro, y que más que llenar de vida el espacio lo vacía.

De Chirico siempre me ha inquietado. La fuerza de sus cuadros reside en mostrar lo clásico de una manera desnuda. Hay un aire de melancolía que pesa en el ambiente. La soledad de las ciudades

acompaña al espectador. No se trata de tristeza, sino de algo mucho más complejo: un dolor existencial que exalta, sin embargo, la belleza. Es lo que he venido a buscar a Italia. Es el camino que me llevará a Roma.

La fachada del Duomo di San Martino se alza sobre la plaza. Es blanca, compuesta de mármol de Carrara, cuyas canteras están a pocos kilómetros de aquí. Se proyecta la representación gótica que ha dejado Italia al mundo. Otros pueblos se abrazaron a la piedra terrosa, al gris de la lluvia, pero Italia llevó al máximo el mandato de la luz e incluso revistió de luminosidad las fachadas de sus iglesias. Apenas se puede contemplar porque el sol hace el efecto de un espejo.

El campanario, en cambio, no lleva revestimiento. Está hecho de ladrillos ya ajados. Vuelvo a De Chirico, a *El enigma del día*, *La torre roja* o *La nostalgia del infinito*. Lo intuyo proyectando sobre esta plaza su mundo onírico. Los restaurantes están cerrados, pero dejan las sombrillas y el mobiliario de terraza expuestos. Me siento a una mesa, como el espectador de un cuadro del que solo se comprende su belleza hiriente. Esto es la Toscana, la estética armoniosa por encima de todo. Y lo asumo, porque a las tres de la tarde ningún viajero se adentra en los cuadros de De Chirico.

Salvo yo.

Viajar te expone a la contemplación. Por eso no hay un espíritu más privilegiado en el mundo para contemplar una plaza italiana que el de un viajero.

El sol aún cae a plomo sobre el mármol de las escaleras del *duomo*. Dos chicas y un chico venden un periódico comunista a los transeúntes. Lo ofrecen con una sonrisa forzada. Van vestidos con

un uniforme propio de la película *Novecento*. Cuando la gente los rechaza, emiten algún comentario displicente. Caminan de un lugar a otro, como peregrinos de una fe hambrienta. Es fácil ser comunista en esta plaza. Pasan las horas y siguen intentándolo con perseverancia religiosa. Sus ojos desprenden la luz de quienes creen ostentar la verdad envuelta en papel de periódico.

Apuro la cerveza. Están rodeados de gente, pero en realidad se sienten solos. Como yo. No sé viajar en soledad. No me ha gustado nunca, lo reconozco. En esta peregrinación pongo a prueba mi capacidad de resistencia de no conversar con nadie, de no escuchar otras voces, de hundirme en el silencio.

Veo a las familias pasear, sus gestos cotidianos. A las parejas cogidas de la mano, en un ritual que precede al amor intenso. Está la plaza engalanada y todo tiene su sentido porque es compartido. Escribo estas líneas, pero necesito una persona a la que contarle todo lo vivido. La escritura no puede cubrir esa necesidad. Hago dos viajes: uno contra los kilómetros; otro contra mí mismo. «Aprender a estar solo», lo apunto varias veces.

Hasta que me reconozco en esos cuadros de Giorgio de Chirico.

La hermana del convento en el que duermo es joven. Parca en palabras, no me mira a los ojos. En su mirada se trasluce una vocación que no raya en el fanatismo. Hablamos poco porque pertenezco a un mundo al que ella renunció. Se hace de noche. Se levanta y se despide. Vuelve al convento y a la oscuridad perpetua de las celdas. Me hubiera gustado conversar con ella. Saber de su mundo sin la necesidad de renunciar al mío.

Atenas perdió la guerra contra Minos. La derrota comienza en el campo de batalla, pero se extiende como una plaga en el futuro. El tributo reclamaba siete doncellas y siete donceles, enviados desde sus tiernos hogares al interior del laberinto. Allí, en el territorio del Minotauro, no había esperanza.

En el tercer año, Egeo, el rey de Atenas, decidió mandar a su hijo Teseo, astuto y valiente. Embarcó con los otros jóvenes y puso rumbo al sur. Cuando llegó a las puertas del laberinto, encontró en la entrada a una muchacha que tejía. Se llamaba Ariadna y acudía a aquellos muros para escuchar los roncos susurros de su hermano, el monstruo que miraba con tristeza el mar. Teseo la persuadió. Ella no conocía la salida, pero sí el método de supervivencia: ató un hilo a la cintura del héroe y le dijo que solamente debía desandar el camino de vuelta para hallar la libertad.

Ariadna había condenado a su estirpe a la derrota, había señalado el camino de la muerte para el Minotauro y había cometido el mayor error de todos: enamorarse del enemigo. En la guerra no sirven las treguas. En la derrota solo hay venganza. Teseo venció a la bestia. Atenas se alzó sobre los huesos de sus jóvenes, sobre los cadáveres que clamaban memoria, y el Minotauro se desangró en el centro de la plaza, con la soledad de un cuadro de De Chirico. Teseo solamente tuvo que seguir el rastro de hilo. Recuperó la huella de sus pasos y, a la salida, Ariadna lo esperaba deseosa de escapar con él, dispuesta a dejar de ser hija de un rey para ser esposa de otro. Pero Teseo era ateniense antes que hombre. Para él, el amor solo valía si servía a Atenas. Ariadna quedó varada en la playa, llorando la marcha de Teseo, que se alejó por el mar en un barco de velas negras.

Me despierta el canto de las monjas a las seis de la mañana. Dan gracias a Dios por el nuevo día de una manera hermosa y humilde. No suenan campanas en Pietrasanta. Las han sustituido por una voz dulce, como de sustancia onírica. Es el primer día que no he querido madrugar tanto. Necesito descansar. Lo sabe mi cuerpo. Lo pide mi espíritu, a pesar de que el calor me pasará factura a partir de mediodía.

El canto dura cinco minutos. He salido al jardín para escucharlo mejor. El sol empieza a iluminar los rincones más alegres de la ciudad. El convento se sitúa en una colina sobre el *duomo*. Las monjas dan gracias a Dios por el nuevo día. No hay servilismo en sus voces. Hay alegría y sinceridad. A veces basta con eso para ser feliz.

Ya le has puesto nombre a tu dolor. Se llama ansiedad. Ha estado dentro de ti durante los últimos años y no te habías percatado. Ha invadido tus días. Se ha apoderado de tu cuerpo, de tus actos, de tu forma de hablar con la gente. Llevas demasiado tiempo exigiéndote. Por las mañanas, las clases. Por las tardes, la escritura. Por las noches, la lectura. Crees que puedes con todo. Nunca es suficiente. Aún puedes mejorar. Un círculo vicioso que ha crecido sin darte cuenta. A veces escuchas alarmas inexistentes. Lo achacas al agotamiento. Luego llega el libro, la editorial, el contrato, los focos y la puesta en escena. Tú eras ese escritor que jamás publicaría y, de repente, tu nombre empieza a aparecer en todos lados. En la prensa. En televisión. En la radio se escuchan tus apellidos y te preguntas si se trata de una gran función de teatro. Estás en medio

de un huracán. Te prometiste que esa ola no te arrastraría, pero llevas demasiados meses sin control. Ahora estás en la sala de espera de una psicóloga y miras con escepticismo sus diplomas. Nunca has creído en la terapia, pero todas tus certezas han ido cayendo una a una. Te escucha. Deja que hables. Le cuentas cosas que hasta hace cinco minutos ni siquiera sabías que pensabas. A veces te sientes ofuscado. Consideras que la sesión no ha servido para nada. Otras veces sales eufórico de la consulta. Tu vida va buscando un centro. Te sabes vulnerable, pero estás empezando a conocerte. Los mareos vuelven de vez en cuando. Las migrañas. Pero no los sientes con terror, sino como amigos indeseables con los que tienes que compartir, de tarde en tarde, apenas unas horas de tu vida.

El paisaje toscano ha desatado sus misterios. Colinas verdes, llenas de cereal, se elevan de forma suave para hacer la ascensión más llevadera. El mar está a escasos kilómetros, pero no lo puedo ver. Me tranquiliza ausentarme de esa extensión azul. Subo un puerto de montaña tras pasar Camaiore. La carretera se retuerce con curvas cerradas que zarandean la bicicleta de un lado a otro. Pronto se forma una procesión de ciclistas locales. Muchos de ellos superan los setenta años, pero utilizan las cuestas como una oportunidad de volver a ser niños.

Sigo su estela hasta Montemagno. Ascienden más rápido que yo. Tienen oficio y filosofía ciclista. Llevo alforjas y mi camino supera las miras de este monte desde el que, prometen, se vislumbra el mar. Pero no me dejo impresionar por falsos ídolos. Mi religión ya

desprecia los océanos y busca de nuevo los montes y las ciudades renacentistas. Cuando corono el puerto, decenas de ciclistas aplauden mi esfuerzo y me dan agua para beber. Hay una fuente en la que depositan flores. «Beber de esta agua —me dicen— otorga un día más de vida. Por eso subimos a este lugar casi siempre».

Encuentro un ciclista anciano que pedalea con alegría sobre esta tierra llana. Observa cómo giro el manillar, dudo y miro el GPS sin encontrar la fórmula para salir del laberinto. Frena a pocos centímetros de mí y me invita a que lo acompañe hasta Lucca. Lo observo con sorpresa. Tiene el aspecto de un hombre de más de ochenta años. No me quiere decir su edad, pero no desmiente mis sospechas. Pedaleamos en paralelo por caminos desiertos de coches.

Me dice que la causa de su salud es no haber bebido nunca alcohol. Yo ya llego tarde a ese estado de perfección. Sonríe con un gesto travieso. Jura que nunca lo ha probado, ni el día de su boda, apostilla. Jugó en la Serie B hace muchos años, en el Lucchese, pero una lesión en la rodilla lo apartó de los campos de fútbol que, por aquel entonces, serían de tierra.

Lleva más de cincuenta años devorando kilómetros toscanos, ascendiendo colinas como las que he subido hasta Montemagno. No me dice su nombre. Habla y habla hasta que llegamos a las murallas de Lucca, la ciudad circular, las calles blancas rodeadas de terracota. Se despide de mí con un escueto saludo. Esta es la entrada al laberinto, me dice, y lo veo alejarse de nuevo hacia los caminos de tierra por los que siempre ha transitado su vida.

Todos los finales de Ariadna son terribles: abandonada en la isla de Naxos por Teseo; raptada por Dionisos y petrificada al mirar a la Medusa; asesinada por Artemisa en Día… Para ella no hay gloria ni redención. Se deja vencer por el amor a un desconocido y con ello propicia la muerte de su hermano y la perdición del reino. Teseo volvió a casa y sufrió también el destino impuesto. No cambió las velas negras que, en señal de duelo, mostraba el barco que había abandonado Atenas con los jóvenes a sacrificar, tal y como le había prometido a su padre, el rey Egeo, en el caso de que sobreviviera, y este, al creer que su hijo había muerto, se precipitó al mar desde el cabo Sunión. Pero Teseo había ganado una ciudad, Atenas, y la había liberado de Minos. ¿Qué le quedaba a Ariadna?

La imagino desesperada a orillas del mar, cerca de la actual ciudad de Heraclión. Contempla algunos barcos que cruzan el horizonte. Sueña con enrolarse en uno de ellos para marcharse lejos de esa isla maldita que crea seres mitad humanos mitad toros, un territorio de ambición y castigo que separa a los matrimonios felices por condenas divinas. Ariadna, utilizada como el mal necesario para alcanzar la liberación, ultrajada, pisoteada, violada y engañada, soporta la tristeza de un hogar destruido.

Pienso en ella, en sus ganas de dejar de llamarse Ariadna, de haber nacido en otro cuerpo, en otro ser. Riendo con amargura al comprobar que, durante todo ese tiempo, era a ella a la que habían condenado a vivir dentro del laberinto. Pero el suyo no tenía muros. No eran necesarios.

Es la cuarta vez que visito Lucca, pero la primera como peregrino. Recuerdo hace muchos años, cuando apenas cumplía los dieciocho, el impacto emocional que sentí al contemplar el *duomo*. Apenas había comenzado a caminar por el pórtico, antes de entrar, cuando me fijé en la inscripción de la entrada: es un laberinto circular. El tiempo se contrae. Los años se comunican entre sí por medio de imágenes sutiles. Ahora casi doblo la edad de aquel chico y voy en bicicleta, pero busco la misma piedra en la que está grabado un secreto medieval, las claves de una plaza cretense. Las pistas que un peregrino halla en su camino hacia Roma.

Para ello atravieso calles que creía conocer, pero cuyo recuerdo he falseado. Plazas de acento dulce, blanqueadas por un mármol antiguo. Son las tres de la tarde. La ciudad se suspende en un siglo indeterminado, bajo la sospecha de un calor extremo. Esquivo turistas y alargo mi recorrido un poco más. Sé cómo llegar al centro del laberinto, pero aún no quiero que se produzca el encuentro esperado. La etapa de hoy ha finalizado. Me he ganado un descanso que aún retraso. No pertenezco a este mundo de multitudes y colas en restaurantes. Me diluyo en una calle sombreada. Tras ella, el *duomo*, la plaza, la vida, el laberinto. Ahora sí he llegado al interior, a las tripas del artefacto, a la pesadilla de Dédalo. Y yo sin espada.

La perfección de la piedra blanca en el interior del Duomo di San Martino me abruma. Hay más luz bajo las bóvedas azules que en el cielo. La cúpula celeste fue construida en una época en la que merecía la pena emplear el tiempo y los recursos en reproducir el paisaje en el que vive Dios. La belleza abruma por su sencillez. No

es necesario dorar las columnas, ni fingir volutas en los capiteles. Basta con la desnudez de los arcos de medio punto.

Camino hasta un pequeño templo, una reproducción en miniatura del propio *duomo*. Dios dentro de Dios. Se trata de un templete donde descansa la escultura de la Santa Faz. Para arrodillarse ante ella, el ser humano ha creado caminos de fe, paralelos a la Vía Francígena, que recorren media Europa. La leyenda cuenta que Nicodemo, el único miembro del Sanedrín que reconoció la divinidad de Jesús, quiso tallar una escultura del Señor crucificado. Como no era hábil, dejó el rostro sin trabajar. A la mañana siguiente, apareció esculpido. No fue una acción humana, sino divina. Hoy se forman largas colas para apreciar el rostro con el que Jesús quiso representarse a sí mismo.

Me acerco a la escultura. Es una imagen hierática, típica del arte románico. Me recuerda al Moscóforo, el *kuros* que representa a un pastor con un carnero a las espaldas, los ojos almendrados, la barba geométrica y los pómulos estilizados. No hay dolor en su rostro, solo una distancia insalvable frente a todos aquellos que lo observan. No es un hombre de este mundo, ni es un Dios que vive por encima de nosotros, sino al margen. No conoce a las criaturas que creó. Las ignora. Y temo que así sea.

Mientras espero al hospitalero en la casa parroquial, observo una placa y una fotografía. Se trata del lugar donde vivió santa Gemma Galgani. La información es escueta. Afirma que la santa murió de tuberculosis con veinticinco años en la felicidad de Cristo y que la capilla recuerda a los aposentos en los que transcurrió la mayor

parte de su existencia. Una mujer que sale de misa me dice que la santa sufrió los estigmas de Jesús durante tres años y que se sacrificó por nuestros pecados.

Miro a la mujer y refreno las dudas que me genera el caso. Me resulta osado que alguien decida hacer el mismo sacrificio que Jesús: morir por todo el género humano. ¿Acaso Pedro no reflexionó sobre este hecho y escogió una cruz invertida para su martirio? ¿Qué significa morir por todos nosotros? El sacrificio de una muchacha de veinticinco años se celebra como una iluminación de mártir romana, como en los primeros siglos del cristianismo. Veo sus fotos en blanco y negro, la sonrisa que he visto tantas veces en los hospitaleros, en los grupos de catequesis. Pero no percibo pensamiento crítico en esa creencia. Huyo de las mitologías del martirio. La fe que yo busco no admite el sufrimiento de unos por otros, sino la alegría momentánea de una calle de Lucca. Pasan las horas. Me alejo un poco más de Dios. Pero la ciudad me acerca a la vida. No es una elección. El camino elige por mí.

El hombre, que supera los setenta años, me habla de la importancia de la Vía, de la solidaridad entre peregrinos. Se llama Matteo y viene de Trieste. Conversa sobre las voluntades de Dios con una alegría en la voz que asusta. Me invita a charlar, a compartir experiencias de peregrinaje. Pero necesito otra compañía. Esta no es la solución a la soledad que buscaba. Rechazo la iluminación vacía. Me recuerda al final de *El Reino*, el libro de Emmanuel Carrère sobre su relación con la fe. Él la busca porque la tuvo y quiere recuperarla. Yo no la he

tenido y la busco para saber qué es. Y en ese camino no caben las felicidades fáciles ni las resignaciones.

La conversación pausada con el hospitalero me aleja de Dios porque ofrece una vía basada en metáforas sobre la luz y la bondad, pero sobre la libertad. Su mujer y él me necesitan para cumplir su propósito de solidaridad. Soy su obra de buena fe, su acto de servicio a Dios. Pero quiero salir a las calles de Lucca para llenarme de la luz medieval, de las fachadas blancas, donde se proyecta la sombra del dragón que, sobre el campanario de San Michele, el santo está a punto de matar. Mi búsqueda de la fe está fuera, en la vida, en la gente que pasa, en el vino que bebo en una terraza, en las chicas bonitas que cruzan la calle y en sus novios, que las abrazan; en un bebé que aprende a andar en las baldosas rotas del suelo milenario, no en una habitación secular sin ventanas donde se habla sobre si santa Gemma vuelve a sufrir los estigmas cada noche.

No discutimos, por supuesto. Para eso hace falta querer convencer y nadie tiene ese propósito. Me dice que la cena estará lista a las siete y media de la tarde. A esa hora, el sol alcanza su plenitud antes de desaparecer. En la calle, la vida se disputa. Me doy cuenta de que el egoísmo está en ellos, que la soledad que arrastraba días atrás era poderosa porque me permitía hacer lo que mi voluntad decidiera. Les he dicho que tras la cena iría a dar un paseo. Es mi dogma de fe.

A Dios hay que buscarlo en la acción y no en la contemplación irracional. Necesito las alturas para poner en orden lo que he recorrido. La torre Guinigi tiene una particularidad que nunca he

visto antes: las encinas plantadas en la parte más alta, que le dan un aspecto de jardín babilónico en medio del entramado feudal.

Tengo Lucca a mis pies. Tras las plazas se elevan las iglesias. Tras ellas, las murallas que circundan una ciudad que fue romana. Los Apeninos surgen como colinas delicadas, suaves arrugas sobre la alfombra de flores que cubre la piel de Italia. Lucca es ya el corazón de la Toscana. Aquí se produce la combinación perfecta entre historia, cultura, buen gusto y naturaleza. La torre Guinigi actúa como una ciudad en sí misma. Sin calles ni gente. El ojo de Dios, donde todo se ve sin ser visto nunca.

Afino la mirada. Creo descubrir el mar. Pero no es cierto. Solo lo escucho. Cierro los ojos.

Borges habló de la melancolía del Minotauro, del final elegido frente a Teseo, al no defenderse de la espada ateniense. Buscaba la redención en la muerte, desnuda y sin parafernalia. Cortázar, en *Los reyes*, exige que Ariadna y el Minotauro se enamoren. La muerte está al final del camino, inmisericorde. No hay escapatoria para la bestia. Los laberintos cumplen su función. Antes y ahora.

Sopla el viento con su sabor a sal por encima de la colina. Por muy altos que sean los muros que diseñó Dédalo, llega la humedad y el color anaranjado de los atardeceres mediterráneos se impregna en las paredes de los corredores. Pienso en la melancolía del Minotauro, en el grito de dolor que le causa el vacío. El centro del laberinto es una plaza soleada, una catedral de piedra blanca sin dioses a los que alabar. Una puerta abierta. El centro del laberinto es

un dibujo en la piedra. Una piedra que cuenta una historia. Mi historia.

7

La mujer de la playa

Noche cerrada frente a la Pieve, o iglesia parroquial, di Santa Maria Assunta. He bajado las cuestas de Gambassi Terme que deberé ascender la próxima madrugada. Camino pegado a la carretera. Cada paso es una punzada de dolor por el esfuerzo que vendrá. La fachada brilla a la luz de la luna. Junto a un árbol está ella. Observa la iglesia y me mira. Bajo las estrellas, me acerco a hablarle.

Se llama Nausícaa, como el personaje de la *Odisea*. Sospecho que mis días ya se han convertido en un homenaje a Homero. No viene de Grecia, sino de Milán. Sus ojos azules adoptan una suavidad adriática. El cabello castaño le cae sobre los hombros hasta la mitad de la espalda. Su piel es blanca, delicada. Una piel no expuesta demasiado al sol, que ha conocido pocas playas y desiertos.

Precisamente, la Nausícaa del aedo griego acude aquella mañana señalada a lavar la ropa a la playa. Describe con una precisión científica el sueño inquieto de la noche anterior que le anuncia, entre imágenes líquidas, la llegada de un viajero. Ese alguien soy yo. O tal vez Odiseo. Ambos barbados, cansados de tanto viaje. Mis piernas suman kilómetros por laderas calcinadas. Odiseo junta entre sus brazos cada ola del mar.

Observo el encuentro: un náufrago mecido por las mareas, hastiado de fracasar; ella joven, anhelando islas diferentes a la suya. El hombre llega desde muy lejos para contarle lo que sucede más allá del horizonte. Ella lo salva de la marejada. Lo acaricia y viste su cuerpo desnudo, lleno de cicatrices.

Nausícaa se presenta y me invita a sentarme. Noche íntima. Casi olvido que soy un peregrino y no un náufrago.

Anoche, antes de cenar, el hospitalero me lavó los pies y me los besó. La congregación realiza este ritual desde hace siglos, desde los mismos tiempos en los que Santiago se puso a caminar hacia el *Campus Stellae*. Me siento incómodo. Sus ojos, en cambio, están iluminados. Hay devoción en todo lo que hace. Afuera, el sol extiende sobre Lucca una estela de alegría que confronta con la oscuridad de la sala.

Me despierto con este pensamiento. Aún es de noche, pero el hospitalero ya prepara el desayuno. Estaremos su mujer, él y yo. Las mañanas empiezan a pesarme. La rutina del pedaleo se ha convertido en un acto orgánico, como respirar, comer y el sentir frío en el mar. Me visto en silencio con un gesto mecánico. Me coloco el culote, los tirantes sobre los hombros y el maillot ajustado a la espalda. El encanto se esfuma con la monotonía de los preparativos. Repito hasta la infinitud el simulacro de ciclista.

El hospitalero me pone la mano en el hombro y me da su bendición. Dice que me espera en Friuli-Venecia Julia para hacer juntos el Camino de la Virgen, el del santuario della Madonna del Lussari, en el extremo oriental de los Alpes, a 1776 metros de

altitud. Me habla de su hogar, de sus viñedos, del pequeño huerto donde recolecta tomates. Es un buen hombre que está feliz por el trabajo bien hecho: se ha ganado su porción de cielo. Empiezo a entender los mecanismos de la fe que imperan en su razón.

Le doy un abrazo para despedirme. Su resignación mañanera espera a otros peregrinos a los que lavarles los pies. El eterno retorno de la sumisión, pienso, mientras salgo de Lucca por la Porta Elisa y me adentro en campos sin cultivar.

Esta noche llegaré a San Miniato. O tal vez a Pieve di Santa Maria Assunta. Quién sabe lo que decidirán mis fuerzas.

Son estereotipados, pero no dejan de ser ciertos: los caminos de la Toscana aparecen poblados de cipreses. En la mayoría de los recuerdos de mi infancia hay un ciprés. No existe árbol más noble. En el huerto familiar, mi padre plantó dos ejemplares. Desde la ventana de la cocina, a la hora de la comida, los veíamos crecer. En verano aprovechamos su sombra para tomar un aperitivo. Escoltan la casa. La anuncian desde lejos. Siempre han crecido con la libertad de querer conquistar el cielo. En cierto momento, mi padre les puso nombre: los llama Julio y Pepe porque le recuerdan a mi hermano y a mí. Compiten en altura y hay ramas que llegan a tocarse.

La gente los suele asociar a los cementerios porque en el Mediterráneo protegen las tumbas. Sus raíces crecen profundas y verticales, no se extienden como las de los pinos, por eso no levantan el suelo ni fragmentan las lápidas. Dejan en paz a los muertos. Dan sombra a su memoria.

En la Vía Francígena los cipreses no indican la existencia de un cementerio. Al menos no solamente eso. Suelen marcar el camino de acceso a villas, a iglesias pobres construidas con sillares. Pobres, sí, pero no carentes de belleza. La piedra desnuda se adapta mejor al espíritu del camino que las grandes demostraciones arquitectónicas. Por eso también temo llegar a Roma, por si el Vaticano y su sombra alargada ocultan todas esas iglesias y monasterios que se diseminan por los caminos. Allí no hay cipreses, sino pinos romanos. Compiten en altura con el Coliseo, con las termas de Caracalla. Pero la Francígena exige humildad. Los cipreses hablan ese dialecto. Los miro y siento que compartimos toda una vida. Es la estética de una soledad aceptada. La afirmación de saber estar en el mundo, junto a los vivos. Cerca de los muertos.

Anuncian la entrada a los pueblos y despiden al viajero cuando el campo se apodera del paisaje: el camino se ha llenado de cementerios. Me fijo en ellos. Los contemplo desde la distancia con pudor. ¿Entro? ¿Podré pasear entre sus tumbas de nombres desconocidos? Me atraen como un elemento esencial de los viajes. Les dan calma a las ciudades. También memoria colectiva a unos tiempos amnésicos. En los campos, las tumbas se adaptan al paisaje como cultivos humildes.

Hay pueblos sin iglesias, sin bibliotecas, sin *carabinieri* o sin plazas. Pero todos albergan un cementerio. Pienso de nuevo en Masters y en su cementerio ficticio de Spoon River. Observo el que se encuentra, a mi paso, en Altopascio. En la entrada hay una cúpula. Detrás, lápidas limpias y sencillas, ángeles de piedra

brillando al sol y nombres escritos en letras negras. Algunos familiares procesionan para visitar a los ausentes. Pocos kilómetros después sé que me espera otro cementerio. Será el anuncio de un nuevo destino.

Esqueria es la isla en la que nació Nausícaa. A sus playas llegó Odiseo hambriento y cansado de remar, lejos ya de la Troya incandescente y más lejos aún de Ítaca, la patria negada. Esqueria existe en la memoria de Homero, como tantos territorios que se pierden en los mapas modernos cuando saltan de los libros. Algunos autores han querido identificar sus playas con las de Creta o Corfú. He estado en ambas. Creta respira como un fragmento de Egipto desgajado hace milenios. Una isla sacudida por olas y volcanes que encuentra la belleza en la soledad y en la aridez del terreno. Corfú es sofisticada. Brilla con el lujo de los yates. Se respira en ella un aire austrohúngaro de imperio derrotado.

No imagino Esqueria de ninguna de estas formas. La isla de los feacios es pequeña. Bosques ligeros calman el sol de la tarde. A las playas se accede por caminos humildes, de tierra. El palacio del rey Alcínoo se alza sobre un promontorio. Hay mercados y templos. Los niños juegan en las plazas y los adultos pastorean las pocas ovejas diseminadas entre peñascos. Nausícaa lava la ropa y rescata náufragos. Todo tiene sentido en esta pequeña parcela de felicidad.

La peregrina que se llama Nausícaa me confiesa el amor de su padre por la literatura clásica. Pudo haberse llamado Helena, pero su lugar

en la historia quedó comprometido. Tal vez Dido, pero muere arrojándose al fuego. Nausícaa es hermosa inteligencia. Da clases de literatura italiana en un instituto de Milán y no ha cumplido los treinta años de edad. Le gusta transmitir, me dice, hacer que los demás lean y se interesen por las historias que ella ama.

Mañana empieza su caminar. Dos bastones la ayudan. Su destino será, al final del día, San Gimignano. Recorrerá poco, me dice. Su objetivo final se llama Siena y no Roma. No tiene prisa. Tampoco esta noche, en la que el calor proyecta su reino sobre la fachada de la parroquia de Santa Maria Assunta.

Me pregunta por mi vida, por los días que llevo pedaleando, por mis futuros destinos y las ciudades que ya he visto. Me recoge de las olas del mar y me invita a conversar hasta que apaguen las luces de la iglesia. Quiere saber qué senderos he recorrido hasta este naufragio.

Los caballeros del Tau nacieron en esta plaza que hoy conserva cierto aire medieval. Abrazaron la letra tau griega, una cruz sin extremo superior. Cristo no habría podido apoyar la cabeza en el madero si su martirio se hubiese llevado a cabo en ella. La dibujo en estas notas. Es elegante y me recuerda a historias bizantinas, a templarios volviendo a casa derrotados. Huele a Constantinopla, pero estoy en Altopascio.

A las nueve y media de la mañana efectúo mi primera parada del día. Faltan unos kilómetros para llegar a San Miniato. Busco un lugar para desayunar. No sirve cualquiera. La obligación del peregrino que aspira a la belleza exige una plaza, una iglesia y una fuente. Piazza Ospitalieri sirve a mi propósito. Hay un pozo en el centro. Leo que

sus aguas han abastecido a peregrinos de todas las épocas. Aquí los caminos construyen ciudades y no al revés.

La orden de los caballeros del Tau se fundó en el siglo XI y se enorgullece de ser la primera orden militar de Europa. Lo hicieron para asistir a los peregrinos que se dirigían a Santiago. Hacía tan solo un siglo que Sigerico había levantado el polvo del camino para llegar a Roma. La iglesia de San Jacopo, que preside la plaza, sirve como testimonio de la antigüedad de la hospitalidad en estas tierras, y también argumenta a favor de los caballeros del Tau en su labor de acercar el norte de la península ibérica a la Toscana. Por toda Europa nacieron filiales de la orden, hoy diseminada en fundaciones modernas.

Pienso con nostalgia en la meseta castellana, en las rutas de piedra morada que salen de Burgos y atraviesan iglesias en ruinas. Santiago tiene algo a lo que nunca podrá aspirar la Vía Francígena: la gente se cree el camino. Hay pueblos que han nacido al costado de la carretera por donde transitan los peregrinos. La Francígena existe por la voluntad de un obispo inglés ante su necesidad de llegar a Roma. En esta plaza de Altopascio uno piensa en encontrar conchas que marquen la dirección justa. Santiago y Roma conversan en un lugar así.

Se llaman Massimiliano y Sauro. Viven cerca de Bolonia y lo tenían todo preparado para hacer el Camino de Santiago en bicicleta, pero algo se truncó y ahora pedalean hacia Roma. Los he encontrado en las alturas de Fucecchio, divisando en la lejanía los Apeninos. Superan los cuarenta años. Se apoyan en la bicicleta después de

haber subido una cuesta exigente. Los recibo frente a la iglesia de San Salvatore mientras descanso.

Algunas vistas requieren un esfuerzo sobrehumano. Para llegar hasta este balcón del cielo, en una placita cercada de logias e iglesias, he debido ascender una rampa con un 18% de desnivel. Uno ya adopta una resignación cristiana cuando ve el perfil del camino. Miro hacia abajo sin dejarme vencer por el desánimo. Sé que la cuesta pasará, como todo en la vida termina. Conozco el ritual de sufrimiento y recompensa y pienso, durante el pedaleo exigente, que en pocos metros habrá una plaza con una panorámica merecedora del esfuerzo.

Los dos italianos son simpáticos, de esa clase de personas que no les exigen mucho a sus días. Les cuesta respirar. La memoria de las rampas aún se pega a su piel. Pedalean por el gusto de sentirse en medio de la naturaleza, me dice Sauro, por la libertad que otorga recorrer kilómetros. Conversan entre ellos y se sientan en el banco junto a mí. Me preguntan por mi trayecto. Las conversaciones de peregrinos siempre comienzan igual: un destino, un hogar y una motivación. Sauro es físico; Massimiliano, bibliotecario. Intercambiamos fruta y agua. Esta tarde quieren llegar a la Pieve di Santa Maria Assunta en Chianni. Jamás he escuchado ese nombre. Justo antes de Gambassi Terme, me dicen. San Miniato está a apenas tres kilómetros, casi puedo tocarlo. Pero ya sé que no es el final de mi camino.

El sino de San Miniato ha sido la destrucción, pero nadie lo diría observando la altura de sus torres, la perfección de la piedra

encajada en cada resorte del vacío, una a una, luchando contra la gravedad. Se alza sobre tres colinas y una colección de murallas, iglesias y palacios al borde del precipicio. El peregrino que llega aquí teme caer en una espiral de piedra esculpida por los barrancos, como en un asedio medieval, pero cuando llega a la cima, a la Piazza della Repubblica, con el perfil del *duomo* y la arena sustituyendo al mármol del pavimento, siente la calma de una ciudadela abandonada. Los enemigos están sobre la llanura, pienso. La gente ha escapado.

Subiendo las últimas cuestas hasta San Miniato, Sauro habla sobre el arte de enseñar física en un instituto sin que los alumnos sufran la incomprensión absoluta. Le respondo, como un humilde profesor de letras, que la física se parece a la teología en cierto punto, puesto que el nivel de creencia ciega que requieren ambas resulta similar. Es más simple confiar en Adán, Eva y la serpiente que entender el funcionamiento de los agujeros negros. Sauro acepta la ocurrencia y Massimiliano sonríe. Creo que he encontrado algo parecido a unos compañeros de viaje.

Frente al *duomo* nos paramos de nuevo, más por tributo a la belleza que por cansancio. Leo que por las escasas calles de la ciudad guerrearon güelfos contra gibelinos, el papa contra el emperador, los Medici contra Pisa, los partidarios de Napoleón contra quienes defendían el Antiguo Régimen. Hasta los soldados nazis tomaron los torreones como lugar estratégico donde contemplar el mapa del mundo. La historia profetiza siempre sus destrucciones y resurrecciones, en una ciudad tras otra, solapadas bajo el nombre de San Miniato, defensora del mármol y de la vid que crece sobre la piel de sus colinas. En este segmento de plaza no hay nadie. Se escucha

el rumor de las palomas volando sobre el campanario. Las campanas ni siquiera marcan las horas. El turismo paró el reloj de la localidad. No sucede nada, solo se puede contemplar lo que hicieron las generaciones anteriores. Ciudad muerta es San Miniato, pero de una muerte que no se puede reconstruir.

Nausícaa conduce a Odiseo al palacio para que su padre, el rey Alcínoo, lo ayude en su vuelta a casa. Lo cuenta Homero en el canto VI. A la joven princesa la leemos solamente en dos cantos más. Su aparición es fugaz; su acción, minúscula, si la comparamos con Penélope o Circe. Pero el peso de su voz queda flotando en todo el libro, incluso cuando el héroe se reencuentra con su esposa.

Alcínoo recibe a Odiseo como el mejor de los anfitriones. Dispone un banquete y músicos que amenizan la velada. Su hija contempla la escena maravillada. El hombre que ha llegado del mar le ha despertado un sentimiento desconocido hasta el momento. Ha pasado de ser una niña a una mujer frente a esa playa.

La fachada de Santa Maria Assunta se llena de mosquitos y salamandras que bailan al sol de la caza. Ha leído la *Odisea*, por supuesto, y conoce al detalle cada verso homérico como si lo hubiese escrito ella misma. Esta noche me observa con suspicacia. Sus ojos azules brillan en la oscuridad, con cientos de antorchas encendidas en el cielo. Alcínoo pidió al viajero que contase su historia, los días desgraciados y las jornadas placenteras. Nausícaa me pide que le hable del Gran San Bernardo, del ascenso a los

infiernos de la Cisa, del bosque de rostros monstruosos de la catedral de Fidenza. Quiere saber de mis naufragios, pero solamente la parte en la que Troya ya está destruida. No me pregunta por España. No quiere saber nada de mi Ítaca y no se aventura a descubrir si alguna Penélope me espera destejiendo de noche una ausencia.

Es mi turno. Pongo nombre a los caminos. Desvelo el enigma de las ciudades encantadas y descifro los puertos a los que he arribado con mi bicicleta. Ella escucha en la playa de todas las llegadas. Me pregunta por qué hago este camino y noto la curiosidad en su piel erizada, tal vez por el fresco que, por fin, ha llegado a esta parte de la Toscana.

Nos quedamos en silencio. Alcínoo manda a los músicos interpretar otra pieza. Recuerdo entonces que mañana se pedalea y que Homero aún no ha terminado de escribir la *Odisea*.

Tras San Miniato el paisaje se ha vuelto más exigente. También ha ganado en belleza. Las dos circunstancias van de la mano.

Las estampas de viñedos y lomas adquieren la suavidad del terciopelo. Uno podría pensar en vivir aquí eternamente si no fuera porque a las dos de la tarde el fuego baja del cielo y se multiplica en la tierra. La vegetación resulta insuficiente para este sol implacable que no perdona a los peregrinos y evapora el agua en cada pedalada.

Cruzamos pueblos con gracia en los que no podemos detenernos. Buscamos un lugar donde resguardarnos de las horas intensas de calor, pero todos los restaurantes están cerrados. Al igual que las

iglesias, durante el verano hay localidades que se sumergen en un silencio sepulcral. Vendrá septiembre con sus vientos frescos, su aroma a castañas, y retornarán a la vida, pero para entonces ya estaré lejos y la maldición de estas palabras se quedará retumbando en las calles.

He llegado a la Toscana pura, a los paisajes pintados en cientos de acuarelas, al imaginario colectivo de esta naturaleza hecha arte y codificada en los museos. Pero todo tiene un precio. Las cuestas para ganar las colinas se empinan sin piedad. A mis pulmones les falta oxígeno para aguantar un ritmo constante en el que se corta la respiración y en la bajada no hay tiempo para recuperar. Massimiliano y Sauro también pedalean en silencio. Cerca de los viñedos hay una promesa de botella de vino. Buscamos una fracción de sombra mientras el sol abrasa nuestra piel. Esto era la belleza.

Sueñas. Sueñas con Roma. Lo haces siempre. Es tu método. El madero al que te aferras en mitad del océano. La monitora de yoga te pide que te tumbes y cierres los ojos. Te guía en la respiración y pone una música relajante. La oscuridad no te da miedo. Esta no. Dejas de escuchar su voz. Ni siquiera la música. Solamente estás tú. Concentras todo tu pensamiento en una imagen. Estás en Roma. Allí siempre has sido feliz. Los recuerdos son azules. Hay plazas soleadas, columnas esbeltas que rasgan el cielo. Una chica pasa y te sonríe. Eres joven, más que ahora. Los recuerdos se reúnen en un único punto: Piazza del Campidoglio, en la parte de atrás, junto a las terrazas que ofrecen una panorámica del foro. Esa imagen, Roma, calma tu respiración. Regula los latidos del corazón. No hay nervios

cuando piensas en Roma. Desaparece la ansiedad. Aparece, a lo lejos, el que siempre has sido, el que quieres volver a ser. Volverás, te dices a ti mismo. Vas poco a poco. Te quedas un instante más en Roma. Ahí eres feliz. No hay horarios ni dolores. Nunca has sufrido en Roma. Y te preguntas, por primera vez, por qué no recorrer sus caminos.

Conozco Castelfiorentino desde hace muchos años. De aquel verano en el Val di Chiana, en casa de Silvia, lo he olvidado casi todo. Ni siquiera retengo el nombre de la ciudad. He estado antes aquí, me digo. Conozco las curvas que dan a estas plazas, las iglesias cerradas de piedra marrón, siempre con un aire provinciano de abandono. Son imágenes que aparecen en mi cabeza.

Massimiliano y Sauro buscan un restaurante que pueda acoger lo que queda de nosotros. Los recuerdos de aquel verano también se calcinan en la memoria, bajo un sol lejano que podría velar todas las fotografías. Ahora atravieso Castelfiorentino en bicicleta, con menos certezas que hace años, buscando un refugio, deseando desprenderme de estas calles lo antes posible en mi ruta hacia Gambassi Terme. Sauro advierte en la distancia un local abierto. La salvación ha llegado mucho antes que el recuerdo.

En el palacio de Alcínoo la música ha cesado y la gente llora por el relato que acaba de contar el náufrago, ¿cuántas veces ya? ¿Ha narrado también cómo se le ocurrió la treta del caballo en la que se ocultó hasta que rebasó los muros de Troya? ¿Ha recordado el

número de las troyanas violadas y asesinadas? ¿Acaso los romances que tuvo en playas extranjeras mientras su mujer lo espera tejiendo y destejiendo su vida y su paciencia?

Alcínoo sabe que ese hombre ha sido tocado por la gracia de los dioses. Pregunta sin juzgar. Escucha sin cuestionar. A la aburrida corte ha llegado una bendición en forma de entretenimiento. Durante siglos, los aedos que accedan al palacio cantarán la historia de Odiseo, el hombre que burló la muerte en mil ocasiones y que escapó de las garras del mar otras tantas.

No hablará de Nausícaa, que escucha las historias presa del pánico. Teme ser una más, una anécdota del camino, un albergue nocturno con forma de iglesia cuya fachada es iluminada por una potente luz sobrenatural. Nausícaa oye cómo su padre se anima con el vino y, conmovido, le ofrece a Odiseo una barca para volver a su hogar. Habla de Ítaca, de sus viñedos, de sus riscos salpicados por el vuelo de las gaviotas, tan grandes como albatros.

La joven sabe que él también se marchará. Partirá al amanecer cuando los vientos cambien, justo a la hora en la que ella vuelva a la playa a lavar la ropa, y entonces el náufrago devolverá la suerte a su destino y se echará al mar, vestido, con el corazón temeroso y un recuerdo amargo, porque aquella mujer de nombre indescifrable, Nausícaa, va a pie hacia San Gimignano y él marcha en bicicleta hacia Siena. Dos caminos diferentes. Casi dos libros distintos.

La Pieve di Santa Maria Assunta se ve a lo lejos. Pero para llegar a la iglesia románica hay que ascender una cuesta exigente. Massimiliano y Sauro se quedan atrás. Su ritmo es más pausado que

el mío. Necesito imprimir ligereza a mi pedaleo. Prefiero el sufrimiento explosivo pero corto a una constante tortura bajo el sol. Respiro hondo, agarro el manillar como en los peores momentos y me concentro en la subida. A los pocos minutos domino el medio que me rodea. Es hermoso. El campo está plantado de olivos y encinas. Alguna vid se desliza sobre las colinas en un orden de escritura monástica. Me entretiene ordenar el paisaje de esta manera. He llegado a la *pieve*. Gambassi Terme queda en lo alto.

Cuando Sigerico pasó por aquí en el siglo X, probablemente existiese alguna iglesia, pues la cita en su itinerario de vuelta a Canterbury, pero no esta. La imagino de dimensiones más reducidas. La fachada, probablemente, no seguiría la estética románica, con una puerta monumental en el centro y dos pisos de arquerías de medio punto que sirven de ornamento y vanos para que entre la luz. Es un monumento dotado de la magnificencia necesaria para seguir existiendo. Rodeada de naturaleza, los árboles buscan la sombra de su fachada y crecen alrededor formando una suerte de paraíso, como si todo lo que rodeara a la iglesia estuviese tocado por la gracia de algún creador.

En el lateral del templo se abre un camino que lleva hasta el albergue. Son las antiguas dependencias del monasterio, hoy convertidas en una parada de peregrinos. Parece un hotel rural: habitaciones para tres personas que comparto con los dos italianos, duchas individuales, sala de lectura y un gran jardín donde observar en la distancia el sendero del día siguiente.

Llego cansado pero satisfecho. Me registro en la recepción y espero durante un momento en la terraza, sentado en una silla con vistas a los antiguos muros de lo que fue un claustro. Queda poco

de aquellos días. En el otro extremo, una chica lava la ropa. No la he visto antes. Tiende algunas prendas al sol. La miro, pero ella no se percata de mi naufragio.

Me fijo en el capitel minimalista de una de las columnas que separan la nave central de la lateral. La recepcionista me ha dejado las llaves de la iglesia. Ya no se practica el culto, pero está disponible para los peregrinos. He quedado con los italianos para cenar en Gambassi Terme, aunque quiero quedarme unos momentos a solas dentro del templo.

El capitel respira una simplicidad que abruma. Se trata de un rostro apenas intuido, repetido casi de manera idéntica en las cuatro esquinas de la pieza —solo uno lleva barba, lo que le da un aspecto simiesco—, con cierta ambigüedad en el gesto que denota una intención por parte del artista: dos ojos minúsculos, una nariz que nace del centro mismo de la piedra y una barbilla apenas dibujada. Los labios son una fina hendidura en la roca.

Observo todos los capiteles de las tres naves que recorren el templo. Hay representados animales que se asemejan a leones, cereales y plantas, instrumentos relacionados con el oficio de la labranza. La parroquia de Santa Maria Assunta es un compendio de lo visto en el exterior, un reflejo fidedigno del campo que me rodea.

Me acerco al altar mayor. Hay un silencio de siglos. ¿Cuánto hace que no se habla de Dios entre estos muros? ¿Cuántos peregrinos se sientan aquí a reflexionar sobre la divinidad? ¿Cuántos hombres y mujeres, desnudos de toda espiritualidad, miran los brazos de ese Cristo crucificado?

La luz entra por los vanos de la fachada e impacta de forma oblicua en el suelo de cerámica. Me siento feliz en esta paz, sin la existencia de más humanidad que las imágenes de un hombre dolorido, fustigado por los romanos, clavado en una cruz hace más de dos mil años. Me gustaría quedarme horas aquí, hasta que la noche acabe con el efecto de fuego que salpica las losas, hasta que los rostros de los capiteles no sean más que sombras. Pero ya tengo el recuerdo de este día en el futuro. Y eso es suficiente para los que tenemos sed de fe.

En Gambassi Terme la gente vive colgada de las paredes. Las rampas del 17% aquí son venas que recorren una población envejecida, uno de esos lugares sin historia en los que basta una plaza y un atardecer para justificar la vida. Camino por las mismas calles que me harán sufrir mañana. La bicicleta es dolor y fidelidad. Cuando suba las cuestas, la ciudad desaparecerá para siempre.

Me siento en una terraza junto a Sauro y Massimiliano. Hablan de hechos banales. Llaman a sus familias por sus nombres, como si fueran personajes conocidos de una novela: un hijo que ha terminado la *maturità*, una pareja que renuncia a verlo más, un libro mal puesto… Sauro es transparente; Massimiliano, callado. No sé nada de él. No habla para informar, sino por pura necesidad de comunicación. No le pregunto por pudor. Creo que no está casado. Ni siquiera tiene pareja. Dedica la mayor parte de sus horas a la biblioteca pública donde trabaja. Se le nota meticuloso. Lo imagino acariciando los lomos de los libros, haciendo de su oficio un arte monástico, medieval. Tal vez no ha nacido en el siglo correcto.

Pedimos unas cervezas mientras la noche termina por vencer al día. Las luces de toda la Toscana se encienden, como luciérnagas

extraviadas. Son como nosotros, pienso en voz alta. Ellas siguen, a su manera, el camino que las conduce a Roma. Igual que los peregrinos que hoy estamos aquí.

Bajo las cuestas de Gambassi Terme con resignación. En unas pocas horas debo rehacer este camino en bicicleta. Bajar siempre es más fácil que subir. Decirlo incluso supone un descaro dialéctico. No me gusta saber qué me depara la ruta del día siguiente. Pierde misterio. Ganan las dudas.

Llego a la Pieve di Santa Maria Assunta. Es noche cerrada, pero los focos iluminan la fachada. Parece que solamente es de día sobre su piedra. Me despido de los italianos, que se van a dormir, y decido quedarme un rato contemplando el templo, al resguardo de los olivos, e intentando invocar a una brisa fresca.

Entre las sombras, sentada a escasos metros de mí, hay una mujer. La saludo con cortesía y me acerco. Reconozco su rostro. Se trata de la chica que estaba lavando la ropa por la tarde, cuando llegué al albergue. Me dice su nombre: Nausícaa. No puedo más que sonreír por esta tradición homérica: primero Penélope, la inglesa a las puertas de Pavía, y ahora Nausícaa, el personaje que hace dudar a Odiseo sobre si volver a casa merece la pena.

No está tan acostumbrada a que reconozca a Homero tras ella. Hoy nadie lee la *Odisea*, me responde, y eso convierte su nombre en un misterio. Me invita a sentarme. Aún es temprano, me digo a mí mismo. ¿Acaso voy a poder dormir ya? Acepto y vuelvo a mirar de frente la fachada de Santa Maria Assunta. Brilla de nuevo. Ella también se fija en cómo el sol se ha escondido en su piedra.

La Nausícaa homérica entiende que Odiseo seguirá su camino. Es, tal vez, uno de los primeros ejemplos de desamor de la literatura occidental. Nausícaa ama, Odiseo recuerda: demasiada distancia entre ambos.

La joven se dirige al náufrago en términos elegantes, pero expresa mucho más de lo que dicen las palabras. Lo mira en la despedida y le dice: «Salve, huésped, para que en alguna ocasión, cuando estés de vuelta en tu patria, te acuerdes de mí; que me debes antes que a nadie el rescate de tu vida».

Nausícaa lo está condenando a acordarse de ella para siempre, incluso cuando vuelva a Ítaca y abrace a su mujer. Es una maldición de amor que liga los días homéricos a nuestra cotidianidad. Uno solo recuerda lo que pierde. Es más, no lo que pierde, sino lo que nunca llega a tener. Extraña, en el devenir de sus días, aquellas experiencias pasadas que no culminaron: la chica que coincidió conmigo en las clases de Historia de la Lengua en la universidad y de la que no tuve más que un café, la extranjera que paseaba por Gay-Lussac con un acento francés tan seductor que hubiese promovido una revolución para escucharla una vez más, la que se sentó a mi lado en un vuelo a Ámsterdam y que en dos horas me abrió su corazón y su vida…

Imagino a Odiseo caminando por los senderos de Ítaca. Penélope descansa en sus aposentos y Telémaco pasa revista a los pescadores de esponjas. En la melancolía de las tardes, cuando el héroe pasea con las manos anudadas a la espalda, no recuerda los días y noches en los que retozó junto a Circe, ni las mujeres troyanas con las que sació la rabia de diez años de guerra. Su pensamiento siempre se dirige hacia el punto exacto en el que descubrió, en una playa

perdida del Egeo, a la joven Nausícaa, la única que no tuvo, la única que no pudo estrechar entre sus brazos, porque Odiseo, en ese preciso momento, decidió poner fin al legado de su nombre y dejar de ser el aventurero que se aleja de su casa para buscar el mundo. Eligió, por primera vez, ser esposo y fiel. Por eso piensa a menudo en Nausícaa. Porque nunca la tuvo. Porque ella desmontó al héroe y lo hizo de carne y hueso.

Odiseo no menciona a Nausícaa frente a Penélope. Muchos consideran que se trata de un olvido, que la joven de Esqueria no tiene la importancia suficiente para ser invocada en las noches de amor de la pareja, pero en ese silencio hay una victoria implícita de Nausícaa. La palabra no toma cuerpo, pero el pensamiento se materializa. No puede escapar de la mente de Odiseo. En las aventuras del náufrago, de isla en isla, de batalla en batalla, el encuentro con la princesa alcanza un peso mayúsculo. No la nombra porque le duele hablar de ella. Porque sabe que Penélope notará el peso de su ausencia entre los dos.

No la ignora. Al no mencionarla la está haciendo eterna. La protege. La graba en su memoria como si fuese Troya para Helena.

Cuando leí la *Odisea*, no entendí la actitud del héroe en las playas de Esqueria. No podía comprender que abandonase a Nausícaa para volver a Ítaca con Penélope. Se abría un abismo de incomprensión en aquel lector adolescente, ante un hombre que prefería la monotonía de sus días, la vejez en un palacio lleno de telarañas, junto a una mujer más anciana que joven, aburridos ambos de contar los días como espejos multiplicados en la arena. El Odiseo

que tenía en la cabeza se habría quedado siempre junto a Nausícaa y zarpado con ella hacia otras islas, encarando nuevos retos, desafiando a las sirenas y a las olas. Ella era la vida, la sal del mar. Era un cuerpo en su plenitud. El hoy y no el ayer. La acción sin pensar en el arrepentimiento. El momento en su fugacidad y belleza. Penélope representaba ese aire viciado que generan los bostezos en pareja, el aburrimiento que mata los días y condena el futuro.

Nausícaa sigue hablando frente a Santa Maria Assunta. Me pregunta qué haré cuando llegue a Roma, si quiero que mis pasos se eternicen en este camino, si volver a casa es una opción o una condena. La miro con curiosidad. Es aún más hermosa que cuando empezamos a conversar. La noche se ha detenido, pero llevamos diez minutos bajo esta luz. Nos quedamos en silencio. El aedo se calla. La música de los danzantes también.

Me levanto y le digo a Nausícaa, mirándola a los ojos, que debo irme, que mi barco sale mañana a las cinco, justo antes de que despunte el alba, la que tiene los dedos rosados, y que sé que me esperan violentos lestrigones, coléricos cíclopes y celosos Poseidones enamorados del agua que debo surcar, pero que mi decisión la tomé mucho antes de haber partido del Gran San Bernardo.

Le deseo suerte en su camino, que salga de esta playa cuanto antes y llegue a Siena sin dolor en los pies y con felicidad en el alma. Años atrás me hubiese quedado una vida entera jugando con las olas, con la piel llena de arena, acumulando atardeceres en su espalda. Pero ahora no soy nada sin Ítaca. Tengo poco de héroe griego, pero lo único de lo que presumo, y lo pienso mientras me

dirijo al albergue por un camino lleno de oscuridad, con Nausícaa contemplando aún la noche llena de estrellas, es del lugar donde me esperan. Ya soy esa ausencia que he dejado en casa.

8

El sueño de oro

Fue lo último que leí antes de montarme en la bicicleta. Conozco a Dino Buzzati desde hace años. Me inquietó *El desierto de los tártaros*, la implacable espera de Giovanni Drogo en la fortaleza Bastiani, temiendo que el enemigo ataque a través de un desierto de silencio.

Llegó a mí por azar: un paseo fortuito por las calles de Sevilla, el escaparate de una librería, una portada con un toque *vintage*, un ciclista antiguo y el nombre del escritor en rojo: *El Giro de Italia*. Lo entendí como una señal. Lo compré pensando en una lectura futura, pero los libros eligen su momento. Lo empecé esa misma noche, cuando ya preparaba el equipaje para llevarme a Italia. Así se convirtieron en héroes Bartali y Coppi, personajes de la *Ilíada*, como los cataloga Buzzati. Me llevaba en las piernas las historias de estos hombres que en 1949 recorrieron Italia levantando un país herido, mutilado por la guerra. Había encontrado la épica de mis días en los días de otros. Y eso me sirve todavía para seguir adelante.

Me despierto sin hacer ruido. La ventana de la habitación está abierta y desde ella veo el cielo oscuro perdiendo estrellas a cada minuto. Es pronto para que salga el sol, pero la oscuridad se va disipando. Nace el paisaje ante mis ojos. Bajo la fachada de la Pieve di Santa Maria Assunta no veo a Nausícaa. No espera el naufragio de la mañana. El nuevo día ha limpiado las escenas del anterior. Solo la bicicleta permanece.

Me he acostumbrado a estar solo. Necesito alejarme de Sauro y Massimiliano, a pesar de su buena conversación. Pedalear es un ejercicio de introspección. Prefiero sufrir en soledad lo que está por llegar, sin nadie que vea mis gestos de dolor al subir las cuestas de Gambassi Terme. Les dejo una nota de agradecimiento. Tal vez nos veamos en el futuro. El camino es largo, pero solo hay uno. Todos queremos llegar a Roma.

Los primeros ocho kilómetros de la etapa son verticales. No me gusta comenzar subiendo. Sigo la carretera de Il Castagno hasta San Gimignano y me agarro a la bicicleta. No quiero mirar las primeras casas de Gambassi Terme. Llego a la plaza donde anoche bebí una cerveza contemplando las luciérnagas sobre los valles toscanos. La débil luz de la mañana ha transformado el mundo que habito. No hay ni rastro de la belleza de la noche.

Quiero acabar cuanto antes las cuestas, que la respiración me acompañe durante el tramo. Miro hacia delante y observo una curva. ¿Será el final? Cuando llego al punto exacto, la senda sigue su trazado ascendente, se vuelve a enroscar como una serpiente vieja y henchida. El paisaje prepara su espectáculo. Cobra vida. El nacimiento de una belleza sin igual.

Estoy en el reino de los cipreses. Desde hace cien kilómetros estos árboles majestuosos anuncian su dominio sobre la tierra. Hay una civilización en su perfil alargado, una moral que se desprende de su sombra. El ser humano ha escrito tratados sobre las catedrales románicas, sobre las alturas del gótico y la sinuosidad del barroco, pero ha dejado fuera de la teología a los cipreses.

Reflexiono sobre este mundo vertical mientras aprecio, todavía como una premonición, las torres esbeltas de San Gimignano. El ciclista en el que me he convertido ya ha sido advertido de los espejismos y teme confundir el ladrillo medieval con la estirpe de los cipreses. No me emociono ante la llegada a una ciudad hermosa porque aún quedan cuestas por ascender. Sin embargo, el camino hasta mi primera parada se hace benévolo gracias a estos árboles que, proyectados en el sendero con sus sombras, parecen soldados ordenados a punto de derribar los muros de un reino.

Lo apunto en mi cuaderno: «Soldados del Mediterráneo, custodios de todos los veranos». Y sigo pedaleando.

Entro en San Gimignano por la puerta San Matteo. Desde lejos, la ciudad ha aparecido como una proyección majestuosa del sol. A la par que amanecía, la vista descifraba un conjunto de murallas y torres similar a una cascada de piedra. Hoy la fortaleza parece más antigua que las colinas que la rodean y el viajero tiene la impresión de estar contemplando el fósil de un animal herido.

Es la cuarta vez que visito el *paese*. En las ocasiones anteriores he tenido la sensación de estar en un lugar sin vida. Ahora discurro por sus calles en bicicleta después de haber ganado el trofeo de sus

palazzi. Asciendo por Via San Matteo y observo los comercios cerrados. Son las siete de la mañana. Hay un breve rumor causado por los trabajadores que abastecen a los restaurantes. Todo está pensado para el turista que vendrá, dentro de un par de horas, a conocer un pueblo fantasma. Me he adelantado a la representación. San Gimignano se presenta como un lugar hermoso y aislado. Desprende una belleza inquietante que interpreta la bufonada de cada día con la llegada de los autobuses.

Busco una cafetería y me siento al fresco, en Piazza delle Erbe. Las palomas vuelan despistadas por una plaza limpia, sin migas de pan ni helados derretidos. Este mismo lugar que ahora contemplo como el paraíso se ahogará de calor a la hora punta. Mis recuerdos de San Gimignano me devuelven calles atestadas de gente, invasiones bárbaras en chanclas y camisetas de tirantes, sudor y perfume barato comprado muy caro. Es la primera vez que consigo llegar al corazón de la ciudad. Siento las ocasiones anteriores como simulacros. Visitas fallidas. A ciertos lugares se debe ir solo, cuando no hay más pasos que los imaginados. Por eso voy en bicicleta.

Marcho antes de que en San Gimignano comience la función.

Buzzati confiesa que nunca había presenciado una carrera ciclista. Sin embargo, *Il Corriere della Sera* lo envió a Sicilia para cubrir el Giro de 1949. En esa fecha, el escritor italiano ya era uno de los novelistas más reconocidos de Italia. El periódico buscó la calidad estilística antes que el conocimiento, y eso desprenden los veinticuatro artículos que componen el libro.

Buzzati habla de ciclismo como podría describir un cuadro de Rafael o una villa de Palladio. En muchas ocasiones, los ciclistas están ausentes y de su prosa nace una descripción poética que ayuda a construir un país complejo y hermoso. Sabe que los lectores buscarán ese territorio hambriento de heroicidad después de los años oscuros y cobardes que protagonizó Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Se afana en su tarea de ser cronista de un tiempo nuevo en un país viejo.

Me siento identificado con Buzzati en esa distancia que trasluce su escritura respecto al ciclismo. Hasta el mes de marzo, jamás me había interesado por la bicicleta como deporte practicable. Había una muralla troyana que me impedía montarme en una y recorrer, yo también, los caminos de los ídolos que veía en televisión. En un pasaje de extremada belleza, el escritor afirma que ha visto correr a niños que llegan tarde al colegio, a ladrones en Milán, borrascas en el cielo de su niñez, pero jamás una carrera ciclista.

Buzzati visita Palermo desnudo, preguntando a sus compañeros corresponsales el sentido de las tácticas, la longitud de las etapas y el nombre de los corredores. Yo llegué a esta Vía Francígena también con cierto aire impostor, sin reconocerme bien en el espejo cuando me enfundaba el maillot. ¿Quién es ese tipo que pretende recorrer parte de Italia en bicicleta? Era yo, pero hasta hoy no me lo he creído mucho.

Las *strade bianche* son una mitología y, como tal, necesitan de una historia que pueda contarse. Tras San Gimignano, el paisaje se radicaliza y encuentra una aspiración de belleza que el alma

agradece pero el cuerpo pena: son los caminos, las carreteras blancas, cuyo firme está compuesto por lo que conocen los italianos como *sterrato*: piedras minúsculas del color de la leche que provocan derrapes y generan un polvo denso que apenas deja respirar. Además de estos inconvenientes, está la dificultad añadida de su orografía: recorren las colinas sin importar la altitud, no se enroscan como carreteras normales, siguiendo unos parámetros determinados estudiados por la ingeniería. Al contrario, están por encima del paisaje. La consecuencia es un sufrimiento extremo, porque las cuestas alcanzan el 12% de desnivel en una sucesión trepidante de pendientes que suben y bajan. Al cuerpo no le da tiempo a reponerse del esfuerzo cuando ya debe pedalear de nuevo para coronar otra cima. Un rompepiernas creado para que lo recorran cabras de pasos lentos, no ciclistas. Pero el ser humano es tan osado que le robó el fuego a los dioses y se puso a andar por sus caminos.

Cuando las *strade bianche* tienden a la horizontalidad, devuelven al viajero una vista que conmueve. Me refiero a los prototípicos paisajes toscanos. Pero recorrerlos es una historia bien distinta. Cuando un coche quiere acceder a una de las villas en lo alto de una colina, el polvo blanco se mete en los pulmones. El aire se suspende durante minutos y sigue la estela de las ruedas. Al ganar las calles de un pueblo, soy un hombre cansado y sucio, como si me hubiese enfrentado a los tártaros. Y no. Solo he montado en bicicleta durante unos kilómetros.

A finales de los años noventa, la nostalgia se impuso sobre las *strade bianche*. Aquel intento de devolver el pasado a los caminos de *sterrato* lo llamaron «L'Eroica»: una carrera por la Toscana cuyos participantes debían aportar la prueba de la melancolía: bicicletas de época. Las sendas de grava blanca se adaptan muy bien al recuerdo. Lo pienso mientras contemplo los campos cultivados de cereales tan verdes como los ojos del verano. Por esta región no pasa el tiempo. Sus pueblos se han solidificado en estampas de murallas hechas de barro cocido. El perfil de los hombres que saludan al viajero, quitándose el sombrero de paja y agitándolo al viento, me retrotrae a una vida pasada.

Ese fue el espíritu que impulsó, en 2007, la creación de la carrera ciclista llamada «Strade Bianche». La burocracia del deporte otorgó un nombre al Olimpo del ciclismo y baldosas de mármol a los valles toscanos en busca de una esencia fabricada con aire blanco y polvo de victoria. La Strade Bianche la han ganado Fabian Cancellara, Julian Alaphilippe, Mathieu van der Poel y Tadej Pogačar. Alejandro Valverde se ha subido tres veces al podio, con las piernas llenas de heridas y el alma pálida de respirar *sterrato*.

No es fácil recorrer un sendero tan celebrado. Al igual que los aficionados que suben en el mes de agosto el Alpe d'Huez o el Mont Ventoux, siento una responsabilidad moral al trazar las curvas, al escalar las incesantes rampas que me dejan en la garganta un dolor difícil de compartir con el pedaleo. En las *strade bianche* no se pasea. Solo se peregrina.

El recorrido empieza y acaba en Siena, en la Piazza del Campo. Durante un día, la plaza de los caballos veloces se torna un velódromo del siglo XIII. Mis kilómetros de hoy finalizan precisamente

ahí, con menos público, con menos ruedas que esquivar, pero con la misma cuesta final, a pocos centímetros del sol.

El Giro que escribió Buzzati parece una relectura de la *Ilíada* sobre dos ruedas. No fue un año cualquiera. Se enfrentaron los dos colosos del ciclismo italiano de los años treinta y cuarenta: Gino Bartali y Fausto Coppi.

Bartali, al que Buzzati identifica con Héctor, había ganado tres Giros y dos Tours de Francia. Había sido el ciclista estandarte de un régimen, el fascista, deseoso de exponer héroes en el escaparate europeo. Mussolini presumió de sus piernas como prototipo de la buena raza italiana. En el otro lado, en las playas de Troya, fuera de las murallas, Buzzati presenta a Coppi como un Aquiles.

Todos sabemos cómo acaba la guerra de Troya y qué sucede con el cuerpo de Héctor tras la batalla. Buzzati no reinterpreta el mito, sino que nos lo acerca. Leo un fragmento en voz alta mientras descanso, aún distante de Siena. Lo anoto en el cuaderno. Me fascina este pensamiento y siento que lo llevo dentro de mí. Dice así: «¿Para qué sirven los llamados estudios clásicos si los fragmentos que nos quedan no entran a formar parte de nuestra efímera vida?».

No sé leer la vida de otra forma. En aquel Giro de 1949 se enfrentaron dos estados del alma: Bartali representaba el reino absoluto de la victoria, la arrogancia de quien no sabe lo que significa perder; Coppi asume en su figura la rabiosa juventud, el regicidio, la soberbia de derrocar el pasado.

Por un momento creo que aquel Giro se disputó en la geografía helenística, esas villas pobladas de acrópolis y acantilados azules. Buzzati es un aedo de otro tiempo, un colono que ha venido desde una isla del Egeo para cantar las victorias y derrotas de unos hombres subidos a una bicicleta. Presenta a los guerreros. Sus escudos relucen. Sus espadas brillan al sol como espejos de plata. Y comienza la carrera. Cae el sol por detrás de este ciprés manchado de arena blanca hasta en la copa.

A Colle di Val d'Elsa se accede por unas cuestas suaves que se agarran al recuerdo de la piel y entorpecen el pedaleo. Sus calles recuerdan a nobles medievales, escultores que dejaron el bullicio de Florencia para explorar los paraísos a baja escala. La Piazza Arnolfo di Cambio reúne todas las características que le sirven al ser humano para renunciar a la vida y enclaustrarse en esta belleza de muros tímidos: palacios coloridos y ajados por el tiempo, torres esbeltas que no necesitan la envergadura de San Gimignano y un silencio clamoroso que desprecia el ritmo de los turistas.

Otras tentaciones adquieren nombres también seductores para quien está cansado de pedalear. Cruzo Strove y Abbadia a Isola, ambos simulacros de lo que será Siena en unas horas, con sus iglesias de piedra perfectamente labrada, sus terrazas abiertas a la sombra y las plazas que duermen bajo la brisa de la historia, porque aquí no les hace falta un Garibaldi o un César para continuar respirando.

Tal vez por haber pecado demasiado debo renunciar a la última capitalidad de mis debilidades. Se llama Monteriggioni y hasta su

fortaleza se llega por una camino *sterrato* que supera el 15% de desnivel. Estoy cansado, lo admito, por eso debo poner pie en tierra y reflexionar fríamente sobre mis límites. Mirando el perfil del castillo desde esta bóveda de bosque asumo que no podré subir, que renunciaré a sus torres, sus plazas, que para mí no tendrán más forma que la imaginada, y que con este fracaso limito mis ambiciones, pero salvo la vida.

Crees que lo has superado. Tus amigos te ven mejor. Te animan. Tu novia está a punto de convertirse en tu mujer. Todo pasa muy rápido. Ves tu libro en las librerías, en los escaparates. Lo intuyes en las estanterías con disimulo. Que nadie vea que te estás buscando a ti mismo. Has perdido seguridad. Ahora dudas. Dudas donde antes no dudabas. Eso te obsesiona un poco. Vas de una ciudad a otra. Viajar se ha convertido en una nueva fase de tu vida. Por las mañanas impartes clases. Por las tardes coges un avión, un tren. Siempre al borde de perderte algo. Concedes entrevistas. Hablas con escritores que siempre has admirado. Eliges la ropa que más te favorece. Sonríes. Recibes las preguntas del periodista como si nunca te las hubieran hecho. Temes los auditorios vacíos. Te da pavor que tu libro deje de ser leído. Te ha costado mucho llegar hasta aquí y todo pasa muy rápido. ¿Lo estás disfrutando? Echas de menos escribir. Echas de menos sentarte, parar, respirar, relajarte. ¿Cuándo fue la última vez que no hiciste nada? Tu psicóloga te lo ordena: deja los libros en casa. Deja el móvil. Siéntate en una terraza y simplemente pasa la tarde. Observa a la gente caminar. Despreocúpate de las horas. Pero eres incapaz de hacerlo porque

siempre llegas tarde a todo: a tu matrimonio, a tus clases, a tus amigos, a los futuros libros que algún día pretendes escribir. Y te sientes agotado. Nunca has estado tan cansado. No puedes más. Vuelve el nudo en la garganta. La ansiedad acecha. Sabes quién es. Cómo se comporta. Lo ganado en un año corre peligro de venirse abajo. Es Navidad. Paras. Estás exhausto. Pasas las vacaciones enfermo, en la cama. Y la fiebre te salva de seguir pensando.

La geografía ha renunciado a mostrarme el horizonte. Jamás he vivido el paisaje como ahora. Las colinas sienesas no dejan espacio para mirar al futuro. En el puerto de la Cisa, los kilómetros se anunciaban con descaro. Bastaba echar una ojeada por encima del manillar para entender el sufrimiento necesario hasta llegar al final. A Siena se la ve cuando estás justo debajo. Las horas pasan y el calor aumenta. La ciudad, sin embargo, sigue oculta. Engaña a los sentidos. No aparece tras esta colina. Tras la siguiente tampoco. Pero cuando he perdido la esperanza, brilla el sueño de oro.

Accedo por la Porta Camollia y me sumerjo en un tiempo de esquinas engalanadas. Avanzo por el esplendor de Via Montanini, con sus comercios en portales de roca, las terrazas de sombrillas elegantes y turistas que se sorprenden ante mi paso. Conforme me acerco al corazón de la ciudad, se hace más insoportable mi presencia aquí. No es el siglo de las bicicletas, pienso mientras renuncio a pedalear para no atropellar a algún turista que moriría, el pobre, sin saber quién fue Duccio di Buoninsegna y qué hizo en el *duomo*. Por Via Banchi di Sopra llego hasta la Piazza Tolomei, con su loba romana amamantando a dos niños perdidos en el río. Recuerdo

la vieja leyenda sienesa que pretende competir con la romana: tras el asesinato de Remo a manos de su hermano, Aschio y Senio, sus hijos, huyen al norte y fundan Siena. Hoy los turistas abrazan la columna creyendo encontrar en la piedra erguida un poco de sustancia fratricida y de sabiduría escondida.

A los pocos metros el gentío se vuelve irrespirable. Me siento despojado de mi trono. En una cultura que ensalza a las ciudades, pedalear aún no está bien visto, pero ocupar el espacio público, ir sin camiseta y derramar helado sobre un bloque de mármol de mil años de antigüedad se celebra. El cansancio me impide rebelarme contra la imposición de los tiempos modernos. Llevo muchos kilómetros en las piernas y me digo a mí mismo: mi reino no es de este mundo. De este mundo, claro, el de las colas y el de las chanclas. Es entonces cuando llego a Il Campo y veo la torre del Mangia, su sombra proyectada como un ciprés endiosado sobre la piedra terracota de la plaza. La belleza del lugar aplaca cualquier intento de rebelión. Vine a Italia para vivir momentos como este. El Dios en el que quiero creer construía así las ciudades.

Los ciclistas salieron de Palermo para iniciar el Giro de 1949 como «los Mille» de Garibaldi para inventar un país llamado Italia. A finales de los años cuarenta, la guerra había destruido buena parte del espíritu y del patrimonio que habían visto los soldados de camisas rojas desembarcados en Marsala. Por eso la carrera ciclista pretendía también levantar el ánimo de un país que, aunque joven en lo político, ya contaba con demasiadas heridas sin cicatrizar.

Buzzati escribe sus crónicas del Giro como quien presupone que la historia lo leerá con grandilocuencia. Dice que, al paso del pelotón por Cefalú, los ciclistas ignoran el *duomo* y los demás monumentos. Los aficionados incluso se olvidan por un momento de que la imperiosa catedral preside la plaza y domina el Mediterráneo porque Bartali y Coppi están a punto de aparecer.

Mi forma de entender la bicicleta es distinta, por supuesto. Para mí el camino también sirve como medio para llegar a la belleza, para abrazarme a las obras que durante siglos el ser humano ha descifrado en los avatares del tiempo. La misma tierra que ha manchado mi cuerpo, la que se compacta y forma el *sterrato*, sirvió también para mezclar los pigmentos empleados en *Eneas Silvio Piccolomini parte al Concilio de Basilea*, de Pinturicchio, para esculpir el san Pablo de Miguel Ángel y para elevar hasta el cielo el verde oscuro y el blanco del mármol que convierte la fachada de la catedral en una de las más hermosas del mundo.

No comprendo el pedaleo sin una recompensa espiritual o estética, ya sea en la naturaleza o en el arte. Es mi competición, la fuerza que me impulsa a seguir adelante, a llegar a Roma. Si hubiese tenido la oportunidad de hablarle a Buzzati, le habría reclamado mi parte con cierta indignación. Los ciclistas, le habría dicho, son pasajeros. Se van. El alma y el arte quedan. Vendrán otros Giros, pero el *duomo* de Cefalú seguirá ahí. Y si no permanece es porque el mundo que lo ha dejado caer no merece ser recorrido, ni siquiera en bicicleta.

Escucho en la mesa de al lado a dos españoles discutir sobre si Siena es más hermosa que Florencia. Apuro mi plato de pasta y bebo una cerveza en la Osteria Il Grattacielo, bajo una bóveda que me protege todas las veces que visito la ciudad.

A mí me parece una cuestión histórica. Siena pertenece al ámbito de lo medieval y, por lo tanto, se presenta recogida, tímidamente bella. Hay que recorrerla para descubrirla. Florencia es descarada, renacentista. Muestra y no esconde. Para un peregrino, Siena representa un hogar; Florencia, un exceso.

Encuentro a un chico frente a la basílica de San Clemente, también conocida como Santa Maria dei Servi. Ambos nos vamos a alojar en el monasterio. Lo veo dibujar la fachada bajo el álamo que la escolta. Se llama Antoine. Me dice que ahora que ha encontrado la inspiración no puede parar de esbozar las líneas.

Me siento a una distancia prudencial y calculo su edad. No debe de pasar de los veinticinco años. Hay cierta impostura en todos los giróvagos que encuentro por el camino. Su forma de estar en él es un artificio, como el ciclista adolescente con el que hablé en la Cisa y que quería ser actor. Concluyo que Antoine recorre el mundo con altas dosis de superficialidad. Un artista sin arte. Llevo los suficientes kilómetros a cuestas como para elegir mi dosis de escepticismo.

Solamente me hacen falta diez minutos para darme cuenta de que me he convertido en un cretino. Antoine lleva la bicicleta cargada con muchos bártulos. Más de cuarenta kilos, me dice. Terminó hace unos meses ingeniería aeroespacial en Toulouse y necesitaba pensar antes de involucrarse para siempre en el mundo de los números y las hipotecas. Su proyecto no se basa solamente en la contemplación. Está grabando un documental sobre cómo el ser

humano interactúa con las energías renovables. En sus alforjas guarda cámaras de alta resolución, drones y libros con los que reflexiona sobre el mundo que nos rodea.

Salió de su Nancy natal a Santiago de Compostela. Pero el camino se le quedó pequeño. De allí partió a Lisboa. Después a Barcelona, atravesando la Meseta en primavera. Cruzó el sur de Francia y llegó a Roma. Ahora está volviendo a casa a paso lento, disfrutando de las ciudades que encuentra en el camino, con la misión cumplida y la conciencia tranquila de quien ha vivido. Me lo confiesa: «Pepe, j'ai vécu».

Su próxima parada es Florencia. Los caminos de la bicicleta se multiplican. La Vía Francígena es solamente un fino hilo en la telaraña que es Europa. Hay caminos espirituales, religiosos, deportivos, y otros hechos a voluntad del individuo, como el de Antoine.

Abren la puerta auxiliar de la iglesia. Nos internamos en el claustro del monasterio, pero nos advierten de que no hay agua. Aceptar esta premisa medieval es demasiado. Para un peregrino moderno, la higiene se eleva a la categoría de necesidad. Salimos del monasterio a pleno sol, arrojados de un paraíso que apenas hemos podido tocar con la punta de los dedos. Donde hay un claustro, hay belleza, me digo a mí mismo, pero los ríos del Edén se han secado.

Sor Anna supera los ochenta años. Ha sido nuestra salvación, a pocos metros del lugar en el que fuimos condenados a la vida errante. En Via del Sole se encuentra el convento de San Girolamo.

Una llamada de teléfono desveló una voz enérgica de edad ancestral.

Camina con una muleta y mantiene la puerta de la cancela abierta con esfuerzo. Antoine introduce su pesada bicicleta en el recibidor y después hago yo lo mismo con la mía. Hay un claustro minúsculo, de factura moderna, lleno de plantas. Sor Anna me dice que ella misma las riega todas las tardes al caer el sol. Les ha puesto nombre. Algunas tienen más años que fe.

Busca un asiento para inscribir nuestras credenciales de peregrino en su registro. Lleva toda la vida girando por el mundo, me dice; para ella, es la provincia eclesiástica de Siena. No necesita más, confiesa. Hay viajeros que dan la vuelta al planeta, pero ella conoce la esencia de los hechos a través de la observancia. Es una persona inteligente y eso le hace callar lo que ve y ser escueta en sus reflexiones.

Bromeo con ella sobre los kilómetros que ha hecho en bicicleta, en su juventud, un tiempo en el que los conventos eran fuente de algarabía y no hospital de soledades. Me mira con ternura. Albergan algo familiar sus ojos verdes. No me habla de Dios cuando toma mi credencial y la examina. No pregunta sobre la motivación espiritual de mis pedaleos. Su hospitalidad es sincera. Su amor por los demás se manifiesta con discreción. No le interesa saber si dudo, si rezo a un Dios misericordioso antes de dormir o si a cada kilómetro me alejo más de las certezas y me acerco al abismo del silencio. Si la religión fuese como sor Anna, sería un devoto comprometido. Un soldado a su servicio.

Sube las escaleras hasta el tercer piso. Vaticina que dentro de poco no podrá hacerlo. Entonces utilizará su voz y gritará tan fuerte

que temblarán los cimientos del convento de San Girolamo. Comparto habitación con Antoine, una humilde estancia con lavabo y dos camas. Tenemos una zona para desayunar. Todo lo pone el convento. Por la mañana, habrá una caja metálica a la salida. Si gustamos, nos dice, podemos dejar algo de dinero para ayudar a los próximos peregrinos.

Sor Anna se despide y nos emplaza a llegar antes de las once de la noche. No se acuesta hasta medianoche, por si nos distraemos por las calles de Siena. Pero su palabra es evangelio para nosotros. Le prometemos cumplir el horario impuesto por sus dolores de huesos. No duerme, nos confiesa. Se queda pensando en su infancia y en Dios. Tal vez sean la misma sustancia, le digo, y baja las escaleras casi convencida de que lo que he dicho es cierto.

Hay un concepto en Buzzati con el que me siento plenamente identificado: la concepción de Italia como una mitología, como un país riguroso en la exageración, disconforme con la realidad. Solo una persona que ha perdido el juicio podría recorrer Italia en bicicleta, dice en cierto momento, y estoy de acuerdo con él. Tanto que soy víctima de este embrujo.

Buzzati describe al pelotón a través de la geografía mientras la vida cotidiana sigue su curso y se detiene, tal vez durante dos segundos, para contemplar el espectáculo ciclista. Una manada de caballos se desboca en un campo, asustada por el ruido de las ruedas. Una chica sale al balcón de su casa con vendas en las manos porque ha recibido los estigmas de Cristo, como el padre Pío

de Pietrelcina. Los enamorados esperan a sus novias en el punto en el que el pelotón hace volar una sombrilla. Hechos que conforman la historia de Italia, en silencio, sin levantar polvo del suelo ni derramar vestigios de plomo.

Así me siento yo al recorrer este país al borde de la histeria. He llegado hasta el fondo de su ser y me he convertido en parte del engranaje histórico que ha creado el atardecer de oro de Siena, los caminos de tierra blanca, el *duomo* de Fidenza y los campesinos que miran impasibles cómo pasa la bicicleta, como si un ejército de sombras disipase una luz rebosante de espíritu. Formo parte de esa vida, tal y como escribió Buzzati.

Le he prometido a Antoine que le gustarán los negronis. Nunca los ha probado, así que salimos del convento de San Girolamo buscando un bar. Me cuenta que tiene veintitrés años. Me habla de Camus y Ernaux, de cementerios, de política. Yo no he leído a Ernaux, pero Camus es parte de mi juventud. De él he leído con felicidad muchas páginas que contienen el mejor de los veranos. Antoine siente fascinación por el autor nacido en Dréan.

Llegamos a la Piazza del Mercato y nos sentamos en una terraza. Al fondo se distingue el inicio del barrio judío, la sinagoga deshabitada y la torre esbelta de San Clemente. Tras ella, las colinas siguen su discurso de sendas blancas.

Antoine dispone de la humildad requerida para saber escuchar. No siento que exista una gran diferencia entre nosotros. Sería mi amigo en España. Se lo digo y me sonríe con mucha espontaneidad. Es más, siento la necesidad de mantener este lazo con él, de escribirle

de vez en cuando, de recomendarle libros y dejarme llevar por sus consejos literarios.

Mi francés fluye como hacía tiempo que no sucedía. Me gusta desempolvar esta vieja lengua elegante que en mis labios siempre sonará forzada. Pero el negroni desprende rápido su capacidad políglota y la conversación discurre con soltura.

Me habla de su confusión en el ámbito político. Sabe que el tránsito natural entre la extrema izquierda y extrema derecha no tardará en llegar. Ha experimentado en los últimos años un cambio en sus creencias más radicales. Como buen estudiante del sistema educativo francés, ha querido cambiar el mundo en mocasines, pero a estas alturas ya sabe que bajo los adoquines no hay arena de playa, sino *sterrato*. Me pregunta por mi experiencia política, por mis ideas. Le digo que mis creencias se basan en que Camus siempre tenía razón: cuando era comunista y cuando escribió sus criticados artículos contra Stalin.

En el tercer negroni decidimos volver con sor Anna. Antoine llegará lejos. Con o sin bicicleta, porque alberga en su interior algo imprescindible para no caer nunca: es honesto consigo mismo y su conciencia prevalece sobre sus ideales. Estamos sentados ante la fachada del *duomo*. Contemplamos en silencio las líneas góticas de sus arquivoltas y óculos, el sol verdoso que da la bienvenida al visitante, las columnas que estiran el nombre de María hasta el cielo, multiplicado en el mármol en cientos de esculturas, y en el vidrio de los ventanales, como un mar detenido durante siglos. Los tres mosaicos apuntan al oro hasta llevarlo al territorio del sueño.

Falta poco para que anochezca. Eso provoca un incendio en los mosaicos, allá en las alturas. En este preciso instante, Jesús bendice

a la Virgen y a los discípulos. Cobran vida. Es el sol y su último acto sobre la ciudad. En eso consiste el sueño, le digo a Antoine: los vestigios del pasado acuden a su encuentro con los vivos.

Buzzati se aburre porque hasta la etapa decimoséptima Bartali y Coppi se comportan como meros invitados al Giro. Reservan sus fuerzas, miden sus ritmos, por eso el corresponsal de *Il Corriere della Sera* describe las noches de hotel, el público enfervorecido que abarrota las plazas, el alimento de los corredores y los cotilleos de unos hombres que durante los meses de mayo y junio son tratados como dioses.

Pero llegan los Alpes en la etapa que une Cuneo con Pinerolo. Ya no hay escapatoria para los grandes. Bartali asciende lleno de dudas; Coppi, dispuesto a revertir el curso de la historia. La tarde huele a regicidio, a golpe de Estado en las tiranías del ciclismo, a nacimiento de ídolos y sepultura de dioses.

Coppi vence la etapa y le saca doce minutos a Bartali. El héroe del ciclismo italiano ha sucumbido ante el príncipe. Coppi, con su rostro quemado por el sol, sabe que no solamente ha hecho historia en las montañas del Giro, sino que ha invertido su curso para siempre. Es David volviendo de la llanura con la cabeza de Goliat entre las manos.

Buzzati no se detiene mucho en el triunfo. Observa cómo Bartali sonríe al cruzar la meta. Ha entendido que ha perdido algo más que la carrera: su posición en ese deporte. Su lugar en la historia. Se ha liberado de un peso más doloroso que la muerte: la victoria. En la derrota ha comprendido que el hombre puede caer y que no duele.

Lo que le dolía a Bartali era ganar siempre. Su miedo residía en el futuro fracaso. Ahora que lo prueba sabe que también es dulce, pues él es un hombre: se había cansado de ser un dios.

Le cuento a Antoine el viaje con mi padre el año pasado por el sur de Francia, preparando un libro cuya historia habla de mi familia. Le describo Lourmarin, su cementerio con aires mediterráneos y la tumba de Albert Camus, una lápida de piedra tosca hendida de la misma manera en que las gaviotas arañan la arena de la playa.

Antoine se revuelve. Algo le quema por dentro. Me dice que Camus no está enterrado ahí. Se lo rebato: «He visto su tumba, Antoine, estoy seguro», insisto. Pero él lo niega. Lo busca en internet. Claudica. Se siente desolado. Me explica que pasó por Lourmarin en las primeras etapas hacia Santiago. Se paró a comer, pero no visitó el cementerio. Noto la rabia en su rostro. No es culpa de su juventud, sino de su apasionamiento. Me resulta de una ternura inteligente.

Antes de cruzar la puerta del convento, le digo que el final de su camino debe ser Lourmarin, frente a la tumba de Camus. Esta será su última peregrinación, el momento en el que se baje de la bicicleta y no pedalee más.

Sor Anna abre la puerta. Antoine asiente emocionado. Ha descifrado el resto de su camino.

Buzzati finaliza *El Giro de Italia* comparando a los ciclistas con Quijotes. Me emociona el símil y me anima a seguir pedaleando. Lo llevaré pegado a la piel cuando la ruta hacia Roma se llene de gigantes y galeotes.

Ese año de 1949, Coppi gana también el Tour, y se convierte en el primer ciclista en conseguir ambos trofeos en un mismo año. Vence en dos Giros más y en otro Tour, así como en un campeonato del mundo de ciclismo en ruta. Con cuarenta años, en un viaje a África, enferma de malaria y muere. Cinco Giros y dos Tours hicieron de Coppi, siguiendo la comparación de Buzzati, un Aquiles de la bicicleta. Coppi obtuvo la mayor de las famas, pero cumplió el pacto con su destino y murió pronto. Demasiado pronto.

Bartali no volvió a ganar nada desde aquella derrota en La Madeleine y Montgenèvre. Como no era Aquiles, tuvo una muerte plácida a los 86 años. Su época de gran ciclista había acabado y Coppi había certificado la extinción de sus días de gloria.

«No te rindas, bicicleta», dice Buzzati antes de guardar silencio. Lo anoto. Y hago de mi camino una extensión de su libro.

9

Los caminos de la vida

Antes de su derrota en los Alpes ante Fausto Coppi, Gino Bartali era un héroe. Un héroe difuso, más bien, que se movía en el claroscuro propio de los tiempos. No hubo un ciclista mejor en los años treinta. Pero aquella década infame (solo superada por la siguiente) no resultó propicia para los paseos en bicicleta.

¿Quién fue Gino Bartali? Los italianos de aquellos años pensarían en él como en un ser sobrenatural, la prolongación del *duce* sobre el asfalto: Mussolini había encontrado la fórmula para montar al fascismo en bicicleta. Italia triunfaba en el mundo gracias a gente como Bartali. ¿Pero qué pensaba él de todo aquello? ¿Se sentía cómodo rodeado de camisas negras? ¿Acaso su labor no consistía en pedalear y llegar el primero a la meta? ¿Cómo ser solo un ciclista cuando Europa se había convertido en un campo de batalla?

Siena amanece con un tono anaranjado. Parece el atardecer, le digo a Antoine, que hoy se quedará descansando antes de emprender la ruta hacia Florencia. Me despido pidiéndole el número de teléfono. No responde a un gesto trivial. No lo he hecho con ninguno de los

peregrinos con los que me he cruzado. Pero Antoine es diferente. Tengo especial interés en saber cómo afrontará sus caminos y me intriga la imagen final de su camino ante la tumba de Camus. Me dice que tenga cuidado con las *strade bianche*, que me detenga en un sendero concreto, antes de San Quirico d'Orcia. Aspiro a llegar hasta Radicofani. Casi cien kilómetros de polvo, que ya me pesa demasiado. Quisiera huir de esta mitología, le digo, y Antoine se queda tumbado en la cama.

Salgo de Siena antes de que sus calles vuelvan al oro de los mosaicos antiguos. A lo lejos, entre la bruma, aparecen las primeras cuestas. No se distingue el polvo blanco de la niebla.

Si en el camino hasta Siena predominaban las *strade bianche* con tramos de asfalto, el curso de la ruta hacia el sur se ha desprendido de cualquier vestigio moderno: los senderos solo se visten de arena blanca y grava. La pendiente de las colinas se acentúa y la vegetación escasea. El reloj no marca aún las siete de la mañana, pero presagio un día caluroso.

Atravieso las Crete Senesi y el paisaje que desborda mis ojos. Se compone de suelos arcillosos. La gente del lugar llama a este lugar «il deserto di Accona», otorgándole a la geografía varios peldaños de leyenda. Es un lugar hermoso e inquietante. No hay coches porque las carreteras no sirven para llegar a los núcleos poblacionales. Hay alguna villa desperdigada en lo alto de las colinas, un río con el agua suficiente para refrescar la vista y municipios antiguos hechos de piedra vieja, casi negra, calcinada por el sol. La belleza distribuye el espacio, sí, pero cuesta más alcanzarla. Me sobran kilómetros y los pueblos en los que descanso ya no me maravillan. Hoy he llegado al punto temido desde el inicio de mi peregrinación: me había dicho

que cuando perdiera la capacidad de sorprenderme, debería dejar la bicicleta.

Pero me doy aún una oportunidad. Antes de que el sol decida por mí.

Luca está sentado mirando la fachada de la Torre Cívica en Buonconvento. Parece hipnotizado, o tal vez cansado. Me llaman la atención los rasgos estilizados de su cara, como si llegar hasta aquí desde Ginebra no hubiera supuesto ni el más mínimo esfuerzo. Me dice que tiene orígenes italianos, pero apenas habla la lengua. Pasamos al francés. Las facciones griegas de su rostro y la bicicleta estilo retro me recuerdan a Timothée Chalamet interpretando a Elio en *Llámame por tu nombre*.

A Luca lo invitaron a una boda en Sicilia y decidió acudir en bicicleta. Como un personaje de Fellini, recorre el país que un día fue de su familia y al que apenas ha prestado atención. No responde al nombre de peregrino. No hay búsqueda, ni vacío. Pedalea mucho más ligero que yo.

Lo animo a que entre en el interior de la torre. Le propongo ser el custodio de su bicicleta. Mientras escala los peldaños, imagino un viaje a Sicilia junto a él. En las calles de Buonconvento el sol no puede entrar. Su trazado medieval me protege del calor. Bebo agua. Pequeños placeres de un peregrino. El edén durará hasta que Luca baje de la torre. Mientras tanto, cierro los ojos.

Gino Bartali murió en el año 2000 de un ataque al corazón. Tenía 85 años y sus ojos habían visto la mayor parte del siglo xx, con su horror y su gloria. Después de la Segunda Guerra Mundial, había competido al máximo nivel y ganado el Tour de Francia en 1948, once años después de su primera conquista. El mundo había cambiado, sí, pero él seguía venciendo, hubiese guerra o hubiese paz.

Tras su retirada, entrenó a equipos italianos. La gente olvidó los años del fascismo y Bartali recibió el reconocimiento de todo un país, que lo convirtió en un mito de las montañas. Pero el ciclista escondía una historia.

Su hijo Andrea descubrió, años después, un diario escrito por su padre donde relataba lo sucedido durante la guerra. En su mente comenzaron a conectarse voces de la infancia, historias escuchadas a media luz y testimonios de personas que lo habían conocido en los años cuarenta. El diario revelaba un Gino Bartali diferente al que la posteridad retrataba en los libros. Y el mundo debía conocerlo.

Torrenieri es una localidad anodina, pero sirve de último enlace antes de ascender a San Quirico d'Orcia. Leo en la guía que el camino combina el *sterrato* y el asfalto a partes iguales. Me miro las piernas: parecen dos bloques de mármol heridos.

Antes de emprender la marcha, encuentro a una peregrina despistada. Mira el GPS de su móvil e intenta buscar una señal que determine su dirección. Se acerca a mí y me pregunta. La informo de la ruta correcta. Hasta San Quirico solamente existe una calzada que compartimos caminantes y ciclistas. No tiene pérdida. Pero ella

no se fía demasiado. Busca otra persona que confirme sus sospechas. No le basta con mi palabra ni con mi cuerpo magullado, experto ya en caminos ciertos. Tal vez no nos veamos en Roma.

Estoy sentado en la calle esperando a que el mecánico termine de revisar la cadena. En San Quirico d'Orcia, la bicicleta ha dejado de responder. Es el primer contratiempo. El primer fallo mecánico a apenas doscientos kilómetros de Roma. ¿Podré continuar?

Antonio es un anciano cuya afición por la bicicleta hay que buscarla en décadas pasadas, no en esta. Revisa con una mano el mecanismo de los piñones, los dientes en los que se ajusta la cadena. Inspecciona sin pasión los pasadores, los rodillos y las placas, todos términos que desconozco y que he debido buscar para escribir estas notas. Fuma un cigarrillo que aprieta con los dientes para no mancharlo de aceite. Expulsa el aire sobre el plato de la bicicleta, como espantando un mal de ojo que la peregrina de Torrenieri me hubiese echado.

Mi relación con la bicicleta es básica. Yo pedaleo, ella me lleva. Desconozco más funcionamiento que ese pacto tácito entre los dos. La mecánica es un lenguaje ajeno a mí, al igual que la física y el alemán. No me he preocupado de aprender conceptos básicos más allá de solucionar el entuerto de una cadena fuera de su eje o de inflar las ruedas con una bomba que llevo atada al sillín.

Un matrimonio que supera los setenta años espera su turno. El marido me cuenta que siempre han viajado juntos por Italia. No hay iglesia a la que no hayan entrado ni valle que no hayan atravesado montados en bicicleta. Pero la edad no perdona. Me lo confirma ella,

que siente un dolor en la espalda que solamente languidece cuando pedalea. Ahora han optado por una eléctrica. Hay que pedalear también, se justifica él. No les digo que me parece admirable esta forma de compartir el amor y de aferrarse el uno al otro a través del paisaje. No les confieso que jamás podré hacer tantos kilómetros como han hecho ellos y que durante esta peregrinación me he sentido muy solo; una soledad buscada, sí, pero excesiva.

Antonio aplica un poco de grasa al engranaje. Me dice que está todo listo, que con los retoques que le ha dado podré llegar a Roma sin problemas. Incluso ir y volver varias veces, me asegura. Le pago el trabajo correspondiente. Ni siquiera responde a mi despedida.

Me quedan 37 kilómetros hasta Radicofani, el punto final de las *strade bianche*. Es mediodía, el momento más alto del sol, cuando la sombra se convierte en un privilegio que no me he ganado.

La Red Assisi fue una tabla de salvación para cientos de judíos italianos durante la Segunda Guerra Mundial. Desde el monasterio de San Francisco, en Asís, el obispo Giuseppe Placido Nicolini y el sacerdote Rufino Nicacci crearon una organización secreta que ponía a disposición decenas de monasterios y conventos para ocultar a familias judías. Se servían de un acuerdo según el cual las fuerzas militares no pueden acceder a los dominios de la Iglesia. A partir del año 1943, encomendaron al padre Aldo Brunacci la logística necesaria para rescatar a ciudadanos judíos. El plan consistía en darles un pasaporte falso y refugiarlos en inmuebles eclesiásticos hasta que concluyera la guerra.

La posibilidad de fracaso era elevada. Había miles de identidades difusas, perdidas en las provincias italianas, de norte a sur. Muchos judíos ya habían sido deportados a los campos de exterminio. Aldo Brunacci se valió de informadores que exponían sus vidas a la detención y ejecución por unos caminos atestados de soldados nazis. ¿Cómo desplazarse por Italia con documentación comprometida?

Entonces, el arzobispo de Florencia, Elia Angelo Dalla Costa, se puso en contacto con Bartali. Lo llamó al palacio arzobispal, pongamos por caso, y le habló de la vida humana, de las exigencias de la época, de los trenes que salían al alba para volver vacíos. Historias grotescas de unos tiempos terribles. Bartali entendía lo que le decía el monseñor, pero no sabía hasta dónde quería llegar. Y su eminencia fue más específico: estaban organizando una huida, una salida multitudinaria para miles de judíos escondidos en toda la geografía toscana; un salvoconducto, vía Génova, hacia lugares seguros, América o donde diablos se hallara la libertad en aquellos días. Su excelencia le pidió a Bartali que se implicara, que utilizara su bicicleta para llevar mensajes, para que circulara la información entre el exiguo cuerpo de salvamento que haría de Italia, cuando se reconstruyeran sus ruinas, un país que mereciese la pena.

Y Bartali se enfundó su maillot y se puso a pedalear en un tiempo no destinado a bicicletas.

El rumor de la cadena sigue ahí. Es un sonido extraño, metálico, como de compuerta abriéndose, de grito helado. Va a más. Afronto la primera cuesta. He dejado San Quirico atrás con cierto

remordimiento. No he tenido tiempo de visitarlo, a pesar de las recomendaciones de la guía. ¿En qué momento renuncié a la belleza para llegar lo antes posible a Roma?

A los cien metros de rampa, el pie vence al pedal y da un salto enorme. Estoy a punto de perder el equilibrio. Respondo con rapidez con el otro pie e intento alzarme, pero el mecanismo de las marchas ha perdido la tensión. Pedaleo sobre el aire. Como si metiese los pies dentro del agua.

Miro hacia abajo y descubro el abismo. La cadena se ha quedado atrás. Se ha roto. Freno de inmediato y me veo en medio de una cuesta con los zapatos sobre un banco de arena blanca y la sombra de los cipreses recortándose muy lejos.

No existo sin bicicleta. Ella responde a la voluntad de mi viaje. He perdido mi facultad de peregrino, el privilegio de mi nombre, la honra que me hacía llegar a los pueblos con un recibimiento digno. Parezco ese soldado que vuelve sin escudo y sin vergüenza porque la guerra lo ha superado.

Despojado de mis atributos, solamente soy un hombre en apuros.

Las calles de San Quirico d'Orcia son de mármol agrietado. Las heridas de la piedra no las ha ocasionado el hombre. Aquí la historia suma sus días con la parsimonia de un pájaro que sobrevuela el paisaje. Llegará a su destino. No tiene prisa.

El mármol se ha fracturado por el calor del verano y por el frío del invierno. Las estaciones sirven como única medida temporal en San Quirico, cuya calle principal avisa a los viajeros: al inicio y al final hay dos iglesias de fachada clara. Dentro de ellas tal vez no se reza a

Dios, pero se experimenta una creencia en la belleza que me hace sentir en paz.

Llego a la oficina de turismo como un refugiado de mil derrotas. Me atiende Fiamma, una mujer enérgica que discute por teléfono y deja la simpatía para otro peregrino. Sin embargo, es eficiente y, dentro de su dialéctica militar, sabe escuchar. Me mira de arriba abajo y no puede más que reírse. Ve un espectro blanco, con las piernas magulladas y la barba apostólica de hace semanas. Ese personaje soy yo, me reconozco y aguanto la descripción que auguran los ojos de Fiamma. No tengo más remedio. Estoy a su merced.

Me informa de que hay un mecánico ambulante que recorre la geografía del valle d'Orcia ayudando a los ciclistas en apuros. Se llama John. Me hace el favor de llamarlo. La conversación es breve. Me dice que en tres horas puede venir a ayudarme. El tiempo es una medida abstracta. Se dilata en los momentos de angustia y, cuando la felicidad asoma, se contrae como un suspiro. Digo adiós a mi objetivo de coronar Radicofani.

Fiamma me recomienda que me aloje en el albergue que ella misma gestiona. Está en el piso de arriba. Caigo en el asiento más derrotado aún de lo que vengo. A ella le vale esa afirmación. Me pide los documentos para efectuar el registro. Cuando ve mi identidad, sus ojos hacen honor a su nombre y se llenan de ira: soy ese tipo que reservó hace unos días una cama para hoy. Pensaba seguir adelante y no avisar para cancelar la reserva, pero no por maldad, sino por puro olvido.

Fiamma rellena los documentos. Cuando ha terminado, me pide que pague de inmediato. Salgo de la oficina con su voz en la nuca.

Dice que me merezco la cadena rota.

Le doy la razón.

Los hombres iban al frente y no ascendían montañas, por eso Bartali había suspendido su trayectoria ciclista durante la guerra. Quién sabe lo que hubiera ganado el corredor florentino si no se hubiesen desencadenado las hostilidades. Él, tozudo, seguía entrenando para cuando volviese la paz. Esa era la versión oficial. Algunos pensarían en la frivolidad del momento: un ciclista deambulando de aquí para allá mientras sus compatriotas morían en Stalingrado, en El Alamein; mientras se gaseaba a seres humanos.

Bartali recorría casi diariamente la ruta que unía Ponte a Ema y Asís. Cuatrocientos kilómetros de ida y vuelta entre Florencia y Perugia. Los policías lo reconocían al verlo y lo saludaban con familiaridad. Los soldados alemanes, avisados de la celebridad del corredor, se ponían firmes y hacían el saludo militar, como si se cuadrasen ante un comandante. De esta forma entraba en las ciudades como si no existiese la guerra.

Se supo gracias a su diario que en los tubos que unían el manillar con el sillín ocultaba documentos. Bartali respondió a la llamada de Dalla Costa con una misión diaria a vida o muerte, donde sus piernas pedaleaban no por una gloria humana, sino por la supervivencia de cientos de judíos. El plan era arriesgado. Bartali, el ciclista del régimen, nunca fue registrado por los soldados en los controles rutinarios. Pedía que no le tocasen la bicicleta, ya que estaba calibrada al milímetro para maximizar el entrenamiento. Durante tres años, transitó los caminos de tierra de la Toscana y la

Umbría sin despertar la más mínima sospecha. Aquella fue su carrera más heroica. También la más desconocida.

Giorgio Nissim y otros judíos miembros de la DELASEM (Delegazione per l'Assistenza degli Emigranti Ebrei, Delegación para la Asistencia de los Emigrantes Judíos) confiaron todo lo que tenían, sus esperanzas de futuro, el aliento de sus vidas, a la fuerza y el carisma de un ciclista que dos años atrás había posado sonriente en las cenas organizadas por Mussolini. Con el mismo instrumento con el que el régimen se vanagloriaba de su triunfo, Bartali estaba consiguiendo roer los cimientos del monstruo. El inicio lo había desencadenado un pensamiento esencial: la vida humana lo vale todo.

John de San Quirico, he empezado a llamarlo. San John. Está tumbado en el suelo, con las manos llenas de grasa. También la cara, porque se ha secado el sudor con el dorso y ahora parece un minero galés. Fiamma mira, divertida, desde la oficina de turismo. Son las seis de la tarde. El sol empieza a proyectar una curva sobre la fachada de la colegiata de los Santos Quirico y Giulitta y la pinta de colores vivos.

John aprieta y retuerce, limpia y ensucia, toca aquí y allá, sin dejarme mirar mucho. Se levanta y ajusta un pistón. Se agacha y comprueba las ruedas. Busca unos alicates en la bolsa que lleva anudada a la cintura. No los encuentra. Me dice que vuelve enseguida, que sube a su casa a por ellos. Vuelve a los tres minutos, sonriente, con la mitad de la cara negra y los dientes blancos. Sigue a lo suyo, que es la salvación de mi bicicleta. Mientras tanto, le

pregunto por su vida y él cuenta y cuenta, con un lenguaje híbrido: un italiano sincero plagado de palabras en inglés, con un acento cómico que deja espacio al entendimiento.

John lleva ocho años en estas tierras. Se enamoró de sus caminos de *sterrato*, de la fachada de sus templos al anochecer, del vino que seduce los mejores paladares para quien tiene tiempo de sentarse. Se dedica precisamente a esto: arregla bicicletas. Pero hace un servicio móvil: su taller son sus manos; su disponibilidad, su propia bicicleta. A John se le llama en mitad del camino, con lágrimas en los ojos por la desesperación, y llega una hora después, escalando colinas, pedaleando hipotermias en invierno, síncopes en verano. No hay lugar del valle d'Orcia donde no acceda con su voluntad de ayudar. Sus alforjas van cargadas de repuestos, de herramientas complejas cuyos nombres él solo conoce en inglés y yo ni en español. Es una institución. Un santo patrón de la región a la altura de san Quirico. Al menos sus milagros suceden con más periodicidad.

Monta mi bicicleta y la prueba. Derrapa entre los turistas que pasean. Parece que va a meterse en la iglesia, pero en el último momento frena. Vuelve a ajustar algo en la rueda. Ha hecho un apaño con la cadena. Le ha cortado un eslabón y ha unido los extremos restantes. Ahora irá más tensa, me dice, pero no tendrá dificultades para aguantar hasta Roma. Es la segunda vez en el día que me dicen esto, pero en John creo, como los evangelistas creyeron en Dios cuando volvió a la vida sin necesidad de meter el dedo en la llaga.

Con la piel de la cara negra, me devuelve la bicicleta como nueva. Me dice que el *sterrato* ha ensuciado el mecanismo y ha provocado

que, con la tensión de las cuestas, la cadena no pudiese resistir la presión. Me pide que no fuerce demasiado en las subidas. En ese momento suena su móvil. Responde en italiano. Asiente varias veces. Una chica se ha quedado tirada de camino a Radicofani, a veinte kilómetros de aquí. Recoge sus herramientas. Ajusta su cinturón y pone el cuentakilómetros a cero.

Lo veo alejarse bajo un sol que ya no ciega. Sus manos arreglarán otras ruedas, darán sentido a otras cadenas y aportarán grasa a otros mecanismos. Mi camino a Roma ya ha encontrado su santo: John. Anoto su nombre: Saint John. ¿Cómo olvidar que aún es tiempo de milagros?

Desde la plaza se escucha el laúd. Es un instrumento que dignifica los días. Habla de siglos pasados, de cortes imperiales sobre suelos de mármol, de plazas salpicadas de palmeras y papagayos, lugares donde la belleza se expone de diversas formas y la elegancia aún servía en el mundo para defender la vida de la muerte. Esta noche hay un concierto con piezas de Andrea Falconieri. Suena la *Folias echa para mi Señora Doña Tarolilla de Carallenos*. La reconozco al instante. El sonido crece a cada paso. La noche también. No tengo sueño. ¿Quién puede dormir en San Quirico d'Orcia, sonando una folía española en las cuerdas de un laúd?

El interior de la colegiata es austero, con pequeñas capillas dedicadas a la Virgen, cada una de un estilo diferente. El ser humano siempre ha querido plasmar la visión que tiene de María. Me fijo en una *Madonna* con una manzana entre las manos. A su lado, el niño Jesús escala por su hombro. Es un fresco muy deteriorado,

de Girolamo di Benvenuto. El instrumento florece entre las columnas y los arcos de medio punto. Apenas hay media docena de personas escuchando.

La pieza incrementa su ritmo. Llega la folía, la locura que los danzantes asumían en el cénit de la composición. El laúd retumba en las vidrieras. Andrea Falconieri murió a causa de la peste. Apenas compuso unas cuantas obras a lo largo de su vida. Esta bien merece la salvación eterna. Vendrán los años, de uno en uno, y no superarán esta melodía. Me dejo caer exhausto en un banco de la última fila. Todo se ha conjugado para emocionarme. Por primera vez siento que no quiero llegar a Roma.

Leo sus nombres: Viterbi, Baruh y Gelb. Intento anotarlos en mi cuaderno para no olvidarlos nunca. ¿Sabría Bartali también a quiénes iban dirigidos esos pasaportes falsos que llevaba dentro de la bicicleta? ¿Vería a los Kropf, Fano y Provenzal que ayudó a rescatar en sus más de dos años de pedaleo? ¿Mencionaría en voz alta, cuando la guerra ya no fuese más que una extraña imagen de dolor y olvido, los apellidos de los Corinaldi, Angeli y Rieti? ¿Serviría de algo decirle al mundo que el hombre que recibe champán del Duce quiso salvar al mundo?

Me pregunto por qué Bartali nunca hizo pública su historia. Por qué esperó a su muerte para legarle a su hijo un diario confuso, como lo son todos. Por qué provocó la especulación de la gente sobre quién fue ese ciclista a caballo entre el fin del mundo y su salvación. En algunas entrevistas, Bartali dijo que el bien se hace, pero no se dice.

No se le pudo preguntar al rabino de Florencia, Nathan Cassuto, quien trabajó hasta su muerte en la supervivencia de la comunidad judía de la ciudad. Puso en marcha la red de hospedaje de niños judíos en el convento de la Calza. No se le cuestionó sobre Bartali porque un delator se chivó a la policía y Cassuto fue asesinado en Auschwitz. Él escribía los nombres; Bartali los ocultaba dentro de su bicicleta.

De nuevo en el camino. Tengo miedo porque aún me quedan al menos 60 kilómetros de polvo blanco y grava. Tras el encuentro con John, sé muy bien que a mi bicicleta no le convienen las *strade bianche*. Opto por un trayecto más largo. Descarto la grava, la tradición. Me bajo del Olimpo del ciclismo y renuncio a las alturas sofisticadas. Mi salvación es la carretera, con sus coches descontrolados y el sonido de las chicharras golpeando la cabeza en rectas kilométricas. Todo ambiente desprende su infierno y yo los he sufrido todos.

Pedaleo con auténtico pavor y temo alejarme del radio de acción de John. Pero el peregrinaje me distancia de mi religión, fundada el día anterior sobre una tierra de martirio. Voy sin remos, pero conozco la ruta hasta Ítaca. Se alejan las luces de una colegiata donde ayer se escuchó el paraíso.

Antes de recorrer los caminos italianos, Bartali ya había empezado a actuar. Giorgio Goldenberg afirmó en 2010 que su familia se había

ocultado en la casa del ciclista durante los peores años de la persecución nazi. Su apellido hoy sigue extendiéndose en Italia gracias a aquel acto. Les llevaba alimentos y agua. Los protegía de las miradas indiscretas. Era un Golem particular, hecho del barro de los caminos, de la arcilla de las *strade bianche*, que alejaba a los soldados y hacía que los trenes nocturnos no se llenasen de mercancía humana.

Ves telarañas delante de ti. Es algo normal, te dices. Siempre las ha notado, desde niño. Sobre todo en los días de claridad. Miras al cielo y aparecen unas fibras negras, hechas de humo, que no te impiden ver pero están ahí. Las notas. Las sigues con la mirada. Al principio te entretienen. Es un juego. Luego se hacen constantes. Te obsesionas. Das clase y aparecen al fondo; paseas por la calle e irrumpen en la línea de los escaparates. Detrás de una cerveza en una plaza. Lees y te esperan al final del párrafo. De noche y de día. Cuando conduces. Cuando cierras los ojos. No se van. Ya son parte de ti. Eres tú. Guiñas un ojo para comprobar que se han ido. Vuelve la obsesión. Solamente pensarlo te crea un malestar que te domina. Sientes náuseas. Respiras. El estrés, dice tu psicóloga. Debes dominarte. Pensar en otra cosa. Controlar tus emociones. Descansar. Sabes que la ansiedad representa tus miedos. Que no existe como tal, pero a veces se pega tanto a tu piel que no puedes dominarla. Se hace patente. Buscas una salida. No quieres volver a los meses pasados. Respiras hondo. Necesitas una fórmula distinta para salir de ahí. No vale solamente con hacer deporte. Debes creerte esa nueva salida. Un amigo te habla de la bicicleta. De la perspectiva

nueva que le otorga al paisaje. Del ritmo del corazón cuando subes una cuesta. Te interesa. Lo piensas. Te desvelas en mitad de la noche y sueñas despierto con escalar un puerto de montaña, con la libertad que da la brisa sobre un campo de cereal. Y vuelves a dormir sabiendo que montarás en bici y llegarás a la ciudad que siempre te ha salvado.

Villa Triste no es un lugar, sino varios a la vez, por toda Italia: bloques de edificios destinados a albergar asesinatos, moquetas manchadas de sangre y gritos de dolor que afloran hasta que las gargantas se secan, pues así se denominan, genéricamente, los lugares de tortura que los servicios de inteligencia alemanes habilitaban en las ciudades italianas.

Se pregunta cómo ha llegado hasta aquí. Gino Bartali se interroga, sentado en una silla, cómo ha podido despistarse. Las ventanas existen, pero no se ve el sol. Los cristales están tintados de negro. Alguien fuma en la sala de al lado. Apagan cigarrillos en las piernas de los detenidos. ¿Quiénes son? ¿Por qué lo detienen a él, campeón del Tour de Francia?

Los caminos se estrecharon y así el cerco sobre Bartali, a quien detuvieron una mañana en la ruta hacia Asís. Acababa de salir de Florencia. No fue la policía, ni siquiera una patrulla de soldados nazis: se trataba de miembros de la banda Carità, un grupo paramilitar que hacía el trabajo sucio. Asumían tareas contra la resistencia. Atentaban y ejecutaban a partisanos y sospechosos. Llenaban las calles de miedo y de casquetes de bala. Habían atrapado a Bartali.

Tal vez pensase en el final. Había aceptado el ofrecimiento del arzobispo Dalla Costa sabiendo que exponía su vida para salvar la de los demás. Un solo fallo supondría su muerte. ¿Pero dónde se había equivocado? Había seguido la misma ruta de siempre. Ningún gesto sospechoso. Ninguna maniobra fuera de lugar. Sus días en la bicicleta eran repeticiones exactas, sin improvisaciones.

A Gino Bartali lo salvaron en el momento en el que se disponía a rezar, como hombre religioso que era. Acudió Mario Carità a la sala. Imagino un olor denso: así huele el miedo, el miedo de muchos a lo largo de los años, de las noches de la guerra. Carità, el líder de la banda, conocían bien a Bartali. Habían compartido *strade bianche* hacía muchos años, cuando el ciclismo no era una forma de vida, sino un entretenimiento. Tal vez por los viejos años, el capo dejó marchar al ciclista. No le imputaron nada. Puede que no llegasen a registrar su bicicleta. Un error. Un malentendido terrible.

Salió a la luz Bartali. Dejó atrás aquella Villa Triste. En este país hasta los sitios más espantosos adquieren nombres superlativos. A Bartali nadie le había robado la bicicleta. Pudo cumplir la ruta del día.

Las rampas ascienden por encima del 12%, pero mi miedo no está en las piernas, sino en la cadena. Me despedí de las *strade bianche* nada más empezar la etapa de hoy. Subo a una velocidad contenida. Me siento bien. Disfruto del esfuerzo. Vuelvo a ser un ciclista sin complejos, amando lo que sufro, mirando el paisaje a mi alrededor con una melancolía anunciada. ¿Dónde está la frontera con el Lacio?

Cerca, pero primero hay que conquistar estas murallas de terracota que prevalecen por encima de las nubes.

Radicofani es un lugar hermoso, alejado de las rutas porque llegar hasta él debilita el alma. Los peregrinos evitan mirar hacia arriba. No parece una colina sienesa, sino un puerto de montaña alpino. He dejado de contar los kilómetros que llevo recorridos. Creo que hoy supero la cifra de mil. Soy una especie de Sherezade que relata historias a cada paso.

Entro en la ciudadela. Busco un café abierto junto a la iglesia de Santa María. Tras una hilera de cipreses contemplo la panorámica. Una vez que me he ganado el derecho a mirar, renuncio a hacerlo. Eso me produce cierto orgullo idiota. Antes del vértigo se eleva un monolito de homenaje a los caídos. Leo algunos nombres hebreos. Siento tristeza por ellos. A Bartali, pienso, le faltó una etapa más para salvarlos.

Estos caminos están llenos de kilómetros de más: los que pesan sobre estos nombres.

La frontera entre la Toscana y el Lacio apenas se celebra con un cartel y un puente. Atraviesa el río Paglia. Es cierto que se va acercando el final. No hay más regiones entre Roma y yo. Me despido de la Toscana en un mísero cauce de piedras blancas. Merecía algo más esta tierra, este adiós.

Gino Bartali salvó a ochocientas personas. Los caminos que tantas veces lo habían honrado con la victoria sirvieron de manera tenaz para luchar contra el fascismo. Se guardó para él cada ascensión a las colinas de Cortona, las picaduras en piernas y brazos a la altura

del lago Trasimeno, el olor a guerra que desprendían los soldados que encontraba en los cruces. Un enorme vacío de palabras que solamente se liberaría tras su muerte, cuando apenas quedaban testigos del drama. El 7 de julio de 2013, Gino Bartali fue declarado Justo entre las Naciones por el Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoá, en Israel. Faltaban unos meses para el centenario de su nacimiento. En un siglo da tiempo a que sucedan muchos acontecimientos importantes. A Bartali le bastaron dos años.

El café sabe bien, sin alardes. Al lado, un mecánico árabe repara un coche rojo roído por los años. Junto a él, sus cinco amigos hablan en su lengua sin prisas, afilando las palabras hasta un sonido rasgado por el calor. En la mesa de al lado, tres señores comentan las últimas noticias. Se está disputando el Tour de Francia. Los ciclistas llegan a París, dice uno, como si fuese una muestra evidente del *tempus fugit*. Ya no conocen los nombres de quienes escalan las montañas. Ellas permanecen inalterables, pero los hombres que las suben han cambiado. Antes, dice uno, italianos y franceses se disputaban los laureles. Ahora hay ciclistas de todos los países. Imposible aprenderse quiénes son. Cambian cada año.

Añoran los nombres antiguos, las bicicletas retro, las gorras del revés en lugar de los cascos, las paradas en casas particulares para refrescarse. Extrañan el tiempo en el que ellos eran jóvenes. Lo pienso y no lo digo en voz alta. Los dejo con su visión de decadencia de nuestros tiempos. Ellos no vieron a Bartali en los años treinta ganar el Giro y el Tour. Tal vez alguno, de niño, escuchó en la radio

que el ciclista que recorría los caminos de *sterrato* durante la guerra se había proclamado campeón del Tour en 1948.

Este recuerdo reciente me ayuda a pedalear hasta el final de la etapa. Estoy cansado. Agotado de revivir imágenes, de subir y bajar, de preocuparme por los rumores de la cadena, de controlar el nivel del agua y buscar fuentes en páramos sin brisa. Necesito llegar a Roma. Me conformaría, al menos, con el reflejo del lago de Bolsena.

Tal vez entienda mejor ahora la sonrisa final de Gino Bartali tras su derrota en la etapa decimoséptima del Giro del 49, de Cuneo a Pinerolo. Sus labios fijos con una felicidad extraña, misteriosa, después de llegar a la meta con doce minutos de retraso respecto a Coppi. Veo su cuerpo exhausto ascendiendo La Madeleine y Montgenèvre, muy lejos ya de su rival, y no encuentro decepción en su rostro.

Bartali ya había ganado. Sabía que su carrera no se disputaba en los Alpes, que sus mejores caminos ya habían sido recorridos, de incógnito, con la bicicleta llena de documentos comprometedores, de pasaportes falsos y de nombres que escondían orígenes judíos. Ahí estaba su victoria y sería eterna, aunque nadie lo supiese nunca. Gino Bartali sonrió al cruzar la meta en el Giro de 1949 porque había perdido algo tan mundano como una carrera, pero, desde hacía tiempo, él solo pedaleaba para recordar los días en los que había salvado ochocientos mundos.

10

Todos los atardeceres

del mundo

Turner no conoció Roma hasta que Napoleón fue encerrado en Santa Elena. Mientras tanto, buscó la ciudad en los cuadros de Lorena y Poussin. Aquellas imágenes trataban el paisaje romano de una manera idealizada, como si acabaran de despertar de la siesta de un fauno, con árboles frágiles y ausentes de humanidad.

Una de sus primeras obras la firmó en 1792. Tenía diecisiete años. Nunca había salido de Inglaterra y, aunque sus visiones de Roma eran prestadas, necesitaba viajar a la ciudad para convertirse en un gran pintor. Las *vedute* corrían de mano en mano por las escuelas de pintura. Piranesi había enseñado al mundo la forma exacta del pasado común, las entrañas de la civilización romana decadente, a la que le crecían ramas desde su corazón de mármol.

Por eso quiso pintar el Panteón. Fue su bautismo. Tituló la obra *The Pantheon, the Morning after the Fire* [El Panteón, la mañana después del incendio]. Con un estilo inocente, Turner dibuja un edificio extraño que el observador no identifica con el templo edificado por Adriano. Se percibe el pórtico, pero, en lugar de ser

sostenido por ocho columnas, solamente hay seis. Tampoco aparece la cúpula. El Panteón de Turner tiene una fachada que desprende un Renacimiento tardío, hecha de amalgamas de muchos estilos. No queda nada de su grandiosidad.

Turner imaginó Roma antes de visitarla. Su obra partió del centro mismo de la ciudad sin haber recorrido antes sus caminos. Pronto hallaría esa luz de fuego y ceniza en los campos romanos. Pero para ello debería dejar el estudio y convertirse en peregrino. Y empezó a caminar en 1819.

Hubo un tiempo en el que la naturaleza perseguía a los hombres, los encerraba en las ciudades y los sometía. Desde lo alto de esta colina lo percibo, con el lago de Bolsena a mis pies. A lo lejos, Roma sigue despierta. La presiento a poco más de cien kilómetros. Hoy el tráfico ahogará los restos de su muralla. El sol aplanará las piedras que sostienen aún el orgullo del Coliseo y la columnata de San Pedro abrazará a millares de turistas insatisfechos.

Desde este punto, el mundo se paraba a contemplar el futuro: viajeros extranjeros que habían dejado las comodidades de sus patrias para viajar hacia Roma. Era un peregrinaje que poco tenía que ver con la religión. Su dios dormía en el Campidoglio y al escribir su nombre se desvanecía. Los llamaron *grandtourists* (grandtouristas). Llenaron las bibliotecas de descripciones, de paisajes iluminados por una luna diseminada entre las nubes, enfocando un fragmento de capitel corintio, las espadas de los campesinos que pretendían vestirse de Horacios contra Curiacios.

Antes de llegar al Ponte Milvio existen un campo, un río y un bosque. La ciudad será paciente. Pedaleo entre palabras. Formulo fragmentos de paisajes descritos por viajeros de otros siglos. Aprecio las pinturas ya secas que reprodujeron la fragancia de Roma por toda Europa. Seré una sombra que persigue huellas en la tierra. Hasta que el mármol de Roma me muestre las mías.

Todo depende de este remanso de agua estancada, azul zafiro, donde los niños juegan a zambullirse como saltadores olímpicos y las embarcaciones tiemblan como en un océano contenido. Desde la orilla contemplo la finitud de este cráter que desde hace millones de años cambió el fuego por el agua. El lago de Bolsena es un conjunto de olvidos. Los paseantes no piensan en las edades geológicas de su formación ni en la impertérrita paciencia de los minerales convirtiéndose en arena fina.

Bolsena habla de finales abiertos, de historias cerradas. Llego con mi bicicleta cansado. Toco con la palma de las manos la superficie helada. A mi lado, dos chicas se han quitado la parte de arriba del biquini. El sol ha encontrado un bello lugar para pasar la tarde. Sumerjo la cabeza dentro del lago. Solo la cabeza, lo justo para despertar en otro tiempo, para ser una nueva persona, para renacer con el gesto de volver a la vida, de aparcar la bicicleta y sentirme un peregrino satisfecho. Bajo el agua, no veo los esqueletos de barcos romanos ni las mártires que lanzaron al lago los padres severos y obstinados. Solo estoy yo y una luz que brilla al otro lado.

Parece que sor Rita me estaba esperando desde que salí de los Alpes. Abre las puertas del convento del Santísimo Sacramento y me enseña mi estancia. Es una habitación enorme, con más de veinte camas, pero de momento solo he llegado yo. Desde la ventana contemplo un patio agradable, poblado de esculturas de la Virgen.

La hermana supera los setenta años, pero desprende energía. Debo conocer de primera mano la historia de santa Cristina, me dice. Se sienta a mi lado. Me coge de las manos y me las acaricia. Habla.

Santa Cristina fue una mártir del siglo III que padeció todos los dolores imaginables. Me lo cuenta sor Rita con los ojos llenos de lágrimas, como si estuviese reviviendo con su narración los suplicios de la pobre chica. Todo empezó con un padre autoritario, oficial de la magistratura romana. Escandalizado por la fe de su hija, la manda flagelar y le atan una rueda ardiente al cuello. Pero sobrevive.

Trago un poco de agua. Sor Rita respira conmocionada.

Sigue el tormento de la pobre mártir. La monja describe el suplicio acontecido. Habla de una piedra de molino atada a la espalda y lanzada al lago de Bolsena, de unos ángeles que la salvan. Comenta cómo, a la muerte del padre, su sucesor sumerge a la chica en una olla de aceite hirviendo. Después la desnudan, la pasean por toda la ciudad mientras los plebeyos la insultan y le escupen. La conducen al templo de Apolo y destruye la estatua del dios con la mirada. Un milagro demasiado fuerte para el magistrado, que muere en el acto. El tercero en ocupar el puesto redobla el martirio. Mete a Cristina en un horno durante cinco días, pero Jesús, dice sor Rita, la mantiene con vida para mostrar el camino de la fe a los creyentes. Después la muerden serpientes venenosas. Le cortan los senos y la lengua. Al

borde de la extenuación, un soldado la atraviesa con dos flechas. Finalmente muere.

Sor Rita suspira como si Dios la hubiese liberado también de esos terribles dolores. Se seca las lágrimas con un pañuelo y me invita a visitar los restos mortales de la santa en la cripta de la basílica, pero necesito un poco de tiempo para entender la trascendencia de su historia.

No concilio el sueño. El calor me aplasta, tanto como las visiones del lago, de los magistrados sádicos. Pienso en la religión de la que huyo, que exige dolor como una prueba de acceso, que anhela el martirio como modelo vital. Mi búsqueda es distinta. Me alejo de esos caminos tortuosos, aunque en mi peregrinación también existan el dolor y la pena. El dios que he venido a encontrar no se enorgullece de la tristeza de las almas que sufren.

Turner cruzó los Alpes, como Aníbal. Padeció ventiscas de nieve y glaciares amenazantes que obstruían los caminos. Lo hizo a pie para dar descanso a los caballos. Antes de conocer la geografía, ya la había leído, por eso su primera impresión no es una referencia histórica, sino casi mitológica. Turner pinta a los cartagineses atravesando la cordillera para derrotar a Roma. El cuadro es un ejemplo de maestría, una declaración de intenciones de cómo en su obra la naturaleza cobra vida propia y domina el espacio de los hombres. En un ambiente cargado de oscuridad, un velo oculta el sol y se abalanza sobre los soldados. El espectador duda. No sabe si está contemplando una ola o una nube. El agua pesa tanto que cae

a plomo, como un apocalipsis acuático sobre unos hombres que podrán conquistar Roma, pero jamás lograrán dominar las alturas.

El pintor inglés descendió hasta Turín pintando la región del Valle d'Aosta. Hasta Roma había mucha historia que recorrer, muchos paisajes que inmortalizar. En su mente se escondían los lugares comunes, los arcos destruidos, elevados solo por un suspiro, por la tenacidad de la estética romana que se niega a sucumbir. Quería pintar eso, pero las nubes sobre los Alpes habían cambiado su forma de mirar.

Solamente son amigos, a pesar de su edad. Desde Siena recorren el camino hasta Viterbo. No hay Roma para ellos. Llegarán en un futuro viaje, me dicen. Caminan la Vía Francígena poco a poco, sin las prisas del peregrino que se sacude la nieve de los Alpes pensando ya en la campiña romana. Es su tercer año. El mayor se llama Pier Luigi y trabaja de reponedor en un supermercado de Turín. El menor tiene menos años que yo: Italo aspira a enseñar filosofía. Con ellos veo el anochecer sobre el lago de Bolsena: luces bajas, como si los árboles de la otra orilla se incendiasen. El agua parece un espejo a punto de cristalizar, como un hielo antiguo. Es la noche más hermosa de las que he presenciado en este camino italiano. Charlamos. Bebemos vino blanco. Me cuentan sus inquietudes. Escuchan mis miedos, mis victorias. Sé que llegaré a Roma en un par de días. A ellos les queda un año. Eso favorece nuestra conversación. Nos sentimos unidos en la soledad de esta noche en Bolsena. Se esconde el sol. Se encienden las luces. Suena una música lejana. Brindamos.

Cuando vuelvo al convento, recorro las calles animadas de la ciudad vieja. Acude la gente hacia la Rocca Monaldeschi della Cervara, un castillo medieval que ha cambiado su función defensiva para ofrecer conciertos de verano. Camino a contracorriente. Desde que soy peregrino las noches han dejado de existir para mí. Las ciudades se apagan al ponerse el sol. No hay nada en ellas que pueda servir a mi oficio de pedalear. No extraño sus ritos nocturnos ni las plazas iluminadas con estrellas artificiales. Ni siquiera la algarabía y la fiesta de los *borghi*. Llegar a Roma requiere privaciones y yo elijo mis renuncias.

El convento de las Siervas Sacramentales está abarrotado. Veinte chicas de los Scouts han ocupado las camas que quedaban libres. Algunas dormirán en el suelo. Compartiremos un único baño. Es mi porción de penitencia. Charlo con la que está al mando, una mujer de treinta años. Tiene aspecto de sargento. Me cuenta que caminan hacia Viterbo, pero que no realizan ninguna peregrinación específica. Simplemente andan. No hace falta un motivo para encontrar a Dios. Se fuma un cigarrillo sin que la vea ninguna de sus pupilas. Lo apaga en la suela del zapato y se guarda la colilla en el bolsillo. Me desea buena suerte hasta Roma. Me quedo un rato al fresco, hasta que la música que viene de la Rocca se extingue.

Montefiascone tiene la forma de un abrazo. A quince kilómetros de Bolsena, el camino pica hacia arriba y los árboles no dejan ver el lago. Pedaleo en el interior de una bóveda vegetal, tal y como la pintaron los artistas ingleses que vinieron a Italia. Justo antes de entrar en el pueblo, me detengo un instante. No es una iglesia, ni

los fragmentos ajados de un templo romano: observo una cruz blanca que sobresale de las ramas de los pinos. Me adentro por un camino de tierra. Leo un texto en inglés sobre la guerra, la esperanza encontrada al final de un túnel y la libertad. Estoy ante un cementerio de la Segunda Guerra Mundial. La bandera inglesa ondea en esta madrugada de luces apagadas. Brilla con la palidez de las tumbas. Hay más de seiscientas ordenadas en líneas horizontales. Pienso en la perfección de la muerte. Antes de leer cualquier nombre sigo adelante.

No sale el sol. Al menos no de la manera acostumbrada. La mañana se ha revelado como un cuadro de Turner. Recuerdo *The Festival of the Opening of the Vintage at Mâcon* [La fiesta del inicio de la vendimia en Mâcon]. La luz no viene del cielo. Nace de la tierra. Tiene una esencia mística de naturaleza que asalta el aire, que vela las sombras y las convierte en sublimaciones de un astro.

Esta mañana es así. Turner eligió el paisaje de la campiña romana para potenciar el *sfumato*. El aire pesa. El oxígeno se quema a medida que las pinceladas van creando una capa sólida de agua evaporada. Sus cielos son corpóreos, la tierra parece grácil y en la unión entre los dos extremos se vislumbra un templo claudicando o un sacerdote realizando ofrendas a Apolo. Su universo es onírico. Turner nació con una sensibilidad especial para observar. Su pintura le debe al campo romano la incertidumbre.

Tal vez llueva antes de llegar a Roma. Huele a tierra mojada, como los cuadros de Turner.

Asciendo por la Piazza del Plebiscito y me adentro en una ciudad ausente, que vive de espaldas a la humanidad. Viterbo fue un simulacro de Roma y, cuando esta volvió a dominar la fe que movía el mundo, se quedó con su pose de fósil hallado bajo la tierra, de urbe llena de palacios pero vacía de nobles.

Dejo el ayuntamiento atrás, con su torre del reloj consagrada a señalar las horas, tan alta que nadie la observa, y giro por Via de San Lorenzo hasta la Piazza del Gesù. Todo está en su sitio desde hace siglos, nadie osa cambiar el orden de esta plaza diseñada para impresionar al fiel por su belleza. No hay cafeterías abiertas a estas horas. Nadie sabe que el peregrino que escribe sobre ellos necesita descansar para encarar el tramo final de su viaje.

Continúo hasta la Piazza della Morte, enlutada de árboles y restos de la noche anterior. Hasta el siglo XVI, en este lugar dejaban los cadáveres que no podían ser sepultados en un cementerio católico. Los cuerpos de las prostitutas y los herejes eran depositados en el anonimato de la noche y los monjes de la Confraternidad los lavaban y enterraban en un lugar digno, en silencio.

Hay nombres que pesan sobre los lugares. Viterbo no sería nada sin esta plaza de nomenclatura sombría. Los árboles no dejan pasar ni uno de los rayos de sol que empiezan a aparecer tímidamente. Imagino la superstición antigua al caminar por aquí, la extrañeza del peregrino, de los Sigericos intrépidos, que se detendrían delante de la fuente para cuestionarse el origen del nombre. Se lavarían las manos con esta agua profunda y fresca, sin saber que siglos atrás el mismo surtidor servía para lavar el pecado de los cuerpos.

El Palacio Papal de Viterbo no tiene cubierta. Tal vez habría que responsabilizar a unas revueltas callejeras en la Roma del siglo XIII, o

a la cobardía de un papa y la comodidad de los siguientes, ocho elegidos según los designios del Espíritu Santo. A Viterbo le quitaron el techo de su palacio más célebre por la indecisión de los cardenales al elegir al nuevo pontífice. Tardaron treinta y cuatro meses en alcanzar una mayoría necesaria que convenciese a Dios. Murieron varios prelados durante los más de dos años que duró la elección y solamente con el cielo sobre sus cabezas se iluminaron sus eminencias y eligieron al sucesor de Pedro.

Viterbo nunca debió haber sido Roma, pero desde 1257 hasta 1285 usurpó su vestido púrpura, la tiara y las sandalias del pescador. Lo leo en la guía mientras camino por la Piazza San Lorenzo, frente al *duomo* y al Palacio Papal. La catedral es de un románico sereno, con arcos de medio punto estilizados y columnas de capiteles historiados. El palacio, en cambio, fue construido para recordar que el papa es un ser humano tocado por la gracia de Dios. Los arcos lobulados góticos de la logia dejan pasar un fragmento de cielo que se estrella contra la plaza. Impresiona la delicadez de sus formas, la temprana preocupación del arquitecto por concentrar en apenas una flor todo el pensamiento cristiano.

Abren en un par de horas, un tiempo demasiado precioso para el peregrino que desea evitar cualquier contacto con el calor extremo. Respiro un aire antiguo que en mi cuerpo rejuvenece los músculos. Durante treinta años, Viterbo aspiró a la eternidad. Tuvo la osadía de disputarle a Roma la primacía del mundo: cuatro papas hay enterrados en la catedral de San Lorenzo. Pero aprendió una lección dolorosa que aún se escucha en sus calles: solamente una ciudad puede aspirar a lo inmutable.

Hoy Viterbo es un triste arlequín de Roma, por haber nacido demasiado cerca de la ciudad del Tíber. El peregrino calcula la frecuencia de sus pasos y sigue de largo después de apreciar la catedral. Los grandtouristas llevaban demasiadas jornadas de postas durmiendo en posadas insalubres para detenerse unos días en sus calles medievales. Roma es una condena, una reina autoritaria que mantiene oculta a Viterbo, como el oro dentro de los cofres. No hay pintores que la lleven en su memoria y la representen en las salas del Louvre o del British Museum. Le falta su Turner. Y le sobra Roma.

Turner se apartó de las visiones idealizadas de Piranesi. A él, más que la forma le interesaba el color del cielo en los días de tormenta. En *Ancient Rome; Agrippina Landing with the Ashes of Germanicus* [Roma antigua; Agripina desembarcando con las cenizas de Germánico], la ciudad tiembla por el reflejo del río. Un puente separa la Roma antigua del curso de las aguas actuales. Es un paisaje que no existe, que no aspira a la perfección, sino a la belleza, que no siempre significan lo mismo.

En *Rome, from Mount Aventine* [Roma, desde el monte Aventino], la ciudad despierta después de la oscuridad. Aquí Turner renuncia a los detalles. Prefiere la intuición, los monumentos que, desde lejos, responden al deseo del que observa. Es el pintor de la sensualidad y Roma le ofrece todas las voluntades posibles. En ella encuentra una manera de estar frente al cuadro. Nunca la luz se había materializado tanto como sobre sus colinas, como en *Caligula's Palace and Bridge* [El palacio y el puente de Calígula]. No hay un mundo viejo y otro nuevo. Todos son el mismo bajo la luz elegante y

melancólica de Turner. ¿Acaso no se fundó Roma para posar delante del pintor inglés?

La Via Cassia devolvía a los soldados a su hogar. Fue uno de los primeros intentos de Roma de controlar el mundo. Lo haría a través de la lengua, de las armas, de la religión, pero, sobre todo, gracias a sus caminos. Esta vía partía desde Arretium, la actual Arezzo, y unía las principales ciudades de la Toscana hasta desembocar en el Ponte Milvio, a escasos kilómetros de Roma.

Hoy la Cassia no es un espejismo de otro tiempo: una moderna carretera nacional de doble sentido le arrebata el encanto arqueológico. Elijo esta ruta, cansado de los caminos de tierra y de las ascensiones estúpidas. Una elección impuesta por la voluntad de llegar lo antes posible.

Es peligroso pedalear por una carretera italiana. Hay tramos en los que no existe el arcén y los coches pasan a una velocidad imprudente. Intento aproximarme lo máximo posible al quitamiedos, pero los arbustos invaden el asfalto y me obligan a ocupar la calzada como si fuese un auto más. Escucho el silbar de los camiones irrumpiendo en la calma de la mañana, las flores junto a los altares improvisados que recuerdan algún muerto en accidente de tráfico.

Llego a Vetralla. Dos ancianos me dan ánimos. Me dicen que los siguientes diez kilómetros son de subida exigente. Ha salido el sol. El cielo de Turner ha desaparecido. El lago de Vico está al otro lado de la colina, tras el monte Fogliano. Sigerico renunció a contemplarlo y se guardó sus razones para él. Tal vez sea una repetición del de Bolsena. El paisaje ya no acepta más lagunas. Solo montañas

escarpadas y castillos que coronan la geografía. Aquí cada palmo de terreno fue conquistado en algún momento del pasado. Las fortalezas difuminadas entre Viterbo y Roma aparecen entre riscos y bosques mediterráneos. Pero subir hasta ellas tiene un alto precio. Por eso renuncio a Vetralla, porque extraño mucho Roma.

Te ves bien encima de la bicicleta. Aceleras en una recta. Sales temprano para que el calor no te afecte. Bebes agua. Te agarras al manillar. Son rituales a los que te has acostumbrado. Ahora sudas y te regocijas en el esfuerzo. Has vencido todos y cada uno de tus miedos. Cuando subes un puerto de montaña, te crees inmortal. Sumas kilómetros. Tienes un objetivo y lo proclamas a los cuatro vientos. Te entrenas duro. Madrugas para montar en bici. Sacrificas lecturas, escritura. Tus amigos te gastan bromas y te dicen que la crisis de la madurez te está agarrando, pero tú sabes que respondes a un ejercicio mayor que el simple entrenamiento. El viaje ya se ha creado en tu cabeza. Ahora lo estás llenando de pedaladas. La bicicleta, asumes, aparta las telarañas, el nudo en la garganta y las migrañas. La bicicleta, concluyes, te ha devuelto quién eras. Y nunca más vas a renunciar a él.

Capranica recibe al peregrino en el Corso Francesco Petrarca. En esta pequeña localidad la piedra se institucionalizó hace demasiado tiempo y las casas son extensiones de la tierra. Conjugan el mismo color terracota y el anaranjado brillo del sol cuando resbala por las fachadas. Entro por una puerta monumental y se detiene el tiempo.

No hay coches y desaparecen las rampas. En Capranica solo existen escaleras. Son ellas las que determinan la dirección que toma mi bicicleta. Las esquivo y zigzagueo por callejones decorados con lápidas. El pueblo está encajonado entre riscos y riachuelos. Probablemente nadie viva en sus casas.

Hay carteles que anuncian la cercanía de la villa Farnesio en Caprarola. Virgilio descubrió las mieles del campo y escapó de Roma en cuanto Augusto se fue a agrandar el patio trasero del imperio, pero fue Alejandro Farnesio quien ordenó materializar en mármol la poesía bucólica. El arquitecto que refrendó el deseo de huida del cardenal se llamaba Vignola y ya había devuelto al papado el deseo de construir una ciudad que se pareciese a un sueño barroco.

Siento una punzada en el alma al renunciar a este mito de la arquitectura. El cartel me tienta con sus frescos racimos. ¿Qué son doce kilómetros tras haber recorrido 1100 desde los Alpes? ¿Acaso no estará Roma esperando con sus plazas y cúpulas a que yo llegue, ya sea mañana o pasado?

Turner alcanza lo sublime en *Crossing the Brook* [Cruzando el arroyo]. El paisaje contiene todos los rasgos para ser considerado romano. Hay un árbol que preside la imagen y divide el mundo entre la oscuridad de la floresta y la luz del cielo. Un riachuelo se abre paso con dificultad y es salvado por un puente de factura antigua. En un primer plano, un grupo de mujeres lava ropa en la orilla y un perro se sumerge en las aguas limpias, casi mitológicas.

El cuadro lleva impresas las formas que aprendió Turner nada más llegar a Roma, cuando fue aceptado en la Accademia di San Luca,

dirigida por Antonio Canova. Allí entró en contacto con otros grandtouristas, artistas que habían peregrinado a la ciudad para respirar el arte de Rafael, Miguel Ángel o Bernini. Pero también descubriría la industria en la que se había convertido el paisaje romano. Y mucha culpa la tuvo un pintor nacido en Lucca.

Pompeo Batoni empezó su carrera dibujando santas y mártires con los que decorar las iglesias de los pueblos de la Toscana. Observó a esos adolescentes que recorrían el mundo comprando antigüedades, que volvían a casa de papá diciendo, como Neruda, «confieso que he vivido». Llevaban los bolsillos llenos de monedas para adquirir arte y robar mármoles. Así que el pintor de Lucca olió el negocio y unió su habilidad a la oportunidad que le brindaba el momento.

Las de Turner no serían obras hechas para decorar clubs ingleses ni Parlamentos, sino para contemplar con melancolía el poder de una tormenta en Roma. El viajero se queda con el cielo acuoso, con un atardecer incandescente que se escapa por el Aventino. Y eso no se puede producir en cadena. Hay que ser Turner para hacerlo.

Dicen que Saturno fundó Sutri. Renuncio de nuevo a subir a la fortaleza, encaramada en un risco vertical, pero me detengo a contemplar la espina dorsal de la necrópolis etrusca y el anfiteatro, horadado directamente en una colina verde. Me fascinan las ruinas. Tal vez por eso Roma es una ciudad única en el mundo, porque, a diferencia del resto, su presente sobrevive a ellas. Los romanos caminan entre templos y calzadas de las que solo queda un perfil, la sombra de una grandeza que no está extinta, sino que se ha transformado. Hay una línea temporal que recorre sus calles con una

certeza absoluta: los vestigios muestran la durabilidad de la belleza; el tiempo solamente potencia su poder, no los destruye.

Dejo la bicicleta a un lado y camino entre la hierba contemplando la grandiosidad de esta piedra herida por mil fisuras, con cascotes de mármol desligados luchando por no ser enterrados entre las colinas. Sutri es un presentimiento. Los etruscos, antepasados sabios y orgullosos que ocuparon estas tierras antes que los romanos, excavaron en la piedra las tumbas para sus nobles. Sabían que la arquitectura imita a la naturaleza, por eso las crearon como casas simuladas. Roma se sirvió de los etruscos cuando los absorbió. Tomó el arco de medio punto, el alfabeto y su forma de pensar la muerte.

Ante las ruinas todo es paz. La muerte no hace daño. Y, sin embargo, no hay imagen que sintetice mejor la finitud de todo lo que toca el hombre. Los restos de la necrópolis, sucursal de anfiteatro de provincias, es como una calavera desenterrada tras el paso de los siglos, como el cuerpo incorrupto de una santa que yace en una capilla iluminada por las velas. El mundo debería detenerse ante este jardín, quintaesencia de la fugacidad de la vida. Detenerse y responder sin miedo a la pregunta de quiénes somos, de hacia dónde vamos, qué sentido tienen nuestros pasos y por qué es Roma siempre el punto de llegada. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. Me libero del peso máximo que me acompaña desde los Alpes. La muerte es bella, pienso, nos encuentra en el momento exacto de nuestro esplendor. Es un templo destruido. Una columna que sobrevive a un siglo más. Un mármol enterrado.

El paisaje ha cambiado. Ya no hay ni rastro de cipreses en el horizonte, ha sido conquistado por los pinos. Pero no unos cualesquiera. Se trata de una variedad específica de copa estilizada y ensanchada por encima de los cuarenta metros de altura: el *pinus pinea* se abre al cielo como una declinación latina, de ramas verdes y no demasiado grandes, formando parasoles en el campo por donde zigzaguea mi bicicleta.

La naturaleza ayuda a componer la historia. Estoy seguro de que los dirigentes romanos observaban estos árboles y sentían necesidad de grandeza. Son elementos eternos del paisaje. ¿Desde hace cuánto tiempo estos pinos bordean las colinas que desembocan en Roma? ¿Quién llegó antes, el Coliseo, el Palatino, la Domus Aurea, o los pinos que escoltaron las cuadrigas y que hoy indican el camino a los turistas?

Han estado siempre aquí. Crecen de forma desmesurada y en cualquier terreno. A veces se inclinan, a veces agrietan la carretera por donde paso. En otras ocasiones su orden responde a un mandato divino. Los mismos pinos mostraban a las legiones romanas que el hogar estaba próximo, señalaban al augur las horas de sacrificio fijándose en la pendiente oscura de su sombra y repartían la urbanidad de unos barrios donde patricios y plebeyos nunca se mezclaban, salvo en el Mercado de Trajano.

Contemplar los pinos es una forma anticipada de entrar en Roma. El ciprés contiene elegancia y cierto orgullo, pero el pino romano desprende tiranía y sosiego, la tranquilidad de quien se sabe hecho para perdurar, para encumbrarse en lugares donde habita la belleza, la eternidad de una ruina. Indestructible, el fuego del tiempo no lo

mata, sino que lo convierte en un área sagrada incomprensible para los hombres.

En *Childe Harold's Pilgrimage* [La peregrinación de Childe Harold], Turner otorga todo el protagonismo al pino romano. Se eleva por encima de las sombras que protegen a unos pastores, sobre el río que sigue un curso irregular, y se adentra en un puente de arcos de medio punto. Está fuera del propio paisaje. Pesa más que él. Adopta la curvatura perfecta de su copa, como una nube que se independiza del cielo y echa raíces en la tierra. Es la perfección reflejada en un cuadro. Nunca había observado un pino tan exacto trasladado al lienzo. Solo Turner ha sido capaz de entender que la naturaleza suprema de estos árboles merece sobreponerse a lo cotidiano, se ausenta de las formas conocidas. Prevalece sobre el calor y el aire. Está cuando todo lo demás deja de verse.

Leo su nombre en la lápida: Ettore Rosso, subteniente del Ejército italiano en 1943, un soldado de una armada fantasma, diseminada en bandos: aliada de los nazis, fieles al fascismo, y partisana… La guerra estaba acabando e Italia saltaba por los aires.

Leo el panel informativo junto a los epitafios. Un fuego que aspira a ser eterno guarda la memoria de un hecho heroico. Tal vez el primero después de tantos y tantos años de oscuridad fascista. El ejército alemán avanzaba en columna hacia Roma para preparar la defensa. Los aliados habían desembarcado en Sicilia. La misión del subteniente Ettore Rosso consistía en frenar el avance llenando la

Cassia de minas. Como en el pasado, la vieja vía romana servía para el desplazamiento de ejércitos.

El 18 de septiembre de 1943, Ettore Rosso se encontró con el ejército alemán a la altura de Monterosi. Lo acompañaban cuatro soldados. El comandante nazi dio a los cinco jóvenes quince minutos para apartarse. Cumplido el tiempo, empezó el intercambio de disparos. Los italianos, en inferioridad, vieron perdida la batalla. Fue entonces cuando hicieron explotar las cargas dentro de su tanque y destruyeron la cabeza de la columna alemana, inmolándose y matando al comandante.

La placa del cementerio militar de Monterosi homenajea el primer intento oficial de expulsar el nazismo del país, para abrir una vía de escape al fascismo. Aquel acto tiene hoy el nombre de cinco soldados que murieron a los pies de la Cassia. Apenas se escucha a los coches acelerar. En el cementerio, a mis espaldas, sigue prendida la llama del recuerdo.

A santa Lucía le sacaron los ojos en su martirio y he puesto pie a tierra precisamente en la calle que lleva su nombre. Es la llegada a Campagnano di Roma, el lugar en donde las piernas han dicho basta. Pasaré la noche aquí, a cincuenta kilómetros de Roma. La ilusión atrevida de llegar hoy a la plaza de San Pedro se desvanece como el humo entre las manos. Observo desde abajo la pendiente y entiendo el acierto del nombre de esta calle: el peregrino sueña con ser ciego para ahorrarse la angustia de la ascensión. Miro el GPS. No hay caminos opcionales. A Campagnano se llega a través de la escalada, la conquista medieval, junto al asedio y el hambre. Las

rampas se elevan por encima del 20%. ¿Alguien puede enfrentarse a esto?

Hace unos kilómetros, me encontré con un inglés en la intersección de dos caminos. Me recomendó optar por el sendero largo y llano, pero el calor nubló mi vista. No perdono ni un kilómetro más de lo establecido por Sigerico hace once siglos. Ni uno más, aunque la vida me cueste. Y aquí estoy, costándome la vida, con la bicicleta arrastrada por mis manos, sin apenas poder respirar, sin fuerzas para empujar y sin ánimo para dejarme caer. Estoy atrapado en una pared.

A mi lado, un campesino contempla divertido la escena. Se ríe de mi desgracia; en realidad, solamente observa la tozudez del ser humano. Este hombre que supera los ochenta años ha visto con sus ojos —nunca expuestos en un plato, como los de santa Lucía— a cientos de peregrinos arrastrar su alma por estas cuestas infames. Se ríe a carcajadas y habla en dialecto romano, tan cerrado que suena incomprensible. Es una especie de menhir sagrado que recuerda al viajero el sufrimiento de los días, la futilidad de nuestros esfuerzos. «Detente, peregrino —parece decir—, antes que tú otros no subieron la cuesta». Pero yo la voy a subir. A pesar de la pendiente y del sol. A pesar de las risas de este hombre que vive en el interior del asedio.

Suena música cubana. Es un extraño final para mis noches en bicicleta. Estoy a pocos kilómetros de Roma. Ya se percibe en el acento de la gente, en las costumbres que asemejan este pueblo de orgullo campestre a un barrio de las afueras de la gran capital. Huyo

de la casa parroquial donde me hospedo esta noche. Se trata de un edificio de cuatro plantas hecho de madera, con barracones preparados para alojar a grupos de peregrinos. Estoy yo solo. No hay muchachas *scouts* buscando a Dios en una canción ni viajeros solitarios que salen de su crisis existencial.

La madera cruje con el cambio de temperatura. Por eso alargo mi noche en la Piazza Cesare Leonelli, en una terraza de la Via Vittorio Emanuele, bebiendo un negroni para reunir valor. Una sola noche, me digo para animarme. Mañana, todo lo que ha sido esfuerzo se convertirá en recompensa. Los caminos de tierra se volverán adoquines y las paradas de descanso se tornarán plazas soleadas: Navona, Della Rotonda, del Popolo, Di Spagna…

Bebo un trago más. El negroni cauteriza mis miedos. Los envuelve en una extraña valentía que se apagará en cuanto entre en la casa parroquial. Un dúo de cubanos trae los sonidos de su isla a este lugar mediterráneo. Bailan ante el asombro de los paseantes. Tocan las maracas mientras cantan *Lágrimas negras*, *Candela* y *Dos gardenias*. Beben mojitos entre canción y canción. La Porta Romana que da acceso a la ciudad vieja se llena de aires tropicales.

La última noche siempre reúne a todas las anteriores, de los Alpes a Bolsena. Todas se concentran en una misma oscuridad con olor a crema antimosquitos y nervios, un ojo abierto por las ruedas de la bicicleta, tal vez sin la presión justa para las futuras piedras del camino. Mañana esto se acaba. Pero antes hay una oscuridad mayor a la que debo enfrentarme.

En todos los paisajes posteriores a su estancia en Roma, Turner exhibe un poco de Italia. El árbol junto a la orilla del río, el puente lejano, la transición violenta entre el día y la noche son escenas que contempló en la ciudad. En *Petworth Park, Tillington Church in the Distance* [El parque Petworth, la iglesia de Tillington a lo lejos] hay mucho de atardecer romano. Los cuadros, al igual que los libros, hablan entre ellos. Turner propone un diálogo de espacios. Mira Inglaterra, pero ve Roma.

Luego descubre Venecia. Allí la tierra no desprende un color propio, sino que el cielo y el agua se funden en la misma tonalidad. Pero ese es otro viaje. Otro color para un nuevo atardecer.

11

Muertos antiguos y muertos nuevos

La niña preguntó por qué los muertos actuales nos importan más que los antiguos, y a mí se me quedó grabada esta frase desde que la leí al inicio de *El jardín de los Finzi-Contini.* Giorgio Bassani confiesa en la introducción los motivos que lo llevaron a escribir sobre la familia judía de Ferrara y su muerte en Auschwitz, y sobre sus paseos al cementerio hebreo para calmar la memoria. El escritor está en Tarquinia con unos amigos y la hija de estos. Los ojos de la niña se asombran ante la necrópolis. Probablemente ha formulado la primera grieta existencial frente a la muerte. Ha asumido el dolor futuro volcado sobre el pasado. ¿Por qué no nos duelen los muertos etruscos y sí los presentes? ¿Por qué no nos estremecemos ante las matanzas que los romanos provocaron a los etruscos, pero nos horrorizan los campos de concentración? La niña que pasea con Bassani sobre tumbas antiguas no distingue el tiempo y desconoce que es un factor determinante. Es un espejo en el que mirarnos. La Roma imperial nos asombra, pero no nos duelen sus crímenes. Para Bassani, ante ese silencio etrusco, comienza una historia que traspasa su memoria porque la sufrió en sus propias carnes. La niña

equipara las dos pérdidas para que su tiempo no abarque ninguna de las dos.

Tal vez por eso me conmueven tanto las estelas funerarias romanas: hay en ellas una belleza que no renuncia a la solemnidad. El dolor se ha convertido tras los años en un mero pasatiempo. Las observo y leo en voz alta sus epitafios como puro ejercicio estilístico. En ellas vive una verdad contenida que no necesita de la grandilocuencia. El hombre frente a la muerte. El hombre muerto que habla a la vida desde el tiempo pasado.

La guía anuncia la última cuesta importante. El santuario della Madonna del Sorbo aparece entre la bruma. Aún es de noche. He querido madrugar más que ningún otro día para llegar temprano a Roma. Las piernas ya no me responden. Utilizo el piñón más grande, pero, aun así, el pedaleo es insuficiente. La rampa asciende por un desnivel importante. Me bajo de la bicicleta. Necesito respirar un poco. Las hojas han formado una alfombra, como si estuviésemos en otoño. Hace frío. La vegetación cubre todo el paisaje. Observo una carretera que asciende y la promesa de un santuario al fondo. ¿Se verá la cúpula de San Pedro desde arriba?

Camino un poco por puro acto de supervivencia.

Antes de llegar a Formello, el último pueblo que limita con el extrarradio de Roma, admiro el paisaje. Es una mañana hermosa la que está despuntando. La niebla aún no se ha levantado y los pinos romanos se desperezan entre nubes grisáceas. La humedad moja mi

cara. Me detengo un instante a ver cómo el sol lucha por salir. Hacía mucho tiempo que no presenciaba un amanecer tan bello. La carretera está cuarteada por las raíces de los pinos, que crecen salvajes, sin orden. ¿Cuántos años tendrán? Habría que hablar en términos seculares. O, para ser más honesto y respetar el espectáculo al que asisto, ¿cuántos amaneceres así habrán vivido estos pinos y en cuántos de ellos el sol ha logrado imponerse a sus ramas? La belleza del momento me conmueve. No hay nadie más despierto para contemplarla.

Son los restos de un antiguo acueducto, un fragmento de columna que algún día sostuvo, tal vez, un templo dedicado a Júpiter o a Juno. Un mármol de cicatrices amarillas que ya forma parte de la tierra. Cruzo un campo repleto de esquirlas de memoria. Todas juntas un día fundaron un imperio y lo extendieron por el mundo. Hoy se desperdigan ante la impasible mirada de los rebaños de ovejas en este lugar donde el campo se extingue y se amontonan las barriadas y las fábricas. Atravieso los últimos kilómetros de naturaleza. Lo primero que me avisa de la proximidad de Roma no son las construcciones modernas, sino las ruinas a medio enterrar: el sillar de una basílica donde se impartía justicia, un adoquín de una vía secundaria, el hierro oxidado de una lanza sin sangre contraria, una estela funeraria que me dice: «Detente, viajero, unos instantes, al igual que tú, yo caminé esta senda un día. Ahora descanso para siempre junto a ella».

Prima Porta fue un suburbio de la antigua Roma que no ha perdido su posición en la historia. Continúa con su función de barriada de

extrarradio, al norte del Grande Raccordo Anulare, la circunvalación que asfixia de tráfico a la moderna urbe. Atravieso las primeras calles de la ciudad: un conjunto de urbanizaciones que se resisten a ser efímeras, mercados al aire libre donde los inmigrantes compran y venden la memoria de sus días africanos, y la maraña de transportes públicos que entran a Roma pero no saben cuándo saldrán.

Me siento confundido entre el caos. Aún es pronto para entender el funcionamiento de una metrópolis. Y aunque he visitado muchas veces Roma, jamás lo he hecho en bicicleta. Me asustan las aceras llenas de socavones, las carreteras sin líneas marcadas en las que me adelantan camiones y motocicletas, caminos que se convierten de repente en grandes avenidas donde la policía hace sonar sus sirenas. El GPS hace tiempo que dejó de marcar una ruta posible. La guía también se lava las manos. Solamente describe una Prima Porta que no existe, que dejó de contemplar el mundo hace casi dos mil años. Menciona la casa de Livia, con sus higos dulces y su frasco de veneno guardado en la despensa, junto a los ungüentos del galeno griego. También un arco del triunfo extinto, ahora un bloque de viviendas soviético. A Roma sí llegaron los bárbaros, finalmente, como temían los sabios de la Biblioteca Palatina. Llegaron y la llenaron de hormigón y cristal.

Nuestras vidas se alzan sobre los muertos. Es una imagen mucho más literal que metafórica. Los monumentos que apreciamos y que forman parte del decorado de la cotidianidad se alzan sobre estelas funerarias. Ahora que entro en Roma pienso en la muerte. El miedo a ella me hizo subirme a la bicicleta. Pero la muerte aquí no produce

dolor. Es un final liviano, sostenido por millones de muertes previas. Solo queda de ella un recuerdo fugaz, una escultura que habla no de las personas, sino del tiempo. El tiempo y no la muerte. El tiempo y no la vida. El punto intermedio entre los dos.

Frente a mí está el monte Mario. Pedaleo por un carril bici sin posibilidad de superar el Grande Raccordo Anulare. Es más fácil llegar a Roma a pie. No desespero y sigo eligiendo calles al azar, movido por un sentido de la orientación extraño. No he encontrado aún el Tíber para seguir por la ribera derecha, así que busco otros puntos de referencia.

A lo lejos aparece un brillo azulado, una gota de agua en este mar blanco. Me detengo un instante. Afino la mirada: es la cúpula de San Pedro. Sigerico lloraría de emoción al ver la forma ovalada de sus nervios, la cruz dorada que corona el camino recorrido. Pero mi alivio dura un instante, debo hallar la senda correcta. Pasan los minutos. Voy de atrás hacia delante. Roma se ha convertido en un laberinto antes de entrar en Roma.

No sé en qué cúpula reside la perfección, pero la certeza que albergo sabe que la belleza tiene la forma de una de ellas. La de San Pedro es desorbitada. Cuando el viajero la mira, aprecia la inmensidad de una fe. Se construyó para imponerse ante los ojos del peregrino. Aquí está la tumba de san Pedro y no hay ningún lugar igual sobre la tierra, parece decirnos.

La cúpula de Santa Maria del Fiore, en Florencia, despierta de un letargo milenario. Se alza sobre un cielo azul de líneas concéntricas. Más que nacer, renace. Irrumpe para recordar el pasado. No pisa,

sino que se alza sobre otras cúpulas anteriores. Las celebra. Las honra.

La cúpula de Santa Sofía, sin embargo, flota sobre el incienso. El viajero que contempla su interior se sabe protegido por una fe antigua, que ha conseguido sobreponerse a los siglos, a las guerras. Santa Sofía nunca estará hecha de otra sustancia que espiritualidad, se rece a quien se rece, por eso los cristianos se sienten como en casa aunque ahora sea una mezquita. Es sinuosa y atrapa en sus vanos la sensualidad oriental. Habla de imperios perdidos, todos ellos más débiles que su perfil.

Todo lo escrito sobre el Panteón solo se aproxima en parte a la verdad. Su cúpula representa la mayor muestra de amor que el ser humano ha logrado construir. La esencia de su perfección se halla, precisamente, en el vacío arquitectónico de su óculo. Es el Aleph de la historia: toda Roma cabe en él, toda la fe que han dado los siglos, todos los nombres que han sembrado el mundo de espadas y versos. A partir de su sombra, las demás cúpulas actúan como repeticiones. El hombre se esfuerza por imitar el gesto de sus casetones. No es la cúpula de un templo, sino un refugio contra el paso del tiempo.

Pedaleo por un campo de golf. No veo el monte Mario y la cúpula de San Pedro ha desaparecido. Los caminos de tierra que prometen una salida fácil de este enigma acaban en hoyos y lagunas. Intento volver sobre mis pasos, pero me resulta imposible. Todas las sendas son idénticas. El sol aparece en un costado de la ciudad. De vez en cuando me cruzo con un coche cuyo conductor me mira inquieto. He

dejado de ser un peregrino y me he convertido en un criminal. Un perfecto ladrón que transita caminos privados. Hay mansiones arboladas y vallas metálicas que me impiden el paso. Sospecho que estoy en el Palatino de la nueva Roma, el lugar donde los ricos buscan apartarse de la vida común. De espaldas al mundo, renuncian a la ciudad para seguir viviendo en ella. Yo solo quiero salir de aquí y pedalear por la Roma que ellos desprecian. Salto una valla. Desmonto el manillar para colocar la bicicleta. También desato las alforjas. Una bicicleta sin atributos no es nada. Yo sin ella tampoco. Salgo a una carretera: es la Via Flaminia Nuova. Renuncié al Tíber, pero he vuelto a la dirección correcta. San Pedro está más cerca.

Llego al Ponte Milvio conteniendo la emoción. Es mi entrada al mundo antiguo. Cruzaré el río y la ciudad será otra. Las imágenes de Constantino portando la cruz me acompañarán hasta el siguiente giro. Atrás dejo a Majencio gritando de dolor por haber abrazado una fe perdedora. En este lugar Roma cambió el rumbo de la historia y eligió el cristianismo para sobrevivir. Fue el sueño de una Elena distinta a la de Troya. Los cristianos, hastiados de morir traspasados por flechas, decidieron ponerse la toga imperial y dejar de servir a los pobres para escuchar el laúd de los ricos.

Stendhal escribió en *Paseos por Roma* que todo viajero debe entrar a la ciudad por la Porta Flaminia. Ante la disparidad de opiniones, elijo antes al escritor francés que a Sigerico. Me adentro en los últimos metros de la Via Flaminia, la última calzada que llevaba a los soldados al centro de la ciudad. Estoy en el nacimiento de una vía

romana que he recorrido desde su muerte: el camino inverso para poder llegar a San Pedro.

Traspaso la Porta Flaminia. A mi izquierda se alza Santa Maria della Vittoria, con sus Caravaggios aún dormidos. La Piazza del Popolo adquiere un aire de recogimiento y ofrece varias propuestas. A la izquierda, la Via del Babbuino hasta la Piazza di Spagna. En el centro, entre las dos iglesias gemelas, la Via del Corso hasta la Piazza Venezia. A la derecha, el camino lleva por la Via della Ripetta hasta el mausoleo de Augusto. Le doy vueltas a la fuente de los Leones, que expulsan agua de los surtidores como sus parientes granadinos, más serenos, menos majestuosos. Rodeo la Piazza del Popolo varias veces. Es una forma de creerme que he llegado, de que los siguientes kilómetros los haré para disfrutar de este viaje que he disputado contra los dolores, contra mis miedos, contra mí mismo. Me adentro en la Ripetta. Nada ha cambiado. Todo sigue en su sitio, tal y como siempre ha estado.

Hace diez años caminaba por estas mismas calles. Paso por delante de la tienda de camisetas históricas de fútbol, del Palazzo delle Belle Arti, de la placa dedicada al escultor Ercole Rosa, de las terrazas llenas de martinis y de *spritzs* bajo las bóvedas de estilo fascista de la Piazza Augusto Imperatore. El mausoleo de Augusto aún guarda el testamento de un emperador.

Era un recorrido habitual cuando vivía junto a Paco Ros en el Lungotevere dei Mellini. Cruzaba el Tíber por el Ponte Cavour y ocupaba una de las mesas en las que ahora se sirven café y *cornetti* en este momento de la mañana. Una geografía sentimental que no

me cuesta recordar, que asumo como propia después de varios años de ausencia. Siento que estas calles fueron mías, que me reconocía en sus aromas y sonidos, en las librerías de viejo donde me quedaba mirando mapas antiguos, en los restaurantes donde siempre pedía pasta a la carbonara. Volver a Roma es una especie de regreso al hogar. He recorrido parte de mi memoria para lograrlo. Regreso a un sitio que nunca se fue de mí.

Roma es una ciudad de tumbas. Ha sido hecha para celebrar la muerte. Desde la Via Appia hasta Il Gesù se celebra la ausencia. El Barroco nació en esta orilla del Tíber para reflexionar y advertir. Las calaveras tomaron las calles y se convirtieron en mármol. Los escultores romanos del siglo II que realizaron el sarcófago de Portonaccio, los mendigos que dibujaron con las manos cruces sobre el barro en el interior de las catacumbas, los papas que exhibieron su rostro momificado antes de ser santificados, Bernini y Borromini escalando el imperio de la fugacidad con retorcidas sombras hechas de piedra y luz; todos hablan un mismo lenguaje, todos ensalzan el poder de la pérdida. La muerte está hecha a imagen y semejanza de Roma. Es hermosa y traicionera. Exagerada. Despiadada. Breve, pero de tan intensa belleza que uno, al observarla, cree tenerla para toda la vida.

El puente de los Ángeles es más antiguo que estas aguas. Discurren mansas, ajenas al bullicio que ya empieza a formarse en las calles. El Tíber eligió no desbordarse más y transitar por la ciudad como un

peregrino cansado. A mi izquierda se alzan la cúpula de San Pedro y el Gianicolo, salpicado de pinos. Me conmueve la panorámica. Me detengo y apoyo la bicicleta en el muro. Al otro lado, el Castel de Sant'Angelo habla de prisiones antiguas, de escapadas a medianoche y de tumbas inciertas. Ya no es nada de eso y lo es todo. Una mujer toca el violín al final del puente. La pieza es de Ludovico Einaudi.

Roma solo existe en el preciso instante de la llegada. Más allá de San Pedro, no es Roma, sino un escenario anticipado, un barrio de extenuante belleza que promete un colofón. Y para el peregrino no hay nada más que la plaza con sus columnas en forma de abrazo secular. Es Dios quien ofrece al mundo su amor, quien invita al gesto de hermanarse.

Antes de que suene otra pieza, me monto en la bicicleta y sigo adelante. Ha sido la última vez que he puesto pie en tierra, pienso. La próxima habré dejado de ser peregrino y mi camino solo hablará de vueltas, de recorridos cumplidos, de promesas salvadas. Calculo con la mirada: no hay más de 500 metros para el final. El camino se materializa por fin.

Roma está hecha de primeras veces. Este viaje no tendría sentido si la ciudad no fuese su final. He caminado por sus calles hasta la extenuación. He vuelto a ellas en tardes de melancolía, a través de lecturas repetidas, de imágenes que se quedan en el recuerdo y aparecen de repente, sin previo aviso, en un nombre fortuito, en un gesto amistoso o en una sombra sobre un libro. Es una urbe inmortal que exige soledad. Por eso quería llegar en bicicleta, para sentir, como aquel chico que fui, la luz azulada de la cúpula de San

Pedro resbalando hasta la plaza y allí estallar, como el agua de las fuentes, en todos los caminos del mundo. Solamente en Roma seré capaz de escucharlo, de oír lo que, desde los Alpes, he venido a buscar. Solo en este fragmento de mármol arrancado al tiempo.

Miro hacia el frente. Los kilómetros se han agotado. Me dejo llevar en las últimas pedaladas. A mi lado transcurren los paisajes asimilados durante todos estos días, las ciudades extintas en mi memoria, los rostros que he mirado a los ojos. Se suceden los días, repeticiones de un mismo instante. Estoy ante el lugar escogido. El rincón ansiado a lo largo de tantos kilómetros. Busco dentro de mí. Cuestiono a mi conciencia y la rebato. Grito para despertar en mí lo que tanto he añorado por los caminos que conducen a Roma. ¿Escuchas aquel silencio? ¿Sigue ahí el hueco que te ha estado atormentando durante tantos años, ese abismo que cae como una cascada sobre tu cuerpo y tu espíritu? ¿Con qué palabras habla ese vacío que dura una eternidad?

Siento la oscuridad que me ha traído hasta aquí. Está delante de mí. La veo. Ya no hay que pedalear más. Solo dejarse llevar. La placentera marcha hacia la belleza. Traspasar la noche para ver el día. Una luz para renunciar a todo lo vivido. El pasado recobrado en la intimidad de una plaza, los muertos antiguos y los nuevos…

Cerrar los ojos. Confiar en este preciso instante.

Me bajo de la bicicleta. Anoto:

Sé que en unos metros llegaré…

Lorca, enero de 2025

Agradecimientos

Son varias las personas que, durante tanto tiempo, han acercado Italia a mis manos, a mis ojos. Ahora se encargan de guardarla en el recuerdo. Sería imposible nombrarlas a todas. *Días de sol y piedra* es, en parte, un homenaje al país que me hace tan feliz y del que no puedo desprenderme del todo. Italia ha estado en mis pensamientos en los peores momentos; a su imagen me aferré para superar las montañas que durante dos años me impidieron contemplar lo bueno del mundo. El primer agradecimiento no puede ser sino la asunción de una eterna cuenta pendiente con el país transalpino.

La idea de recorrer la Vía Francígena nació, como la mayoría de los hechos reseñables de mi vida, de un libro abierto. Soy una persona que va a pie siempre, así que pensé unir los Alpes y Roma por medio de mis pasos. Era una tarea difícil. No me podía permitir desaparecer tres meses de mi hogar. Surgió la bicicleta como método de supervivencia. Sobre ella, mejoró mi humor, mantuve a raya la ansiedad y experimenté una especie de comunión mística con el paisaje. No me costó mucho trasladar el proyecto de peregrinaje a las dos ruedas. Así nació mi itinerario.

A Juan Ignacio Molina Eugui le debo la paciencia de las primeras salidas, la amistad que lo hace siempre esperarme en lo alto de la cuesta, que cuida de mis ruedas y engrasa el cariño escapada a

escapada, mientras conocemos la provincia de Sevilla en las cuatro estaciones del año. Valentín García y Alejandro Leal han sido mi soporte técnico y espiritual durante la preparación de la ruta. Han iluminado mis caminos gracias a su pericia y dedicación. A Gregorio Muñoz le debo las llamadas telefónicas en los apeaderos, en las horas en las que me faltaba el agua y la oscuridad volvía a cercarme. A Aida Afanador le agradezco que me enseñase a respirar y a valorar la calma tras la tormenta.

Detrás de cada proyecto vital se esconde la necesidad de escribir. En este sentido, es de justicia agradecer a Manuel Madrid, jefe de Cultura de *La Verdad* de Murcia, su predisposición y ánimo para publicar mis experiencias. A Alberto Aguirre y Víctor Rodríguez, director del periódico, por apostar siempre por mi firma y darle espacio a mi voz. A Alfonso R. Aldeyturriaga, por hacer posible la difusión de mis textos en todos los diarios del Grupo Vocento en España.

No es exagerado afirmar que la Odisea me ha acompañado en todos los días de mi vida. También en Italia. No hay ficción alguna en los nombres de Penélope y Nausícaa que aparecen en el libro. Quiero agradecer a ambas los senderos compartidos. Me demostraron que la vida está impregnada de literatura. Que es real. Que pasa del papel al camino.

Este libro no habría podido publicarse sin el apoyo de Siruela, de Julio Guerrero y Ofelia Grande. También de María Casas, con sus comentarios acertados, que han mejorado el texto y han sabido llegar donde mis palabras no podían. Es una suerte contar con todos ellos libro a libro.

Mi amistad con Francesco Brotzu resiste a las geografías distantes. Año a año, desde hace décadas, su cercanía ha llenado mi vida de historias italianas. Su lectura atenta de esta obra, cuando solo era un manuscrito, ayudó a que las palabras tomasen forma. Siempre le estaré agradecido por seguir en mi vida, también a través de mis libros.

Dije de mi hermano en *Homo viator* que era un héroe homérico. En esta ocasión, las gratitudes son múltiples, como la emoción de recorrer juntos el camino de Turín al Gran San Bernardo. Sentí su compañía durante los primeros kilómetros de descenso y ya nunca me abandonó hasta llegar a Roma.

Allí, en la plaza de San Pedro, Francesco Irace y Federica Pagliani estaban esperándome para celebrar la vida y las victorias minúsculas, como conservar la amistad después de tanto tiempo y de tantas ciudades. Mercedes, la savia de todas estas líneas que he escrito, el verdadero mundo homérico en el que vivo, apareció con un vestido amarillo junto a la columnata de Bernini. Ella fue el faro tras la niebla. Ella sigue siendo mi Ítaca.

* Bebida tradicional piamontesa compuesta de café, chocolate y crema de leche, creada en el café histórico Al Bicerin. *(N. del A.)*.

Edición en formato digital: agosto de 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9791387688530

Conversión a formato digital: www.acatia.es